

**Haydée Ribeiro Coelho**

Organizadora



N.Cham. B086.9 R484m 2003

Título: Las memorias de la memoria : el exilio de  
Darcy Ribeiro en Uruguay : entrevistas .



146960307  
345665

*Las memorias de la memoria* es un libro de entrevistas a personas involucradas en las diferentes actividades ejercidas por Darcy Ribeiro en Uruguay donde estuvo exiliado (1964-1968), después del golpe militar de 1964 en Brasil. En ese momento, este escritor brasileño era "Jefe de la Casa Civil" en el gobierno del presidente João Goulart, cargo que ejerció hasta marzo de 1964. Durante su exilio en Uruguay, Darcy Ribeiro gestó parte de su obra antropológica, participó de importantes publicaciones y tuvo una actuación destacada en la Universidad de la República. El exilio de este antropólogo no es un hecho aislado, se vincula a la Historia del Uruguay y de América Latina donde ocurrió también un proceso dictatorial que generó otros exilios como el uruguayo, argentino y chileno.

memorias de la memoria :  
2003

A UNIVERSITARIA

de la memoria : el exilio

VOLVIDO NA ÚLTIMA  
PÁGINA

B 086.9

**Haydée Ribeiro Coelho**  
Organizadora

R484 m

2003

**LAS MEMORIAS DE LA MEMORIA:**  
El exilio de Darcy Ribeiro en Uruguay

Entrevistas

11/04/03 / 04 / 06

**U.F.M.G. - BIBLIOTECA UNIVERSITÁRIA**



146956311

**NÃO DANIFIQUE ESTA ETIQUETA**

FALE/UFMG  
Belo Horizonte  
2003

0351-37060

- 2003, Haydée Ribeiro Coelho

Ilustración de carátula: Foto de Darcy Ribeiro (1963) cuando era "Jefe de la Casa Civil" en el gobierno del presidente brasileño João Goulart.  
Fuente: Fundação Darcy Ribeiro (FUNDAR).

Gráfica y Editora "O lutador"  
Praça Padre Júlio Maria, 01 - Planalto  
31740-240 - Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil  
Telefax: (31) 3441-3622  
e-mail: lutador@olutador.com.br

Carátula e formatação:  
Marco Antônio e Alda Durães



Ficha catalográfica elaborada por las Bibliotecarias de la Facultad de Letras de la UFMG

M 533 Las memorias de la memoria: el exilio de Darcy Ribeiro en  
Uruguay: entrevistas / Haydée Ribeiro Coelho,  
organizadora . - Belo Horizonte : FALE/UFMG, 2003.  
199 p. : fot.  
Inclui anexos  
ISBN : 85-87470-53-1  
1. Ribeiro, Darcy, 1922-1997. 2. Entrevistas. I - Coelho,  
Haydée Ribeiro  
CDD : 086.1

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

10 / 06 / 03

1469503-11

A la memoria de Darcy Ribeiro.

Agradezco a todos los que en Brasil y en Uruguay colaboraron para la realización de este y de otros textos relativos al desarrollo de mi proyecto de Postdoctorado, haciendo posible un antiguo deseo. Agradezco, especialmente a:

Hugo Achugar por la colaboración permanente, amiga y solidaria, durante mi permanencia en Uruguay, con motivo del Postdoctorado, que realicé con su supervisión, y que permitió la gestación de este libro de entrevistas y la concretización de otros trabajos relacionados al exilio de Darcy Ribeiro en Uruguay;

los entrevistados de este libro, por las lecciones de sabiduría y generosidad;

Pablo Rocca por la ayuda solidaria y generosa;

Martha Muzio, por la amistad y por la transcripción de las entrevistas y otros trabajos;

Virgílio, Túlio y Paula cuyo afecto y colaboración de siempre me ayudan a convertir sueños posibles en realidades concretas;

Eneida Maria de Souza y Melânia Silva de Aguiar por el apoyo institucional y amigo;

Else Ribeiro Pires Vieira y Luiz Claudio Vieira de Oliveira por la colaboración en la travesía Brasil-Uruguay;

Amparo Rama y Juan José Fló que me distinguieron con afecto y paciencia, posibilitándome la consulta al acervo particular de Ángel Rama;

René Dreifuss cuyas informaciones sobre Uruguay fueron de fundamental importancia;

Jorge Cabrera por las clases de español;

los bibliotecarios de la Facultad de Ciencias y Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, especialmente, a Josefina Repetto, Serrana Capandeguy, Ismael Martínez, Alicia Víquez, María Laura Collazo, Corina Estévez, Susana Martínez que me dieron apoyo para la realización de la investigación bibliográfica y documental;

Alicia Cássias de Barrán y María de los Ángeles Meirelles por el apoyo técnico, para la realización de consulta al Archivo General de la Universidad de la República, en las Oficinas Centrales de la Universidad de la República;

Tatiana Memória (*Fundação Darcy Ribeiro*) cuya colaboración fue fundamental para este trabajo y para otros que realicé sobre Darcy Ribeiro;

mis amigos del extinto *Departamento de Semiótica e Teoria da Literatura*, Faculdade de Letras da UFMG que apoyaron mi licencia para el Postdoctorado;

Alda y Marco Antônio Durães por la digitación, formatación y carátula de este libro;

Graciela Ravetti por las correcciones finales del trabajo;

CAPES (*Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior*) por la beca concedida para el desarrollo de mi proyecto de Postdoctorado en Uruguay, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, durante el período de marzo a julio de 2002.

## Sumario

Nota de la Organizadora . . . . .	11
Las memorias de la memorias . . . . .	13
Entrevistas	
Juan José Fló . . . . .	27
Arturo Ardao . . . . .	29
Julio Rodríguez . . . . .	31
Flora Papo . . . . .	39
Renzo Pi Hugarte . . . . .	45
Noé Jitrik . . . . .	117
Luis Carlos Benvenuto . . . . .	125
Domingo Carlevaro . . . . .	135
Daniel Vidart . . . . .	159
Alberto Methol Ferré . . . . .	163
María Díaz de Achugar . . . . .	171
Anexos	
Darcy Ribeiro: una generación brasileña . . . . .	185
Darcy Ribeiro: la industrialización recolonizadora . . . . .	191



## Nota de la organizadora

En Montevideo, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, desarrollé mi proyecto de Postdoctorado, titulado “A gestação da memória, da literatura e da crítica no exílio” bajo la supervisión del profesor Dr. Hugo Achugar, en el período de marzo a julio de 2002. Para la realización del proyecto, conté con una beca de la CAPES (*Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior*), Brasil. El libro de entrevistas es uno de los trabajos resultantes de esa investigación.

## Las memorias de la memoria

Tratar de las memorias de la memoria implica antes que nada focalizar la historia de las entrevistas y del surgimiento de este libro. Es muy difícil hablar de los orígenes de un trabajo que estoy haciendo desde hace mucho tiempo, uniendo aquí y allá tiempos y textos de Darcy Ribeiro, en una búsqueda incesante que parece no tener fin.

Este libro nació de una larga maduración, pasando por una tesis de Doctorado (*Exhumación de la memoria*), defendida en la Universidad de São Paulo, en 1990. A partir de ahí, publiqué textos dispersos sobre la obra de Darcy Ribeiro, organicé un libro sobre el autor, de la *Colección Encontro com Escritores Mineiros*, escribí artículos relacionados con su recepción crítica en el Brasil y en América Latina. También me dediqué a la crítica cultural del autor y al análisis de algunos de sus prefacios, entre otras cosas. En 1996, participé de la edición conmemorativa de los veinte años de su novela *Maíra*, con el texto "Maíra: tempo e ritos", lo que evidentemente me dio mucha satisfacción.

Cualquier biografía cuenta el nacimiento y la muerte, dos puntas que cierran un ciclo, abriendo otros y otros. Mientras tanto, sabemos que ninguna vida, por menos notoria que haya sido, está marcada sólo por el tiempo lineal, pues todos nosotros somos el resultado de experiencias socio-históricas y políticas que nos dan forma, regadas por sueños, deseos, realizaciones y frustraciones. Si todas las vidas son tan complejas, aunque no lo aparenten, ¿qué se puede decir de la vida de Darcy Ribeiro, "sabia y vieja serpiente" que, al cambiar tantos cueros, transitó por múltiples caminos (Antropología, Educación, Política, Ficción, Poesía), construyendo, junto con otros, la Historia del Brasil en su país y fuera de él?

Cuando llegué a Montevideo, sabía que iba a encontrar muchos documentos relativos a la época en que Darcy Ribeiro estuvo exiliado en el Uruguay (entre 1964 y 1968). Mientras tanto, cada vez que iba a las fuentes documentales, observaba que eran insuficientes y que la memoria viva sobre Darcy y sobre el Uruguay de los años 60 era de fundamental importancia. A finales de abril de 2002, diseñé un esquema que debería regir mi investigación. En dicho plan, los testimonios sobre Darcy Ribeiro constituían apenas un ítem. A medida que fui entrando en contacto con personas involucradas en las diferentes actividades ejercidas por Darcy Ribeiro en el Uruguay y fuera de él, cuando el exilio unió el destino de varios latinoamericanos, fui verificando la extensión y la ramificación de mi estudio.<sup>1</sup>

Mis queridos entrevistados fueron también marcando el ritmo del trabajo. Uno me indicaba a otro, los otros, reestableciendo la amistad en red, la vida en red, el exilio en red. Guardianes del pasado, son hoy vigilantes críticos del presente. Ahora, ya no denuncian las fronteras políticas/policiales del tiempo de las dictaduras Brasil/Uruguay, Brasil/Argentina, pero reavivan la discusión sobre el lugar de la memoria<sup>2</sup> y la posibilidad de no olvidar un tiempo de muchas pérdidas humanas, impunidades y arbitrariedades.

El abordaje de la memoria, incluyendo la cuestión del exilio, no constituye novedad en el ámbito brasileño, como

---

<sup>1</sup> Quiero resaltar que el contacto con los entrevistados sólo fue posible gracias a la inestimable colaboración de Hugo Achugar y Pablo Rocca. Quiero destacar también el hecho de que muchas veces, el profesor Hugo se comunicó anticipadamente con los entrevistados, facilitándome el acceso a ellos, lo cual fue de fundamental importancia para la ejecución de este trabajo.

<sup>2</sup> A propósito de esto, véase el texto de ACHUGAR, Hugo. El lugar de la memoria. A propósito de monumentos (Motivos y paréntesis). In: BARBERO, Jesús Martín et al. *Cultura y globalización*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia, 1999. p. 141-167.

se observa en *Memórias do Exílio*<sup>3</sup> y el libro *Diáspora: os longos caminhos do exílio*.<sup>4</sup> En esa alabanza a la memoria, qué se puede decir de las importantes publicaciones sobre el exilio, como el libro de Maria José de Queiroz (*Os males da ausencia ou A literatura do exílio*)<sup>5</sup> y el de Denise Rollemberg (*Exílio: entre raízes e radares*).<sup>6</sup> En relación al aspecto de la memoria, cuánta variedad encontramos en la propia obra de Darcy Ribeiro. Cítense: discurso a la memoria de los amigos, cronología de autores, testimonios, confesiones, diarios, etc. Con relación a la cuestión del papel de la memoria, en el contexto de la sociedad brasileña, el trabajo pionero de Ecléa Bosi (*Memória e sociedade; lembranças de velhos*)<sup>7</sup> es inolvidable. En la crítica literaria desarrollada en el Brasil, son muchos los trabajos que focalizan el tema de la memoria. En el ámbito de la crítica uruguaya, tengo mucho que caminar. En Montevideo, durante el tiempo en que estuve allí, tomé conocimiento de otros textos que hasta entonces desconocía.<sup>8</sup>

---

<sup>3</sup> CAVALCÂNTI, Pedro Celso Uchoa; RAMOS, Jovelino (Org.) *Memórias do Exílio: 1964-19?? de muitos caminhos*. Lisboa: Arcadia, 1976.

<sup>4</sup> RABÊLO, José Maria e RABELO, Thereza. *Diáspora: os longos caminhos do exílio*. São Paulo: Geração Editorial, 2001.

<sup>5</sup> QUEIROZ, Maria José. *Os males da ausencia, ou A literatura do exílio*. Rio de Janeiro: Topbooks, 1998.

<sup>6</sup> ROLLEMBERG, Dense. *Exílio: entre raízes e radares*. Rio de Janeiro: Record, 1999.

<sup>7</sup> BOSI, Ecléa. *Memória e sociedade: lembranças de velhos*. São Paulo: T.A. Queiroz, 1979.

<sup>8</sup> Cf. ACHUGAR, Hugo. El lugar de la memoria. Op. cit. y ACHUGAR, Hugo. Prólogo. In: APPADURAI, Arjun. *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la civilización*. Montevideo: 2001; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2001. Las publicaciones de Ángel Rama también fueron muy estimadas por mí. Cf. RAMA, Ángel. La riesgosa navegación del escritor exiliado. In: RAMA, Ángel. *La riesgosa navegación del escritor exiliado*. Montevideo: Arca, 1998. p. 235-250, e RAMA, Ángel. *Diario 1974-1983*. Prólogo, edición y notas de Rosario Peyrou. Montevideo: Trilce, 2001.

Lo que me impulsó a realizar las entrevistas, además de las razones puramente académicas, y, más tarde, a tener la firme convicción de que deberían integrar un libro, fue la apertura de caminos que me proporcionaron. Se trata de memoria viva que ninguna biblioteca, por más completa que sea, es capaz de expresar. Las entrevistas hablan de un tiempo de exilio como trabajo que unió el destino de Darcy Ribeiro a la historia cultural del Uruguay, que él ayudó a construir. Su recorrido, mientras tanto, no fue sólo de ida: recibió muchísimo. Convivió con el mundo intelectual uruguayo, descubriendo, redescubriendo América Latina. En contacto con la intelectualidad uruguaya, Darcy participó en importantes publicaciones, como *Marcha*, *Cuadernos de Marcha*, *Enciclopedia Uruguaya* y *Víspera*.<sup>9</sup>

En Montevideo, bajo el Rectorado de Oscar Maggiolo, organizado por la Comisión de Cultura de la Universidad de la República, Darcy Ribeiro coordinó un gran seminario entre junio y agosto de 1967. De ese evento resultó la publicación de *La estructura de la Universidad a la hora del cambio* (dos volúmenes) en la que participan varios profesores de distintas áreas del conocimiento. En Brasil, Darcy publica individualmente el libro *La Universidad Necesaria*, resultado también de sus reflexiones sobre la Universidad, realizadas en el Uruguay.

Todavía en ese país, Darcy pudo gestar una parte significativa de su obra antropológica. La versión de algunas de sus obras, traducidas al español por el traductor y antropólogo Renzo Pi Hugarte, claro, contribuyó mucho para divulgar al autor y su pensamiento en el mundo hispánico.

---

<sup>9</sup> Tomé conocimiento de esta publicación a través del historiador Alberto Methol Ferré durante el encuentro que tuvimos. Me mostró la última entrevista concedida por Darcy Ribeiro a *Víspera*, antes de ser llevado preso en el Brasil.

Esa fraternidad intelectual<sup>10</sup> estaba integrada a una convivencia amiga que se observa más allá de las fronteras del Uruguay. En Venezuela, después que el exilio pasa a ser un destino común de varios latinoamericanos, Darcy Ribeiro participa con Noé Jitrik y otros intelectuales, en la *Biblioteca Ayacucho*, cuya organización fue ideada por el crítico uruguayo Ángel Rama.

Las entrevistas aclaran aspectos sobre el exilio de Darcy Ribeiro en el Uruguay y en otros espacios, omitidos en *Confissões*, libro autobiográfico del antropólogo. Además de eso, constituyen un legado para las jóvenes generaciones de América Latina para las cuales la dictadura y el exilio parecen no tener el peso que tuvieron para aquellos que vivieron la mayor parte de su vida en la primera mitad del siglo XX.<sup>11</sup>

Hay exilio y exilios. En las entrevistas que realicé, el exilio aparece ciertamente como viaje compulsivo, como pérdida, pero representa también, para el intelectual exiliado, productividad, trabajo, registro histórico. La Historia brasileña se dio cuenta de la importancia del exilio, como se observa en el libro de Denise Rollemberg. Entretanto, la historia de la Literatura, de la cultura brasileña en el exilio aún debe ser recuperada. ¿Qué produjeron los exiliados brasileños, uruguayos, argentinos, latinoamericanos? ¿En qué publica-

---

<sup>10</sup> Al tratar sobre las fronteras múltiples e hibridismo cultural, en el contexto de la globalización, el crítico Benjamin Abdala muestra la necesidad de una fratria común entre los países ibero-afro-americanos. Creo que esa "fratria" ya existía entre los exiliados latinoamericanos. A propósito de ese aspecto, véanse los textos: ABDALA, Benjamin. *Fronteiras múltiplas e hibridismo cultural*. In: SCARPELLI, Marli Fantini e DUARTE, Eduardo de Assis. *Poéticas da diversidade*. Belo Horizonte: UFMG/FALE; PÓSLIT, 2002, p. 15-35 e ABDALA, Benjamin. *Fronteiras múltiplas, identidades plurais: um ensaio sobre o hibridismo cultural*. São Paulo: Senac, 2002.

<sup>11</sup> Me baso en la observación de Hugo Achugar que reflexionó sobre ese hecho. Confrontar ACHUGAR, Op. cit., p. 143.

ciones participaron en el exilio? ¿Cómo fueron las relaciones entre periodismo y exilio? ¿Y las actividades editoriales de los exiliados latinoamericanos?

Trabajaron muchísimo. En Brasil, el silencio crítico es grande sobre eso. En el ámbito uruguayo, no me atrevo a hacer tal afirmación. El hecho es que la historia literaria y cultural de los dos países no puede ser escrita sin que se considere el exilio, forma rizomática<sup>12</sup> de existencia de muchos latinoamericanos.

Cuando inicié las entrevistas, quería saber detalladamente sobre las publicaciones en las que Darcy Ribeiro había participado en el Uruguay: *Marcha*, *Enciclopedia Uruguaya* y *Cuadernos de Marcha*. ¿En qué consisten? Son algunas de las preguntas hechas a los entrevistados. En el Uruguay hay una bibliografía relativamente extensa sobre *Marcha*,<sup>13</sup> lo que no pasa con relación a las otras publicaciones.<sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> En el capítulo "L'errance, l'exil", Edouard Glissant retoma la discusión de los términos raíz y rizoma utilizados por Gilles Deleuze y Félix Guattari y los aborda en el contexto de una poética de la relación. Claro, como Glissant observa, no se puede hacer una apología del nomadismo, de andar errante, del exilio, porque este se da forzosamente. Cf. GLISSANT, Edouard. *Poétique de la relación*. Paris: Gallimard, 1990. p. 23-24. Hugo Achugar, al tratar del lugar de la memoria, también habla de las memorias raíces o rizomas. Cf. ACHUGAR, Hugo. El lugar de la memoria. A propósito de monumentos (Motivos y paréntesis). Op. cit., p. 154. Bajo estas perspectivas aquí señaladas, el exilio, la memoria y el rizoma guardan una relación intrínseca.

<sup>13</sup> En el ámbito de la literatura, Cf. ROCCA, Pablo. *35 años en Marcha*. (Crítica y literatura en *Marcha* y en el Uruguay 1939-1974). Montevideo: Intendencia Municipal de Montevideo, 1991.

<sup>14</sup> En este caso, tuve la oportunidad de conocer apenas el texto de PEIRANO, Luisa. *Marcha de Montevideo y la formación de la conciencia latinoamericana a través de sus Cuadernos*. Buenos Aires: Ediciones B. Argentina, 2001.

Comencé las entrevistas yendo a la casa del profesor José Juan Fló que, desde el inicio, colaboró muchísimo, reflexionando sobre el trabajo desarrollado por Darcy Ribeiro en la Universidad. Su esposa, Amparo Rama, me atendió con mucha gentileza, ayudándome a comprender, de forma más amplia, el diálogo entre su padre, Ángel Rama, y Darcy Ribeiro.

El profesor Arturo Ardao, entonces Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República en la época en que Darcy Ribeiro trabajó ahí, da testimonio sobre la valiosa contribución del intelectual brasileño a la vida universitaria uruguaya. Demostró también el aprecio de la Universidad de la República, otorgándole a Darcy Ribeiro el título de Dr. Honoris Causa.

Julio Rodríguez, asesor historiográfico de la *Enciclopedia Uruguaya*, habla de su participación en esta publicación y de la importancia de la *Enciclopedia* en los años 60. Se refiere al papel de los intelectuales. Nos cuenta incluso, entre otros aspectos, su reencuentro con Darcy Ribeiro en París, en el momento en que la dictadura uruguaya se hacía más violenta.

Flora Papo me habla de su amistad con Berta y Darcy Ribeiro. Su ex marido Alberto Oreggioni, también participó de la *Enciclopedia Uruguaya*. Flora destaca el importante papel de Berta en la vida intelectual de Darcy. Se refiere también a su reencuentro con los amigos cuando también estuvo exiliada.

Renzo Pi Hugarte muestra la importancia de las publicaciones (*Marcha*, *Cuadernos de Marcha* y la *Enciclopedia Uruguaya*) para el pensamiento crítico uruguayo. Pone en evidencia el diálogo entre él (traductor/antropólogo) y Darcy Ribeiro; explicita la importancia de las categorías teóricas utilizadas por el antropólogo brasileño; habla de la importancia de Berta para la vida intelectual de Darcy. Entre otros aspectos, relata incluso su reencuentro con Darcy en Lima, donde participaron del Proyecto "Centro de Estudios



de Participación Popular”. Destaca también la importancia de Darcy Ribeiro en su formación intelectual, mostrando su convivencia con él durante más de treinta años.

Noé Jitrik, crítico literario argentino, resalta la importancia de *Marcha* para la región del Río de la Plata y de América Latina. Comenta sobre el surgimiento y planificación de la *Biblioteca Ayacucho* de la cual participó junto con otros intelectuales, incluyendo a Darcy Ribeiro. Muestra la organización de la *Biblioteca Ayacucho* como “necesidad de crear algo que implicara una reunión latinoamericana entre el mundo de la cultura” considerando la presencia avasallante de las dictaduras en todo el continente.

Luis Carlos Benvenuto, historiador y Director Ejecutivo de la *Enciclopedia Uruguaya*, nos cuenta cómo fue planificada esa publicación, mostrando cómo Ángel Rama y Darcy Ribeiro participaron en ella. Pone en evidencia también su contribución tanto en la parte administrativa como en la elaboración de artículos para la *Enciclopedia*. Aborda también las condiciones socio culturales en que surgió la *Enciclopedia*.

Domingo Carlevaro, representante estudiantil en la Comisión de Asuntos Universitarios, en los tiempos del exilio de Darcy Ribeiro en el Uruguay de los años 60, hoy Director General de Relaciones y Cooperación de la Universidad de la República, relata su convivencia con Darcy Ribeiro durante muchos años, revelándome cómo fue la llegada del antropólogo al Uruguay, la inserción del profesor brasileño en la Universidad uruguaya, hechos anecdóticos vividos por Darcy Ribeiro; la moción de apoyo realizada por la Universidad de la República cuando el antropólogo salió del Uruguay y volvió al Brasil, entre otras cosas.

Daniel Vidart, antropólogo de la Universidad de la República, nos dice sobre los ideólogos de la *Enciclopedia Uruguaya* y de su participación como autor de tres fascículos de dicha publicación. Aborda también su colaboración en Cuadernos de *Marcha*, junto con Ángel Rama y Darcy Ribeiro.

Alberto Methol Ferré me cuenta sobre la Historia uruguaya y su relación con el Brasil, reflexionando sobre la importancia de la revista *Nexo* que, en uno de sus números, destinó especial atención al Brasil. Se refiere también al exilio brasileño en el Uruguay y a la participación de Darcy Ribeiro en la revista *Víspera*, con una larga entrevista que se encuentra en el anexo.

María Díaz de Achugar, secretaria de *Marcha*, desde 1967 hasta el momento en que el semanario fue clausurado por la dictadura uruguaya, habla de la organización del periódico, de los corresponsales extranjeros del diario, de la participación de periodistas brasileños exiliados. Testimonia la creación de *Cuadernos de Marcha* y de la *Biblioteca de Marcha*. Su texto cierra el ciclo de las entrevistas, poniendo en evidencia la relación intrínseca entre el semanario *Marcha* y la vida democrática en el Uruguay.

El fin de *Marcha* reafirma la imposibilidad de los brasileños de seguir viviendo en el Uruguay, señalando el reencuentro de uruguayos, argentinos, brasileños, exiliados latinoamericanos en América Latina y en otras regiones.

Como homenaje a Ángel Rama y Darcy Ribeiro, anexé también una entrevista realizada por el crítico uruguayo. El antropólogo brasileño le hablaba a Ángel Rama de la nueva generación brasileña. Datada el 29 de mayo de 1964, pone de manifiesto una interlocución que ocurrirá en el Uruguay y en otras regiones, atravesando los textos de los dos intelectuales.

En cuanto al método de trabajo con las entrevistas, son necesarias algunas aclaraciones. Luego de las entrevistas, realizadas por mí, fue hecha la transcripción de las mismas. Para dicha tarea recurrí a Martha Muzio, profesora de Español del “Brasil Club de Portugués” y alumna de la Licenciatura de Lingüística en la “Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación” de la Universidad de la República. Realizamos, en forma conjunta, el trabajo de redacción.

En cierto momento, esa actividad sucedía de forma simultánea a la elaboración de algunas de las entrevistas. Todas ellas fueron grabadas, con excepción de dos que me fueron entregadas dactilografiadas y/o digitadas y firmadas. Luego de realizada la redacción, se solicitó a los entrevistados que hicieran una revisión del texto transcrito. Algunos lo mantuvieron con pocas alteraciones, otros rescribieron el texto, cortando o aumentando algunas partes. En este libro por varias razones mantuve la lengua en la que fueron realizadas.

Una lectura de las voces de los entrevistados vuelve evidentes los tiempos de represión vividos en Montevideo (desde el final de la década del sesenta hasta 1984). Hoy, esas marcas más visibles del Uruguay en aquellos tiempos buscan ser escritas de otras formas como las de las luces brillantes del "Shopping Punta Carretas" en Montevideo que, en lo recóndito de sus galerías en el pasado, sofocó a los opositores de los regímenes violentos de la dictadura uruguaya y de otras tan conocidas nuestras. Las pinturas de las paredes y los ambientes luminosos y lujosos buscan higienizar el pasado. Entretanto, en el interior de las casas, varias voces hablan de ausencias: la desaparición de personas queridas, originales de libros perdidos, inexistencia de objetos de memoria como las fotos. Los entrevistados están ahí mostrando las cicatrices aún abiertas por los tiempos sombríos.

Generosamente, Luis Carlos Benvenuto, ex Director Ejecutivo de la *Enciclopedia Uruguaya*, me hace un regalo. Me ofrece nada más ni nada menos que una foto de él con los amigos de la *Enciclopedia Uruguaya*, incluyendo a Darcy Ribeiro. Las voces de los entrevistados junto con la foto/memoria iluminan, de otra forma, el exilio del antropólogo brasileño y la convivencia con algunos de sus amigos, que también tomaron el camino del exilio.

Con esas entrevistas, no traté de encontrar la verdad de una Historia, incluso porque no existe una única Historia.

Por medio de ellas, es posible leer tiempo y tiempos, vida y vidas. Al tener la oportunidad de dialogar con una generación con la cual me identifiqué, pienso en el narrador de *A casa dos espelhos*.

A vida não é mais do que uma sucessão de mortes, de momentos que permanecem em formas de cicatrizes. Era a mim mesmo que eu procurava através de todos esses momentos do passado, para saber quem eu sou, de onde venho. Agora sei: venho de longe, de lugar nenhum. Não sou mais do que o receptáculo de um conteúdo de lembranças, a forma que essas lembranças assumem arrumando-se em memórias. Sem elas, sou vazio e sem volume.<sup>15</sup>

Las entrevistas de este libro son parte de la Historia cultural de América Latina, legado vivo del pasado y del presente, que tuve la felicidad de registrar, contando con la voz y la escritura de los entrevistados.

Haydée Ribeiro Coelho

Belo Horizonte, 10 de diciembre de 2002.

La versión del portugués para el español fue realizada por Martha Muzio.

---

<sup>15</sup> KOKIS, Sergio. *A casa dos espelhos*. Trad. Marcos de Castro. Rio de Janeiro, São Paulo: Record, 2000. p. 302. Se trata de un texto autobiográfico cuyo narrador cuenta su exilio en Canadá, en el transcurso de la dictadura brasileña después del golpe militar de 1964.

## **ENTREVISTAS**

## Juan José Fló

*Darcy Ribeiro participó con Ángel Rama en la Enciclopedia Uruguaya. ¿Podría hablarme sobre eso?*

Darcy participó como socio de la empresa y consultor al que Ángel acudió con frecuencia. Fue una sociedad que se formó con Arca y algunos accionistas privados que pusieron algo de dinero. Entre esos estaba Darcy. En la Secretaría de la *Enciclopedia* estaba Luis Carlos Benvenuto. Julio Rodríguez estuvo también. Es un historiador fabuloso. Muchas cosas más no te puedo decir.

*¿Es posible que me hable sobre la llegada de los exiliados brasileños al Uruguay?*

Eso ya es más complicado, de eso sé poco. Acá llegó Goulart. Invirtió en una hacienda que explotó durante cierto tiempo. Aquí, llegó también Brizola. Ellos hicieron una vida muy activa. Si mal no recuerdo, había dificultades diplomáticas, porque Brasil se quejó de la actividad política realizada durante cierto tiempo desde Uruguay. Yo sé poco de eso, y sé poco también del contacto, del vínculo que puede haber tenido Darcy con ellos, que seguramente lo mantuvo en alguna medida, pero bueno, yo de eso no tengo información.

*¿Podría hablarme sobre la actuación de Darcy Ribeiro en la Universidad de la República?*

Estaba planteada una reestructura general de la Universidad por parte del Rector Oscar Maggiolo, que fue

el último rector antes del golpe de Estado, en el 73. Él tuvo que exilarse luego. Maggiolo estimaba mucho a Darcy. En realidad, la ubicación de Darcy tiene mucho que ver con la decisión de Cassinoni, el rector anterior, que quería que Darcy fuera docente. Seguramente intervinieron otros, seguramente Ángel. Pero al fin de cuentas, fue la decisión central de la Universidad mucho más que de la “Facultad de Humanidades” en la que no había una cátedra de Antropología. En realidad, se creó una cátedra especialmente para Darcy, que fue impulsada por el rector.

Darcy intervino en el tema de la reestructura de la Universidad de la República. Él había sido el diseñador de la Universidad de Brasilia. Entonces, con el auspicio de la Universidad, seguramente del Rector, se organizó, en esta, un largo seminario que duró como tres o cuatro meses, con sesiones una vez por semana para discutir el plan Darcy y en particular las distintas áreas y sus institutos centrales. El centro del proyecto de Darcy era configurar una Universidad sobre la base de institutos: Ciencias sociales, Ciencias físicas o matemáticas, Ciencias duras y blandas. Quedaba dependiendo de los Institutos centrales la enseñanza de las ciencias básicas en las Facultades profesionales.

Bueno, Darcy hizo una presentación general y luego fueron encargados los investigadores y docentes de la Universidad del Uruguay de cada una de las áreas de conocimiento. Ése fue un trabajo muy significativo, publicado en dos tomos en el Uruguay. También, en Uruguay, la Universidad publicó un tomo entero sobre el Seminario, todo de Darcy. Es un resumen de su concepción de la Universidad. Creo que ese libro fue publicado inicialmente en español. No sé si salió una publicación previa en portugués.

Montevideo, 18 de abril de 2002

## Arturo Ardao

*Darcy Ribeiro en su exilio en Uruguay participó de muchas publicaciones conjuntas como **Marcha**, **Cuadernos de Marcha** y la **Enciclopedia Uruguaya**. ¿Puede hablarme sobre eso y sobre la planificación de la **Biblioteca Ayacucho**, ocurrida en Caracas, en 1974?*

La participación de Darcy Ribeiro en las mencionadas publicaciones durante su exilio en el Uruguay, tuvo la importancia y recibió la estima propia de la tan reconocida obra del autor.

En cuanto a la planificación de la *Biblioteca Ayacucho*, en 1974, se trató de sugerencias de universitarios reunidos en Caracas con motivo de la creación del "Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos".

*La importancia de los intelectuales uruguayos para el pensamiento de Darcy Ribeiro sobre América Latina.*

Me resulta imposible calibrar el eventual aporte uruguayo que pudo existir al pensamiento de Darcy Ribeiro sobre América Latina. Me es grato destacar, en cambio, la personal contribución suya, en lo científico y en lo educacional, a nuestra vida universitaria; valiosa contribución, tanto en docencia como en encuentros colectivos y en exposiciones individuales.

*¿En relación a ese aspecto, en qué sentido el pensamiento de Darcy Ribeiro tiene semejanzas con sus reflexiones sobre América Latina y sobre la Universidad?*

Muchas coincidencias.



*¿Cuáles fueron los intelectuales argentinos que Darcy Ribeiro conoció acá en los años 60? ¿Cuál fue la importancia de ellos en el pensamiento de Darcy Ribeiro (Antropología y Educación)?*

No recuerdo relacionamiento aquí (muy posible), de Darcy Ribeiro con intelectuales argentinos.

**Consultando las Actas de Sesiones del Consejo Central Universitario**, el 24 de setiembre de 1968, pude constatar que el Rector Dr. Oscar J Maggiolo y usted propusieron el otorgamiento de título de Dr. Honoris Causa a Darcy Ribeiro. *¿Podría hablarme sobre ese momento?*

Cálida expresión de aprecio científico y personal de la Universidad uruguaya, al finalizar el exilio de Darcy Ribeiro.

Montevideo, 7 de mayo de 2002

## Julio Rodríguez

*Darcy Ribeiro en su exilio en el Uruguay participó en muchas publicaciones conjuntas, como **Marcha**, **Cuadernos de Marcha** y **Enciclopedia Uruguaya**, incluso con usted mismo: ¿Podría hablarme sobre eso y sobre la planificación de **Enciclopedia Uruguaya**?*

Darcy Ribeiro en su exilio. Bien, yo sólo trabajé con él en la *Enciclopedia Uruguaya*. Su planificación fue anterior a mi ingreso a ese equipo. En él estaban Darcy Ribeiro, Ángel Rama, Carlos Benvenuto, y quizás, seguramente, Alberto Oreggioni, pero quien puede responderlo, de los que sobreviven es Carlos Benvenuto.

Ángel Rama me invitó a trabajar, y cuando me integré ya estaba compuesto el índice de los temas, si bien no se había comenzado a definir los posibles autores, más allá de que había una cierta idea al respecto. Me integro con un equipo de ilustradores y diagramadores, dos artistas plásticos de gran renombre en el país, Jorge Carrozzino y Cholo Loureiro. Mi experiencia era, casualmente, la de un modesto obrero corrector y diagramador de imprenta. Soy mucho mejor corrector que profesor e historiador.

*¡Ah, no pienso eso! Usted es un gran historiador.*

Bueno, bueno. Tú sabes que cuando se hunde un continente, emergen las zonas bajas. Quizás por eso alguien piense que tuve alguna relevancia. Mi memoria es frágil. Ahora guardo todo en la computadora, la memoria propia me falla. Sigamos. ¿Cuál era mi función?: colaborar en la elección de autores, pues el trabajo era muy colectivo. Se

decía, bien, tú entrevistas a tal autor, le planteas el tema, etc. Tenía además una misión específica, volcar mi propio conocimiento histórico, obviamente en la parte general; preparar el material gráfico, particularmente el fondo fotográfico disponible en diversos repositorios históricos ya existentes. Además fotografiar objetos de diversos museos o de edificios de relevancia histórica, acompañado del fotógrafo Julio Navarro, entonces estudiante de arquitectura.

Acordado el tema con el eventual autor, obviamente, se le indicaba la dimensión del trabajo, la idea general de la *Enciclopedia*, que ya fuera aprobada antes de mi ingreso, por Ángel Rama, Darcy Ribeiro, Carlos Benvenuto (apelo a su memoria, pues sólo él tiene ahora un conocimiento directo). Supongo que también haya participado Alberto Oreggioni.

Darcy Ribeiro también participó en el fondo financiero de lanzamiento de la publicación. Creo que también había una participación de la editorial Arca, editorial ya existente creada por Ángel Rama. La propia planificación original se fue modificando en parte sobre la marcha. Aparecieron nuevos títulos de sus Cuadernos de aparición semanal. A medida que se avanzaba se pensaba que sería conveniente agregar este tema, eliminar este otro, etc. Particularmente los últimos títulos fueron pensados al final. Que yo recuerde yo jamás diseñé ningún tema. Siempre fui un pésimo organizador y planificador. Alberto Oreggioni solía reírse bonachonamente de mi incapacidad al respecto.

En el Uruguay entonces había una increíble fiebre editorial y esto se debía a algo muy simple: todo el mundo leía y devoraba cuanta publicación apareciese. En ese momento, nos había precedido una publicación literaria llamada *Capítulo Oriental* donde recuerdo uno de sus destacados miembros, nada menos que Carlos Real de Azúa. Luego surgió otra más llamada *Nuestra Tierra*. Las

tres publicaciones, incluida *Enciclopedia Uruguay*, eran de salida semanal, y todas se vendían muy bien. Pensemos que en un país de menos de 3 millones de habitantes, *Enciclopedia* comenzó y se sostuvo bastante tiempo con un tiraje de 25 mil ejemplares semanales – a nuestra escala, realmente un tiraje descomunal – y creo que sólo al final, el tiraje disminuyó lentamente pero siempre superior a los 8-10 mil ejemplares. A pesar de ser publicaciones de nivel riguroso y exigente, su difusión era tal que se vendía en todos los puestos de venta de periódicos. Por supuesto, también en librerías. Su venta masiva era como la de cualquier semanario.

Como historiador, escribí dos de los Cuadernos, el nº 13, “Las montoneras y sus caudillos”, y el nº 29, “Los grandes negocios”. El primero era mi propio análisis contrapuesto a las dos tradiciones historiográficas dominantes, la una de corte liberal décimonono o “mitrista” (en referencia a la labor historiográfica del historiador Bartolomé Mitre que fuera también presidente de Argentina) y la otra de perfil “rosista” en Argentina, y “blanca”, nacionalista, en Uruguay, que reivindicaba a los caudillos rurales enfrentados a los “doctores” elitarios urbanos. Esta tradición en cierto modo transformaba en mito una épica real sentida por las masas gauchas cuya figura paradigmática fue Aparicio Saravia muerto en la última gran revolución (al comienzo del siglo XX). En “Los Grandes Negocios” sintetice dos tomos inéditos de historia del crédito desde su nacimiento hasta el capital bancario privado, y finalmente hasta la fundación del Banco estatal en 1896. Los originales, no sé si lamentarlos o no, se perdieron por obra y gracia de las requisas de la dictadura en los diversos escondrijos de mi hijo Sergio, por varios años militante clandestino. De haber sido buenos, Dios los hubiera salvado.

*Como asesor historiográfico de Enciclopedia Uruguay, ¿puede hablarme acerca del carácter histórico de la misma?*

Creo que no hay temas que no sean históricos. El ser humano mismo es un animal historizable. Pero en lo tradicional, digamos, todo es historizable. Hablo sólo de ciertas cosas cuyo debate reemerge de tanto en tanto ¿cuándo fuimos nación? ¿cuándo comenzamos a ser uruguayos y no sólo los orientales de este lado del río Uruguay? Debate metafísico si se olvida de su laboriosa gestación real. Por un lado la tesis del genetismo uruguayo que nos dan como nacidos antes del pecado original. Por otro lado la tesis de que los uruguayos no existen. Como la variedad es infinita, se puede encontrar el producto diversificado que te interese. Para el común de la gente se hace difícil entender que la identidad sólo se logra modificándose, porque el ser, aquel ser o identidad que no se modifica, desaparece. Por supuesto tú puedes modificarte y también desaparecer. Pero seguro es que los sobrevivientes lo son porque se modificaron: seres, hormigas, dinosaurios, ideologías, lo que sea. Como decía Engels: “todo lo que existe merece perecer”. Claro y mordaz. Forma provocadora de negar la persistencia, la identidad inalterable de cualquier ser, estructura, individuo o lo que fuere.

*¿Cuáles fueron los intelectuales que Darcy Ribeiro conoció aquí?*

El propio Achugar puede responder mejor que yo. En una aldea como Montevideo, todos conocen a todos. En mi juventud fui amigo del que fuera presidente Dr. Julio María Sanguinetti. En diversas oportunidades me encontré con el actual presidente Dr. Jorge Batlle. Y ellos a su vez se han tratado con otros miles de intelectuales uruguayos de todos los pelos e ideologías. Es imposible de otro modo. Nos encontramos en la calle o en cualquier suceso público, se lo quiera o no. Rousseau pudo haber encontrado que

el Uruguay era el espacio ideal para su idea asamblearia de la democracia. Es fácil convocarlos y reunirlos en un estadio deportivo.

Tanto más un hombre como Darcy. Casi al desembarcar se hizo amigo de todos los intelectuales uruguayos, por dos razones: primero porque era un tipo brillante, y segundo porque tenía una simpatía desbordante. Era un gran *causeur*, un gozoso charlista. Achugar que está vivo y no en estado letárgico como yo, seguramente te puede abrumar a nombres y cada uno te dará otra serie de nombres. Fue Juan Fló quien te dio mi teléfono, ahora yo te di el teléfono de Flora Papo que con su entonces esposo Alberto Oreggioni, tuvo relaciones personales muy estrechas con Darcy y su esposa.

*¿Cuál fue la importancia de **Enciclopedia Uruguay** en el contexto de los años 60?*

¿Tú has visto algún ejemplar. Algún título? En ellos verás que fue una historia de la sociedad, la economía, la cultura, la literatura, el arte, el urbanismo, la música, la plástica, y a la vez un testimonio de los años calientes que entonces se vivían.

*¿Volvió a encontrarse con Darcy después de su exilio en Uruguay?*

En 1976 en París. Entonces yo estaba en Praga. En Uruguay estaba preso el ingeniero José Luis Massera, el famoso matemático uruguayo. Me sugirieron entonces que habiendo un congreso de latinoamericanistas en París, con motivo del centenario de la Sociedad mundial de latinoamericanistas, se debía estar presente para solicitar su apoyo a la campaña mundial por la libertad de Massera. Bien. Fui al Congreso. Y en el estrado veo a Darcy. Nos abrazamos, nos fuimos aparte y le dije que mi modesta participación en el congreso se limitaba a denunciar en su seno la situación de Massera. Entonces también colaboró Javier

Bonilla que vino a presenciar el congreso. Darcy comprometió todo su apoyo y me afirmó con su humor característico que sería extremadamente fácil obtener una declaración reclamando la libertad de Massera. Efectivamente fue así, y su papel fue precioso. Con ello se ayudó a denunciar la situación existente en ese año, tan duro, para la resistencia uruguaya, en la que Massera era una figura de enorme peso.

### *¿Cuál debe ser el papel de los intelectuales?*

No lo sé, por más que sí sabía cuál debía ser el mío. Saber quedarse solo. Es decir, no transformar un *corpus* de ideas como el de Marx que intentó abrir la ciencia, en una ideología que la cerraba. En segundo término, que no le ocurra a un intelectual de izquierda lo que le ocurriera a la Filosofía medieval que se transformó en sierva de la Teología. Pienso que más de algún carismático líder latinoamericano ha olvidado la frescura de su propio origen y ahora no la admite en los demás. Pero también pienso que esa llamada paranoia del poder sólo captura al que ya posee una estructura psicológica autoritaria. El problema no es la “nariz de Cleopatra” sino en qué estructura se permite que su nariz sea importante. El problema no es que Stalin fuera paranoide, sino cuál es la estructura que permite que un paranoide sea importante para la suerte de su sociedad, de su partido, de su Estado.

Quizás por eso, para darme un amplio espacio de seguridad contra mis propias flaquezas, suelo alejarme de toda estructura que tenga el poder de tener poder sobre los demás. Porfirio Díaz, el dictador mexicano de fines del siglo XIX es conocido en todo el continente por dos de sus dichos. El uno ya universalizado: “Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de EEUU”. El otro menos conocido: “No hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil dólares”. Yo no quisiera saber un día que no supe resistirlo por estar demasiado cerca de la tentación.

Las formas de corrupción del propio pensamiento son muy diversas de la corrupción monetizada, de la “coima” como se dice en el Río de la Plata. La del pensamiento adquiere diversas formas. En primer lugar, si tus valores no están bien fundados en tu estructura ética, – no hablo de la discursiva – la que tiene que ver con tus peripecias, como ser humano, el cómo te fuiste formando, qué mundo de relaciones tejiste y te tejió, que experiencias viviste, sin duda se está más expuesto.

Cierto es que según otros, hay estructuras psíquicas que no son afectas ni a ejercer el poder ni a sufrirlo, otras que tienden a ser el gorila dominante, y otras que aceptan la pose del subordinado. Bien, en alguna parte de esa geografía psíquica debe encontrarse esta norma: la de saber quedarse solo. Cuando tú tienes una determinada idea pero te encuentras inmerso en un océano de gente que por el contrario defiende la idea contrapuesta, es posible que comiences a dudar de ti mismo. En una forma incluso más deteriorada, comienzas a pensar que pagas un precio demasiado alto por querer quedarte solo. Pierdes posibilidades de trabajo, pierdes contactos culturales, no te convoca la radio, la televisión. Puede ocurrir entonces que te sugieras a ti mismo de ceder un poquito a ese poder que te sumerge como islote a cada golpe de marea...

Y el cedimiento es como las arenas movedizas, puedes llegar a cualquier nivel de cedimiento.

¿Esto supone que tienes “la” razón? No, claro está. Acertar o no acertar en la ciencia tiene importancia, pero no toda la importancia. El problema no es apoderarse de la verdad, sino que – como dijera Marx – la verdad se apodere de mí.

Y que te regocijes subordinarte a ella.

Montevideo, 16 de mayo de 2002



## Flora Papo

*¿Cuándo conoció a Darcy Ribeiro? ¿Puede hablarme sobre su presencia aquí en el Uruguay?*

Estuve pensando cuándo lo conocí y no me acuerdo ni exactamente cuando ni a través de quien. Creo que antes yo conocí a un dirigente sindical brasileiro cuyo nombre no me acuerdo, que estuvo en Montevideo exiliado un tiempo, y que llegó antes que Darcy. Fue a través de esta persona que lo conocí. Debía tener unos 40-45 años, buen aspecto, buena conversación. No era un periodista. Yo lo conocí como dirigente sindical y creo que él me presentó a Berta y a Darcy. Después, él se fue de acá. No se quedó en Uruguay, yo dejé de verlo, no sé. Lo vi poco tiempo, no sé si un año, no más de eso. Después conocí también a Waldir Pires y a la señora. Eran amigos de Darcy y algunas veces estaban en la casa de Darcy y de Berta.

*¿Podría hablarme de la amistad que tuvieron usted y su marido con Darcy y Berta Ribeiro?*

Bueno, en principio fue una cosa más bien solidaria. Sabíamos quien era, el nombre sonaba. Nosotros queríamos presentarlo a gente de acá, a gente de la cultura, a gente del periodismo, un poco hacer de puente.

¿Quiénes eran nuestros amigos?

Ángel Rama era muy amigo de mi ex marido. Empezamos a abrir la rueda como para que se fueran conociendo, viendo cómo se podría vincular con la Universidad, donde era la tarea de Darcy, digamos. Era en lo que él estaba interesado.

Yo lo veía bastante serio, en la casa, conversando de las distintas cosas que estaban pasando, del momento político, momento económico, de eso se hablaba, pero poca cosa hablé con Darcy de sus proyectos, de sus intereses personales. De eso yo no tenía una conversación con Darcy. Te puedo decir que me parecía como muy chispeante. Era una persona muy inteligente, con una conversación muy ágil, muy rápida, como medio travieso, muy divertido. Podía ser muy incisivo también, pero la relación amistosa era muy agradable.

Claro, yo era más amiga de Berta, en el sentido de que a Berta la veía incluso por fuera de la reunión de la casa, tomando un café juntas, preguntándole cómo se siente, cómo andan las cosas acá, qué noticias tienen ellos, qué perspectivas le parece que tienen. Eso yo lo hablaba más con Berta que con Darcy. Era una relación más íntima, más amistosa con Berta, con la que me vi varias veces después. Con Darcy menos. Pero Darcy, a través de mi ex marido, empezó a vincularse con Arca, con la gente de Arca, con Rama, con José Pedro Díaz, bueno, a veces escribía cosas. Ellos tenían su reunión como aparte. ¿Qué más te podría comentar?

*¿Cuáles fueron las actividades en las cuales participaron Alberto Oreggioni y Darcy Ribeiro?*

Participaron sobre todo en la editorial. Era ahí donde estaban más involucrados los dos. De esas actividades yo no participaba, se hacían en la editorial, se juntaban, discutían, hablaban. Pero de esas yo no participaba y Berta tampoco. Muchas veces yo salía con Berta. Mientras ellos estaban en esas reuniones, Berta y yo salíamos a tomar un café o nos íbamos a un cine. No participábamos de la parte editorial. De eso no participábamos para nada, ya te digo, de la editorial no.

Berta escribía mucho, escribía y corregía mucho de lo de Darcy, páginas y páginas, se pasaba escribiendo en el edificio, continuamente corrigiendo, discutiendo, y escribiendo. Ella no era de dar la cara al público. El que daba la cara al público era Darcy. Berta estaba detrás del telón siempre. Yo creo que fue una gran apoyatura para Darcy, desde el punto de vista práctico de la mecanografía hasta el apoyo intelectual. Me refiero a que Berta corregía y discutía mucho las cosas de Darcy, pero todo eso era medio para adentro, no se veía en el exterior.

Berta trabajó muchísimo para él, mucho, mucho, recogiendo datos, bibliografía, clasificando otras cosas, pensando en eso, escribiendo. Ella trabajó muchísimo. Yo creo que, después que se separaron, empezó a surgir como la figura de ella, como figura separada de Darcy, que se veía como muy importante históricamente. Cuando estaba con Darcy estaba muy tapada, pero ella también cedía el lugar. Esto no es sólo de Darcy, estas cosas se hacen de a dos. Ella cedía el lugar. A Darcy le gustaba y ella lo dejaba. Se juega de a dos en las relaciones, no se juega de a uno. Uno hace pero el otro deja hacer. Ella tampoco quería su lugar, tampoco quería ir a discutir esas cosas. Estaba en otra cosa.

*¿Ustedes se encontraron con Darcy después de su exilio en el Uruguay?*

Sí, me encontré una vez con ellos en Chile y antes en Río cuando Darcy volvió y lo apresaron. Viajé a Río a visitar a Berta y a acompañarla unos días. Cuando ella visitaba a Darcy en la cárcel, yo la esperaba afuera y luego volvíamos a su casa. No me acuerdo qué año era, pero debe de haber documentación. Él quería volver de cualquier manera. Decía que si no volvía, perdía un lugar allí, perdía una imagen, perdía una posición que él quería conservar. Y volvió y lo apresaron. Después lo vi una vez

más en París. Fue una casualidad total, ambos estábamos de paso y nos encontramos, una coincidencia. De acá, después, nos fuimos todos. Yo me fui en el 76. Vivía en Barcelona y Berta vino a visitarme a Barcelona. Ella pasó por Barcelona, no me acuerdo tampoco en qué año me vino a visitar.

*¿Usted visitó a Berta antes de que ella muriera?*

Estuve sí. Antes de eso también fui una vez a visitar a Waldir Pires y a la señora en Bahía. Antes de ir a ese viaje, llamé por teléfono a Berta a ver si ella podía venir también, para ir juntas. Ella ya estaba enferma, me dijeron que no podía ir, pero yo hablé con ella. Todavía en ese momento podía hablar y todo. “Mirá Berta, yo te pago el pasaje, vamos juntas”. “No, no puedo, que tengo mucho trabajo.” Y bueno, no fue. Después, volví a llamar, pero ya había pasado un año o dos, a ver si ella podía venir para acá a visitarme. Ahí ya estaba bastante mal, no podía. Entonces ahí me dijeron que estaba muy enferma, que no podía, que no sé qué. Yo pregunté cuán enferma estaba. Me dijeron, “bueno, está bastante mal”. Entonces yo voy por allá. Fui y estaba muy mal ya.

*¿Hay correspondencia entre ustedes y Darcy Ribeiro? ¿Tiene fotos de Berta y Darcy en Montevideo?*

Ni las de Darcy, ni las de Berta, ni las de mi madre ni las de mis tíos, ni las de la familia, porque al quedarse en el apartamento, la policía se quedó con todo. Ni las fotos, ni los libros, ni las tazas, ni los platos, nada. Se llevaron todo, el auto, todo... el sillón, el televisor, todo... las cortinas, todo. Se han quedado con casas, con un apartamento. Hubo reclamos, pero con las cosas de adentro de la casa, es que no hay ningún inventario posible. Algunos exiliados salieron con sus cosas, depende de la situación. Salir con

las cosas cuando está el apartamento ocupado, no se puede. Si salís antes de que te lo ocupen...

*¿Y no hay ninguna idea de dónde están, o adónde pudieron llevar las cosas?*

No sé si hubo un lugar donde se juntaban las cosas, no sé. Las cosas que les interesaban puede ser: libretas de teléfono, esas cosas puede ser que pasaran a un lugar central, digamos, pero discos, libros, sábanas, fotos, no. Todo eso se perdió. Darcy tampoco tiene, no sé, en la Fundación, si Berta guardó algo, digo, si Berta tiene fotos en la casa, si tenía fotos en la casa, si tenía cartas.

Berta y Darcy me habían regalado un adorno de plata, que tenía una espiga, que no sé como se llama, que tiene varias cosas colgando, pero era una maravilla, era una cosa grande así, también se lo llevaron. Se llevaron todo. Y después, Berta, cuando yo fui al Brasil, me regaló un collar hecho por los indios y un anillo de la familia de ella, que yo lo tengo en mi casa. Era una amistad muy fuerte. Berta me dio mucho. Yo no guardo. Yo no soy de guardar; de tantas vueltas por tantos lugares del mundo, de un lugar a otro, se puede salir con una sola valija, el resto queda. Me quedan los recuerdos.

Cuando ellos salieron de acá, salieron con todas sus cosas. Capaz que Berta tiene, de cuando vivían en Montevideo, fotos, o alguna otra cosa, y no sé si ella viajó con todo eso hasta regresar al Brasil, o también lo fue dejando por el camino. Yo creo que no, porque ella era muy de guardar. Ella guardó toda la correspondencia, ella tenía archivos donde guardaba toda la correspondencia, muy prolijamente, por orden cronológico. Era más organizada, muy organizada. Eso lo hacía Berta. Él dejaba que lo hiciera ella. Cuando estaban acá, ella llevaba los archivos. Cuando salieron de acá, esas cosas se las llevaron, pero no sé que pasó después con todo eso.

*¿A Renzo no lo viste?*

*No, yo voy a entrevistarlo.*

No sé si Renzo tiene algo. Sí, porque yo le pedí a Renzo, antes de ir a ver a Berta, que estaba muy mal. Yo hablé con Renzo. Pero no sé si tiene algo de cuando Darcy y Berta vivían en Montevideo. Fue muy lindo conocerlos, ves. Eso fue una gran alegría. Los recuerdo con muchísimo cariño a los dos. Fue muy linda la relación. Mis hijas también la recuerdan con mucho cariño a Berta por ejemplo. A Darcy no lo conocieron.

Montevideo, 18 de mayo de 2002

## Renzo Pi Hugarte

*Trabajando en la Universidad de la República, Darcy Ribeiro interactuó con universitarios y con intelectuales del Uruguay. Habiendo Ud. participado de ese relacionamiento, ¿cuáles son sus recuerdos de Darcy Ribeiro en el Uruguay de los años 60?*

Cuando Darcy llegó a Montevideo en 1964, exiliado por causa del golpe de estado que encabezó el mariscal Humberto Castelo Branco – golpe que inició la larga dictadura en Brasil y que inauguró la sucesión de dictaduras en otros países latinoamericanos – la Universidad de la República tomó en seguida la oportuna decisión de contratarlo como profesor de Antropología. Así fue como Darcy se incorporó a la vieja Facultad de Humanidades y Ciencias, en la que inició el primer curso formal de Antropología Cultural que se impartió en el Uruguay. Tengo presente que muchos años después, la casualidad quiso que rescatara el expediente de su contratación por parte de la Facultad mencionada, cuando ocupaba interinamente su decanato el profesor Roberto Ibáñez; en ese documento constaba la elogiosa valoración de la personalidad intelectual de Darcy que Ibáñez hizo ante el Consejo de la Facultad, así como de sus actividades universitarias y políticas y de sus trabajos antropológicos. Curiosamente en ese expediente obraba también el plan que Darcy había elaborado del curso que pensaba impartir.

En esa época, yo era obviamente joven y trabajaba como Ayudante en el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad, que estaba integrado a la estructura burocrá-

tica de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, como se llamaba entonces. Tenía por lo tanto cierta experiencia en investigaciones de corte sociológico, aunque ya, autodidácticamente, me había ido orientando hacia el campo de la Antropología. Por eso había logrado reunir una biblioteca bastante buena en lo relativo a temas antropológicos e históricos, en la que tenía los textos que para esa época pueden ser considerados clásicos. Darcy había arribado al Uruguay con un equipaje en extremo sumario, por lo que no tenía ni un solo libro de Antropología. Yo, que con su integración a nuestra Facultad había vislumbrado la posibilidad cierta de estudiar de manera más formal esta disciplina y con un antropólogo ya muy destacado en el concierto internacional, fui de los primeros en inscribirme en su curso. Recuerdo muy bien que al cotejar la bibliografía que Darcy recomendaba para su curso, comprobé que yo tenía prácticamente todos esos textos. Entonces, con timidez por cierto, le ofrecí esos materiales que poseía por si él necesitara repasarlos para sus clases; Darcy aceptó agradecido mi ofrecimiento, lo que, como es lógico, me llenó de orgullo. Más adelante, Darcy conseguiría traer de Río de Janeiro gran parte de su biblioteca – incomparable con la mía, verdaderamente – con lo que la situación se invirtió puesto que yo vine a resultar el beneficiario al poder disponer para mi formación con muy variados y ricos materiales.

En la época en que Darcy vino al Uruguay, ya había realizado varios de sus conocidos y brillantes trabajos etnográficos de campo, había colaborado intensamente con el mítico mariscal Cândido Mariano da Silva Rondon en el “Serviço de Proteção aos Índios”, había sido Ministro de Educación del gobierno de Juscelino Kubitschek e impulsor de la Universidad de Brasilia y por último, “Jefe de la Casa Civil” del Presidente João Goulart. Siempre he creído que más que el destaque que Darcy había ya logrado



como antropólogo, lo que movió a las autoridades de la Universidad de la República y en particular a su Rector, el Ing. Oscar Maggiolo, a vincularlo a la vida de esta institución, fue su experiencia en el planeamiento universitario. Darcy solía decir que en América Latina era imprescindible organizar la universidad que actuaría en el siglo XXI – que entonces parecía tan lejano – y que ésta debía ser una institución por la que deberían pasar todos los jóvenes sin excepción, ya que ellos serían los constructores del futuro de estos países.

De los trabajos antropológicos de Darcy yo conocía entonces solamente algunos como sus artículos “Os índios e a valorização econômica da Amazônia”, de 1954; “Convívio e contaminação”, de 1956; “Culturas e línguas indígenas do Brasil”, de 1962; su libro sobre *A política indigenista brasileira*, de 1962; y el que firmó con Berta G. Ribeiro, su primera esposa, *A arte plúmária dos urubus-kaapor*, editado lujosamente. A pesar de las aventuras – y desventuras – que debí vivir después por mis trabajos y mi exilio, he conservado esta última obra que cada tanto la vuelvo a mirar y a acariciar con la nostalgia del tiempo que pasó. Cuando Darcy llegó al Uruguay, aún no había emprendido su obra teórica, la que le daría un renombre internacional mayor, en rigor, comenzó a escribirla en Montevideo y sobre esos pasos que yo acompañé de cerca, puedo dar un testimonio preciso. Por descontado, no había iniciado su actuación como novelista.

En lo que tiene que ver con su trabajo en Uruguay referido a la adecuación a los tiempos de nuestra Universidad de la República – única en el país entonces – Darcy se desempeñó con un equipo que yo no integré, en el que entre otros, se destacó mi amigo Domingo Carlevaro, quien después tendría a su cargo precisamente el Departamento de Planeamiento Universitario; todavía es un alto funcionario de la Universidad, por lo que

constituye un referente fundamental para reconstruir esa parte de las actividades de Darcy en Montevideo; además, mantuvo con Darcy una amistad que duró toda la vida de éste. Como resultado de ese trabajo, Darcy publicó aquí en español, el libro *La Universidad Necesaria*, que posteriormente se daría a conocer en portugués y creo que también en otras lenguas, donde resume lo fundamental de sus ideas sobre la organización y la función de la universidad. No conozco quién hizo la traducción y ese detalle no se indica en el libro.

Respecto de la labor didáctica de Darcy, puedo decir que fui su alumno en los cursos que impartió durante dos años y que luego comencé a trabajar en grupos pequeños de adiestramiento en investigaciones antropológicas reales, que él denominó "Talleres de Trabajos Prácticos". Tuvo poco después la deferencia de poner a mi cargo uno de esos Talleres, en virtud de la experiencia que yo ya había obtenido en el Instituto de Ciencias Sociales. Darcy siempre me distinguió y me estimuló para que continuara estudiando formalmente Antropología; así, por su instigación, procuré una beca del gobierno francés con la que fui a la Sorbona para hacer una Maestría en Etnología, como se denominaba la disciplina en Francia; y allá estuve los años 1967 y 1968.

Evoco muy vívidamente que cuando Darcy comenzó acá su primer curso de Antropología, empezó diciendo que cada vez que él se veía en una situación de ese tipo, se preguntaba cuántos de los que lo oían habrían de dedicarse luego profesionalmente a la Antropología; cuáles serían aquellos a los que él, en tanto que moderno mistagogo de la ciencia, habría de encaminar en sus no menos divinos misterios. Yo, que como he dicho había ido afinando mi vocación dentro del ámbito de las Ciencias Sociales – o Humanas, como se quiera – tomé sus palabras casi como un reto personal; y de hecho, de todos los que

hicimos sus cursos, creo que soy el único que me hice antropólogo. Cada vez que a mí me ha tocado comenzar un curso de Antropología General para neófitos, he repetido aquellas palabras de Darcy, aguardando que haya alguien que recoja el guante.

Darcy tenía naturalmente excelsas cualidades de pedagogo y lograba todas las veces entusiasmar de inmediato a su auditorio. Era sumamente preciso en la exposición de conceptos teóricos, que refería indefectiblemente a las situaciones que había conocido durante su riquísima experiencia de etnógrafo. Vuelvo a ver aquel enorme auditorio, en el que nunca había menos de un centenar de personas, que seguían sus clases con cuidadoso interés. Entre sus alumnos se contaron también experimentados profesores de otras asignaturas que buscaron enriquecer sus conocimientos con lo dicho por Darcy en aquellas aulas de dos horas – que a veces se prolongaban más – que tres veces por semana impartía durante todo el año lectivo. Recuerdo que era infaltable Eugenio Petit Muñoz, viejo historiador que tanto se había interesado por la etnohistoria del Plata, sobre lo que dejó interesantes trabajos; Darcy se sentía conmovido y un poco amilanado por su presencia. Recuerdo asimismo que los planteos que Darcy hacía de cuestiones involucradas en la Antropología Cultural, fueron apreciados como fundamentales para su formación por varios psicólogos, docentes muchos de ellos de la Licenciatura en Psicología que entonces era una de las carreras de la Facultad de Humanidades y Ciencias; destaco entre ellos al Dr. Galeano, a quien Darcy estimó particularmente, quien en varios trabajos suyos siguió la línea teórica de Darcy.

Darcy era un docente nato, que experimentaba notoriamente la alegría de encontrarse ante una clase, sin lo cual ningún profesor llega a realizarse como tal. Tenía un extraordinario talento para comunicarse con sus

públicos y eso era muy visible en sus cursos. En realidad, cuando Darcy llegó al Uruguay, no poseía una experiencia docente demasiado extensa; pocas veces antes él había enfrentado el desafío de dar a conocer desde un inicio las complejidades de la elaboración teórica en Antropología ni la vastedad de su campo de conocimientos. Esto pone de manifiesto no sólo la amplitud y profundidad de su saber, sino también sus virtudes didácticas. Con total conocimiento de causa puedo afirmar que sus cursos eran palpablemente muy superiores a los dados por ilustres profesores de la Sorbona, los cuales por cierto, no eran ningunos improvisados.

Pero lo extraño de Darcy como docente, era el hecho de que nunca consiguió hablar demasiado bien el español; hubo palabras de este idioma que sistemáticamente se le resistieron y hubo sonidos con los que nunca pudo, como el de la jota (j) castellana. A propósito, yo traté de enseñarle una estrofa popular del siglo XIX que se suponía era un ejercicio infalible para que un extranjero pudiera pronunciar bien la jota, lo que en su caso se demostró falso. Esa especie de charada que a Darcy le resultó insuperable trabalenguas, decía:

Dijo un jaque de Jerez / con su faja y traje majo, / "¡Yo  
al más guapo el juego atajo, / que soy jaque de ajedrez!"  
/ Y un gitano que el jaez / aflojaba a un jaco cojo, /  
dejando ciego de enojo / de esquilar la tijereta, / dijo  
al jaque: "¡Por la jeta / te la encajo si te cojo!"

Darcy apenas podía llegar al segundo verso de la décima, ahogándose con el esfuerzo de la garganta y – renunciando a continuar, sacudido por incontenible hilaridad. Lo que pasaba era que Darcy resultaba demasiado brasileño para dejar de lado totalmente la lengua en la que había aprendido a pensar. Pero era indudable que poseía una gran facundia, expresándose en un lenguaje

propio que él solía llamar “españolgués” – aunque en realidad era mucho más portuñol – que consistía en una base de portugués a la que iba agregando las palabras que aprendía del español y también de otras lenguas. El caso era que nadie dejaba de entenderlo perfectamente. La que sí tenía una gran facilidad para las lenguas era Berta, su esposa; al no mucho tiempo de estar en Montevideo, la vi desempeñarse en una reunión académica como intérprete simultánea del inglés y del español al portugués.

Lo que hacía las delicias de su alumnado eran las “boutades” que salpimentaban su discurso y sorprendían a los que no lo conocían; creo inclusive que quienes estaban acostumbrados a su estilo expositivo, las esperaban. Así, por ejemplo, una vez que repasaba las posiciones que en la Antropología han surgido para explicar la universalidad del tabú del incesto, un alumno lo interrumpió señalando: “Profesor, en un artículo suyo de tiempo atrás que he leído, Ud. expresaba otra postura respecto de esta cuestión.” Debo aclarar que Darcy insistía en que debía dejarse de lado la indagación sobre el origen de la prohibición para atender a su funcionalidad y resultados, tesitura similar a la sostenida por Lévi-Strauss. Darcy contempló largamente, con mucha calma al importuno y luego le espetó: “Efectivamente en esa época, yo me inclinaba a sostener esa posición a la que Ud. alude, pero ahora pienso otra cosa: ésta que he señalado. ¿Ud. pretende que yo persista en lo que dije alguna vez? ¿Por qué habría de tener en ese sentido consecuencia conmigo mismo?” Por supuesto, toda la clase festejó esa salida con estentóreas carcajadas, incluido el que había hecho la pregunta.

Darcy se hacía querer rápidamente; por sus alumnos y por todo el mundo. Tenía una capacidad de seducción muy grande y a flor de piel. Y digo “seducción” en un sentido amplio y verdadero: seducía mujeres desde luego, pero también seducía hombres y niños; seducía gatos,

seducía lo que fuese. Era muy admirado porque era ya un intelectual reconocido y aún lo sería más; y porque cualquiera se daba cuenta de que era una persona de aguda inteligencia, de amplios conocimientos, gran creatividad e indudable originalidad. Tengo para mí que disfrutaba interiormente con el hecho de ser tan estimado, aunque no siempre dejaba que se trasluciera; con el tiempo dejó de disimularlo y hasta alardeaba de que le encantaba recibir elogios.

*Darcy Ribeiro participó en muchas publicaciones uruguayas, como **Marcha**, **Cuadernos de Marcha** y la **Enciclopedia Uruguaya**. ¿Podría Ud. hablar de la importancia de esas publicaciones en la formación y consolidación del pensamiento crítico uruguayo de los años 60?*

No conozco mucho respecto de la participación de Darcy en esas publicaciones que Ud. menciona. Sé que él trabajó con entusiasmo y con muchas expectativas en el proyecto que se concretó en la *Enciclopedia Uruguaya*. Esta publicación – que aún es consultada – vino a significar una puesta al día de la historia del Uruguay, no con una visión aldeana sino ubicándola en el mundo, que era precisamente la forma en que Darcy consideraba los asuntos de América toda. La *Enciclopedia Uruguaya* tuvo un gran efecto sobre el público y especialmente sobre los maestros y profesores secundarios y por descontado, sobre los estudiantes. Indudablemente, llenaba un vacío en la información y en el enfoque de esa información. Además, la circunstancia de que se publicara en entregas semanales que a bajo precio se vendían por todo el país en los puestos de diarios y revistas, hizo que obtuviera una difusión enorme. Esa forma de presentación fue sin duda una gran novedad y estimo que contribuyó decisivamente a su éxito. Tuvo también un efecto multiplicador, puesto que al poco

tiempo siguió la serie de *Nuestra Tierra* que enfocó cuestiones no sólo históricas de la vida uruguaya, cuyos números también se vendieron semanalmente en los kioscos de periódicos; tenía una presentación diferente que la *Enciclopedia Uruguaya* ya que sus números consistían en libritos de mediano formato y no revistas coleccionables. La misma comenzó a salir a fines de 1969, cuando Darcy ya se había ido del Uruguay; de otra manera, es seguro que también hubiera escrito algo para esa publicación.

*Marcha* era un semanario que tenía ya en ese entonces una larga y fecunda historia – su primer número apareció en junio de 1939 – y no sólo en el Uruguay, puesto que su influencia se extendió a otros países de habla española y en especial a la Argentina, marcando profundamente a varias generaciones. Casi puedo decir que mi vida estuvo signada del punto de vista intelectual por *Marcha* desde mi infancia, ya que en mi casa era imprescindible su lectura. Cuando estaba en París, la buscaba con ansiedad temiendo que se hubieran agotado los ejemplares que allá llegaban; saliendo en Montevideo los viernes, estaba en París los martes siguientes y se vendía en la librería Maspero de la Rue de la Huchette y en otra que en la calle Monsieur Le Prince tenía un republicano español que no había vuelto más a España después de la guerra civil por la interminable duración del franquismo. Al Dr. Carlos Quijano, fundador y director de *Marcha*, lo vine a conocer precisamente en París, cuando ambos vivíamos en el mítico Hotel Saint Michel de la no menos mítica Mme. Salvage, donde hacíamos por las mañanas unas, para mí, inolvidables mateadas.

*Marcha* fue siempre lo mejor en lo que tiene que ver con los análisis políticos y también con la crítica literaria y artística. Señaló el camino además en lo referido al teatro y al cine. En este sentido, tengo presentes a muchos de

los que escribieron en *Marcha* en la época de la estancia montevideana de Darcy, como Emir Rodríguez Monegal, Ángel Rama, Carlos Real de Azúa, Carlos Martínez Moreno, Jorge Rufinelli, Mauricio Müller, Arturo Despouey, Homero Alcina Thevenet, Hugo Alfaro. Por *Marcha* pasaron muchos intelectuales destacados, como José Pedro Díaz, Cristina Peri Rossi, José Pedro Barrán, Tabaré di Candia. Es posible que olvide muchos nombres, aunque siempre recordaré las brillantes páginas de Carlos Quijano – muerto en el exilio en México al igual que Carlos Martínez Moreno – así como las de Arturo Ardao y Julio Castro – uno de los que hizo desaparecer la dictadura – junto con las del imborrable Carlos María Gutiérrez. *Marcha* hizo conocer – y en ella escribieron – varios de nuestros mejores creadores, como Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti y Eduardo Galeano. *Marcha* hizo verdadera docencia pues enseñó a leer críticamente y enseñó a pensar; creó opinión.

*Cuadernos de Marcha* constituyó una publicación aparte del semanario *Marcha* que dedicaba cada entrega a un tema específico de naturaleza política, histórica o cultural, también con una óptica latinoamericana amplia. Lo que sí tengo muy en cuenta es que durante la dictadura – y durante la predictadura que significó el “pachecato” – entre las primeras cosas que las siniestras Fuerzas Conjuntas en sus allanamientos se llevaban y destruían, eran los *Cuadernos de Marcha*; si los consideraban comprometedores y subversivos, era porque indudablemente contenían materiales decididamente buenos.

Yo no acompañé a Darcy en sus incursiones por los medios referidos; conocía que él colaboraba con esas publicaciones pero no puedo dar un detalle de sus trabajos en ellas. Pero ya que nos hemos referido a las relaciones mantenidas por Darcy con los intelectuales uruguayos de entonces, quiero decir algo sobre su trato con los que aquí hacían trabajos antropológicos, que naturalmente, no



eran muchos. Darcy, como era corriente en él, tuvo siempre para con ellos un trato sumamente delicado y amistoso. Sin embargo, ni él mostró mayor interés por sus trabajos, ni ellos por su labor docente y por lo que después fue publicando. En realidad, no obtuvo mucha audiencia entre ellos, ni ellos apreciaron al parecer en su verdadera dimensión lo renovador de su pensamiento antropológico. Y vaya si era oportunidad la que se les presentaba teniendo aquí a un antropólogo del fuste de Darcy. Acaso lo consideraron demasiado joven como para ser un referente insoslayable de la Antropología latinoamericana. En verdad, los colegas uruguayos estaban movidos por intereses intelectuales diferentes y habían tratado temáticas muy distintas a las cultivadas por Darcy. De todos modos, su amplio manejo de la teoría, su extendido conocimiento de los trabajos antropológicos de relevancia efectuados en el mundo entero, así como su rica experiencia de investigación entre indios de selva, conformaban elementos que hubieran coadyuvado al desarrollo personal de los antropólogos uruguayos. He creído que éstos, antes que percibir a Darcy como alguien que los estimularía y promovería, tal vez se sintieran disminuidos por su presencia. No pudo pues crearse acá algo así como una escuela o círculo antropológico orientado por el pensamiento de Darcy. La huella que dejó en Uruguay fue mucho más honda entre intelectuales que no estaban vinculados a la Antropología. Y mucho me temo que algo parecido ocurrió en los otros países en los que luego residió. No conozco mayormente lo que a este respecto pasó en Venezuela y en Chile, aunque creo que sus relaciones con los antropólogos de esos países siguieron más o menos la línea que he esbozado para el caso de Uruguay. Algo similar tuvo lugar en el Perú, con algunas excepciones sin embargo, por el interés con que siguió los trabajos de los antropólogos que allí estudiaron a los indios de la selva,

como por ejemplo Stefano Varese al que siempre distinguió, escribiendo inclusive una "Nota introductoria" para su libro *La sal de los cerros* sobre la rebelión mesiánica que en el siglo XVIII protagonizó Santos Atahualpa.

Llegado a este punto, debo decir que tengo la impresión de que en el propio Brasil ha habido muchos antropólogos que, por supuesto sin enfrentar el riesgo de la refutación franca de los planteos de Darcy, han dejado caer el silencio sobre su obra, lo cual resulta muy significativo por cierto. No obstante, es preciso también señalar a aquellos que apreciaron el pensamiento de Darcy y que permanentemente estuvieron próximos a él; antes que a cualquier otro debo mencionar a Carlos de Araújo Moreira Neto. Ese sentimiento fue recíproco, pues Darcy tuvo permanentemente por Carlos un gran respeto intelectual y un manifiesto afecto personal; muchos de sus trabajos los sometió al juicio de éste antes de darlos a las prensas; y estimo que atendía cuidadosamente las observaciones que Carlos le hacía; tal vez haya sido el único a quien Darcy de veras escuchaba.

A propósito de todo esto, quiero agregar algo sobre la concepción que Darcy tenía del intelectual, y que por cierto se aparta del principio expuesto – e impuesto – por Florian Znaniecki de que éste es un hombre que "se permite el lujo de cultivar el conocimiento en vez de trabajar como cualquier integrante corriente de la sociedad". Darcy gustaba decir con absoluta seriedad – lo que provocaba sorpresa e inquietud entre sus oyentes – que el mayor sabio que él había conocido era Uruã-tã, el chamán *urubu-kaapor* que había sido uno de sus principales informantes en ese grupo indígena, quien como es comprensible, trabajaba a la par de los otros indios en las tareas prácticas necesarias para el vivir. Es claro que Znaniecki jamás pensó que en una sociedad tribal también pudiera haber individuos que cumplieran el papel social

del intelectual; si hubiera conocido a Darcy, habría sin duda ampliado su concepto. Uruã-tã era el conocedor de los saberes tradicionales de su cultura, de sus mitos y también de las genealogías. Darcy apuntaba que Uruã-tã, como todo aquel que se ha habituado a codearse con lo sagrado, ante él que venía de afuera, era capaz de referirse a los dioses y a los héroes de su tribu sin demasiada consideración, con cierta distancia y hasta con ironía, sin caer por lo tanto en la actitud temerosa de cualquier crédulo irreflexivo. Como miembro de una cultura ágrafa, Uruã-tã había desarrollado una increíble memoria, pues podía referirse a sus antepasados señalando dónde estaba "enterrado su ombligo" y dónde "su cráneo", es decir, dónde había nacido y dónde muerto y de qué, además de varios detalles de la vida de cada uno; ¡y eso abarcando un período de más de 300 años! Darcy con toda razón señalaba que nadie que él hubiera conocido era capaz de aproximarse siquiera a tal hazaña intelectual. Las últimas once páginas de sus *Diários Índios* las dedicó a exponer la ascendencia de Uruã-tã tal como él se la refirió, ¡y alcanza a la friolera de 1171 nombres de otras tantas personas! De paso digamos que ese desmesurado esquema de relaciones familiares hecho por Darcy configura un caso único en la literatura etnográfica: nadie ha conseguido hacer algo así y sirve para aquilatar la minuciosidad y comprensión con que Darcy hacía su trabajo de campo. El caso ha sido que Darcy quiso recordar a aquel hombre excepcional que era todo un erudito aunque no supiera leer ni escribir, y al que no vio más, al poner en la carátula de sus *Diários Índios* la fotografía en la que él está con su sonriente rostro juvenil, junto a Uruã-tã.

Al referirme al trato de Darcy con intelectuales, he dejado de lado las ocasiones en que verdaderos pelmazos que se las daban de antropólogos se acercaron a él; lo evoco únicamente por lo cómico de las situaciones a que dieron lugar. Es conocido que en el mundillo antropológico

suelen cada tanto hacer aparición extravagantes y cargosos sujetos que ansían exponer – y más aún ante un gran antropólogo – hechos fantásticos que sólo ellos han descubierto, geniales teorías que han elaborado y que pueden explicarlo todo, realidades de etnias de la Amazonia que antes que ningún otro investigador han apreciado. Con esos seres, Darcy no tenía ninguna consideración ni paciencia y ni siquiera lo divertían; procedía sin más a ponerlos de patitas en la calle, con lo cual los desairados se iban mascullando insultos y afirmando que Darcy “no sabía nada”.

*¿Cuál es la opinión que Ud. tiene de la obra de Darcy Ribeiro como antropólogo y como traductor? ¿Cómo tuvieron inicio ambas actividades?*

Siempre creí percibir que la gran preocupación de Darcy, durante toda su vida, fue el Brasil. Lo prueba el hecho de que con un intervalo de diez años, dedicó tres libros íntegros al análisis de su país (*Teoría del Brasil* en 1975; *Aos trancos e barrancos: como o Brasil deu o que deu*, 1985; y *O povo brasileiro – A formação e o sentido do Brasil* de 1995), a lo que hay que sumar todo cuanto trató sobre el Brasil en *Las Américas y la Civilización* (cuya primera edición salió en español en 1969) y en *El dilema de América Latina*, que también salió primero en español en México y en 1971.

Cuando Darcy llegó al Uruguay estaba profundamente conturbado por la instauración de la dictadura brasileña. Por eso procuró escribir analizando los condicionamientos históricos y las fuerzas sociales que habían conducido a esa situación. Entonces otros exiliados brasileños también trataron de estudiar ese fenómeno que los había sacudido directamente; algunos produjeron algunos escritos, otros no consiguieron plasmar su propósito. Pero nadie, al fin, pudo hacer un estudio tan abarcativo y profundo sobre la

situación del Brasil de entonces y sus raíces y concomitancias como el que elaboró Darcy. No obstante, pronto habría de percibir que para comprender los acontecimientos que entonces se habían producido en su país, debía analizar con mayor amplitud la formación histórica de América a partir del siglo XVI; y ello necesariamente llevaba a inquirir sobre la dinámica de la civilización mundial en general. De manera que por ese camino, vino a embarcarse en la elaboración de lo que sería su obra teórica fundamental, postergando momentáneamente el enfoque del acontecer brasileño. Sus libros, en consecuencia, fueron apareciendo en un orden diverso de aquél en que deben leerse para seguir su pensamiento de lo más general a lo más concreto.

El primer trabajo, que Darcy publicó en Montevideo, fue *Propuestas acerca del subdesarrollo*, libro que llevaba el sugestivo subtítulo de *El Brasil como problema* y que fue también lo primero que yo traduje de Darcy. Apareció en junio de 1969, editado por una editorial que no sobrevivió y que se llamó "Libros de la Pupila"; luego la editorial Arca hizo una reedición de este trabajo. Hoy ese pequeño volumen *in octavo* menor de 93 páginas – que no he observado que integre la lista completa de las publicaciones de Darcy – es una rareza bibliográfica; el ejemplar que poseo, lo adquirí hace poco en una librería "de lance" (en un "sebo", diríamos en Brasil), ya que en la vorágine de los años había perdido los que en su momento tuve. Hay en este libro muchos conceptos que Darcy desarrollaría en *Las Américas y la civilización* e inclusive párrafos enteros que integraron esa obra más profusa.

Completar y publicar *Las Américas y la civilización* requirió de un trabajo muy intenso de por lo menos dos años. Darcy pasaba el día entero en un gran sillón – en el que gustaba de decir que "moraba" – sentado a la turca, bebiendo incontables tazas de café y fumando continua-

mente, mientras borroneaba con su enrevesada letra hoja tras hoja de un ancho block de papel. Casi que apenas interrumpía esa labor poco menos que obsesiva, para preparar sus clases. Esto no lo he dicho en su momento: como colofón de sus magníficas cualidades de docente – y acaso sustentándose en ello – Darcy armaba cuidadosamente lo que habrían de ser sus exposiciones en el aula. Si se conservaron esos apuntes y alguien se tomara el trabajo de pasarlos en limpio y ordenarlos, resultaría un estupendo manual de Antropología Cultural; algo así como lo que se hizo con los apuntes que dejó Marcel Mauss. Por cierto que Darcy además de atender a sus obligaciones como profesor de la Facultad de Humanidades y Ciencias, debía ocuparse de los otros proyectos para los cuales se lo requería, como los relativos al planeamiento universitario. Muchas veces además, tenía que suspender su faena de escriba empecinado para recibir a otros exiliados brasileños, puesto que su casa era el centro de reunión de aquellos que habían elegido el Uruguay para salvar su libertad y posiblemente su vida. Allí se hacían reuniones en las que se discutían las noticias referidas a los sucesos del Brasil, pero también se platicaba de todo. El Presidente João Goulart concurría con asiduidad, mostrándose sumamente interesado en las opiniones de Darcy y de Berta. En realidad, esas reuniones constituían un cenáculo donde se departía con inteligencia sobre asuntos políticos pero también culturales. Darcy dormía muy pocas horas y así podía atender a todas sus obligaciones y hacer que el tiempo le rindiera.

“Dona” Berta – como yo siempre le dije por respeto y por cariño – trabajaba a la par de Darcy: mecanografiaba las páginas que sucesivamente Darcy dejaba simplemente caer al suelo; corregía los textos; buscaba ampliar y ordenar la bibliografía; y luego me pasaba a mí ese material para que lo pusiera en español. Yo también colaboraba en la

búsqueda bibliográfica y como mi tiempo también se veía recortado por el trabajo que debía cumplir para vivir – en el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad y en los cursos que impartía en la Enseñanza Secundaria – no tenía más remedio que dedicar los fines de semana a mi tarea de traductor, lo que no me llevaba menos de doce o catorce horas por día. Era una real exigencia seguirle el tren a Darcy.

Resulta muy interesante apreciar que Darcy fue, de hecho, aprendiendo a escribir a medida que avanzaba en su trabajo. Por supuesto que Darcy no era un escritor novato, pues ya había publicado varios libros y artículos que decididamente no están nada mal escritos. Pero eran tantas las ideas que bullían en su cabeza, que llegaba a hacer párrafos desmesurados, plagados de frases subordinadas, en los que a veces no se molestaba – para para ir más rápido – en colocar puntos ni comas; algo así como si hubiera querido emular las últimas páginas del *Ulises* de James Joyce que tanto nos maravillaron en nuestra juventud, pero aplicado a un discurso que no llevaba una pretensión literaria renovadora, sino la intención de hacer comprender conceptos no siempre de fácil entendimiento. Recuerdo que cuando yo le alcanzaba las páginas que había vertido al español, más de una vez, sorprendido, me dijo: “¡Pero esto no es lo que yo escribí!”; a lo que le respondía: “No, no es. ¿Cómo puedes imaginar que un lector consiga deglutir páginas enteras sin punto ni coma y que al final logre hacerse una idea de todo lo que has puesto ahí? De ese párrafo gigantesco yo he hecho cuatro, y aún cada uno de ellos es suficientemente largo y complejo”. Darcy ponía fin a estos debates instrumentales con el estallido de su risa clara y contagiosa. De manera que yo también trabajé muy duro, porque nunca fui un traductor mecánico que tomara más o menos desaprensivamente el texto a traducir sin que me importara lo que dijera. Años después, Berta me dijo en una oportunidad:

“¿Tienes idea de lo que a nosotros nos demandó *Las Américas y la civilización?*”; por supuesto que la tenía; y muy presente. De paso, debo decir que Berta siempre afirmó que esa era la mejor obra de Darcy. Quiero también aclarar que indefectiblemente hablamos siempre con Darcy en portugués y solamente lo hacíamos en español cuando estábamos con personas que no entendían aquella lengua. Con Berta frecuentemente hablábamos en español; a ella le gustaba hacerlo.

*Durante la traducción que Ud. realizó de varios libros de Darcy Ribeiro de la serie **Estudos de Antropologia da Civilização (O processo civilizatório; As Américas e a civilização: o dilema da América Latina; Os brasileiros: teoria do Brasil e Os índios e a civilização)** ¿hubo un diálogo entre traductor/autor y entre antropólogos? ¿Esa interlocución fue mantenida en otros espacios y en otros momentos?*

El orden lógico de esos libros es efectivamente el que Ud. menciona, pero como ya he dicho, no fue ese el orden de su producción, aunque el gran título que Darcy imaginó como abarcativo de toda su obra, fue *El Brasil como problema*. Yo no trabajé en la traducción de *Os índios e a civilização*. No tengo ahora claro si Darcy preparó los materiales que componen esa obra durante el tiempo en que yo estuve en Francia, o si lo hizo posteriormente; en su prólogo Darcy especificó que Berta venía insistiéndole para que armara ese libro. De todas maneras cuando apareció, Darcy estaba ya en Chile y yo trabajaba en Buenos Aires. En ese libro – que es prácticamente un epítome de sus estudios etnográficos – Darcy recogió artículos que había escrito tiempo atrás – algunos pioneros en su momento, como “Convívio e contaminação” – a los que añadió nuevos textos. La traducción le fue encomendada a Julio Rossiello, escritor de cuidado estilo, también



vinculado a *Marcha* en su momento, en donde popularizó el seudónimo de “Pangloss”; muy querido amigo, además. Sin sombra de falsa modestia – quien me conoce sabe que no poseo tal característica – me atrevo a decir que Julio hizo un trabajo muy superior al que yo hubiera podido hacer.

Tampoco traduje – y no sé quien lo hizo – *El dilema de América Latina*. Cuando Darcy preparaba ese libro – que creo terminó de escribir en Lima – yo estaba, como he dicho, en Buenos Aires. Darcy había dado a conocer en revistas, algunos capítulos de ese libro que me envió, así como copias de los capítulos inéditos, requiriéndome mi opinión. Recuerdo que yo no estuve de acuerdo con algunas de sus propuestas, como la de que el crecimiento de los sectores sociales marginalizados de América Latina configuraba objetivamente en esos momentos, una situación potencialmente revolucionaria; y así se lo expresé en las cartas que nos intercambiábamos. Darcy sacaba de sus ocupaciones tiempo para responderme con largas argumentaciones en las que reforzaba las razones que lo habían conducido a esa conclusión. Creo que el tiempo me ha dado la razón a mí. Cuento esto para mostrar que nuestro diálogo se mantuvo en esos años incluso a la distancia, como se habría de mantener en otros ámbitos y en otros momentos.

Como he dicho antes, el diálogo entre Darcy como autor y yo como traductor, alcanzó su punto más alto, siendo además continuo, cuando escribía *Las Américas y la civilización*. En la semana – y generalmente por las noches – solíamos tener tres demoradas reuniones de cuatro y cinco horas, en las que discutíamos y reveíamos los textos. Para mí eso fue muy formativo; muy enriquecedor. Fue una especie de seminario intensivo. Recuerdo aquellos momentos con mucha nostalgia y siempre me he sentido agradecido por haber tenido semejante oportunidad para

acrecentar mi formación intelectual. En rigor, la versión en español de *Las Américas* y la civilización se fue haciendo simultáneamente al avance de su redacción original y no cuando el libro ya estaba concluido; así ocurrió empero con *Teoría del Brasil*, al que traduje en Lima en 1975. Cabe agregar que las conversaciones de trabajo con Darcy no siempre eran lo que podría considerarse pacíficas: debatíamos mucho y muchas veces por cuestiones en realidad pequeñas; esa conducta era más bien el resultado forzoso de nuestros respectivos temperamentos. Recuerdo uno de esos litigios: Darcy me dijo “¿Por qué no has puesto ‘inapto’ como yo puse?”; a lo que respondí: “Porque eso en español es un barbarismo. No me preguntes por qué es un barbarismo; yo sólo te digo que lo es”. Una cosa así, podía provocar un cambio de opiniones durante una hora, que para nada empañaba una relación que permanentemente fue muy fraterna, al punto que depositábamos una confianza total uno en el otro; nos contábamos muchas cosas de nuestras vidas al margen de lo intelectual; de nuestros amores y desamores, también.

Creo que debo señalar algo que trajo para mí serios problemas al efectuar la traducción: en cierto modo, Darcy sentía que el lenguaje corriente era insuficiente para expresar la variedad y matización de su pensamiento, por lo que recurría con frecuencia a veces excesiva, a crear neologismos o a adaptar términos de otras lenguas – generalmente del inglés – que suponía expresaban mejor lo que quería decir. Esa lucha por crear una lengua más rica, era la lógica consecuencia de su pensamiento reberberante.

Nuestro diálogo como antropólogos y como amigos, se mantuvo en otros espacios y en otros tiempos. Como es sabido, Darcy salió del Uruguay para retornar al Brasil donde estuvo preso por varios meses. Al exiliarse de nuevo, marchó primero a Venezuela donde creo que se quedó un año. Después fue a Chile en la época del gobierno presidido por Salvador Allende, con el que colaboró en

algunos proyectos. Yo fui en el verano de 1971 a verlo a Santiago y lo encontré anímicamente muy mal. Darcy ya había experimentado en el Uruguay una especie de agotamiento mental extremo, provocado por el incesante esfuerzo. Esa vez en Chile, pasaba la tarde entera mirando por la ventana las montañas nevadas, sentado como siempre a la turca y fumando en silencio. Yo no podía conformarme al verlo en ese estado y le preguntaba si no deseaba salir, si no quería leer algo, si no estaba escribiendo nada. Parecía que tenía la voluntad abolida. Me respondía: "Ya leí todo lo que se puede leer y ya escribí mucho, tal vez demasiado". Habría todavía de leer y escribir muchísimo más, pero entonces estaba sumido en una crisis angustiosa, acaso porque no podía volver al Brasil, cosa que ansió permanentemente y en todos los sitios por los que anduvo. Además estaba solo porque Berta había viajado, no recuerdo si al Brasil o a los Estados Unidos donde vivía una hermana de ella.

.....

¿Ud. conoce la historia de Berta? Brevemente le voy a contar lo que sé. Ella había nacido en Rumania y su familia era de origen judío; su apellido de soltera era Gleiser. Su familia fue por completo exterminada y llegó al Brasil como huérfana, adoptada por un viejo comunista militante de la época de Luis Carlos Prestes, cuyo nombre se me ha borrado. No recuerdo exactamente cuando ella llegó al Brasil. Era más o menos de la misma edad que Darcy. Su única hermana, también sobreviviente, fue a dar a los Estados Unidos. Se volvieron a encontrar cuando ya eran mujeres hechas, cada una con la vida que había desarrollado. Su historia fue por lo tanto, una novela trágica. En Brasil, Berta estudió Antropología en la célebre "Escola de Sociologia e Política" de San Pablo, donde desde un comienzo dejó ver su lúcido intelecto. Allí se conoció con Darcy y ambos recibieron la influencia y el incentivo del

gran antropólogo alemán Herbert Baldus. Durante su matrimonio con Darcy fue muy notorio que procuró quedar, digamos, en el cono de sombra de éste; aunque hizo trabajos señalados y otros conjuntamente con él, vino a destacar con luz propia después que se separaron.

Muchas veces evocó, por lo original de la situación, su luna de miel con Darcy que consistió en una larga estadía entre los indios *urubu-kaapor* del estado de Maranhão. Berta adoró a Darcy perpetuamente y nunca pudo asimilar el divorcio que se produjo cuando ambos estaban en el Perú. Ella retornó entonces a Río de Janeiro y luego de desempeñarse en algunos trabajos – entre otros, en la editorial “Paz e Terra” – pasó a integrar el plantel de investigadores del Museo Nacional, el que está en el antiguo palacio imperial de la Quinta de Boa Vista. Allí produjo sus mejores trabajos antropológicos, ya firmados con su propio nombre, aunque quedó adherida al apellido Ribeiro con el que había sido conocida, por lo que agregó a éste apenas la inicial del suyo propio: Berta G. Ribeiro. Empero, además de amarlo sin cortapisas, Berta admiró profundamente a Darcy. Aún separada de él, manifestaba abierto encono hacia sus opositores políticos, así como también respecto de los intelectuales – y especialmente los antropólogos – que manifestaban distintas orientaciones que las sostenidas por Darcy. Entonces dejaba su natural calma llegando a ponerse verdaderamente ofuscada. Fueron las únicas oportunidades en que la vi vehemente. Las conmovedoras palabras dedicadas a ella que Darcy escribió en el prefacio de sus *Diários Índios: os urubus-kaapor* – libro publicado en 1996 el último de su vida, pero que recoge sus experiencias en esa sociedad tribal cumplidas en la década de los 50 – muestran a las claras los intensos sentimientos que él también alentó por Berta. Quiero rememorar esos párrafos:

(Estos diarios) fueron escritos como una carta a mi mujer, Berta, que era mi amada. Ha sido pues la carta de amor más dilatada que jamás se haya escrito. Entonces, en los tiempos de este diario, éramos jóvenes o apenas maduros. Envejecimos después, lo que sin duda ha sido una pena. Pasamos ya la barrera de los setenta y al fin, fuimos alcanzados por dos impactos: cáncer. Ambos estamos luchando, cada cual con el suyo. El de Berta la alcanzó en la cabeza, justamente en el área del habla por lo que no puede ser extirpado ya que ella también perdería la memoria y el ser, quedando como un vegetal perpetuo. Pero lo va sobrellevando bien. Hemos vuelto a galantear después de veinte años de separación. La beso en la boca y le prometo casarme de nuevo con ella.

En el final de sus vidas, pues, volvieron a unirse, aunque tal vez Berta no pudo saberlo. Ambos vinieron a morir con poca separación de tiempo y del mismo mal; Berta sobrevivió a Darcy algunos meses pero sin conciencia. Darcy que durante toda su vida fue un permanente enamorado – Berta siempre supo disimular la frustración que sentía cuando llegaba a enterarse de alguna de las aventuras de Darcy – por último mostró al desnudo que la amó de un modo que era muy suyo y, por consiguiente, muy intenso y vital.

.....

Pero retomemos el hilo de lo que veníamos narrando. De Chile salió Darcy en 1972, es decir, antes del terrible golpe llevado por Pinochet; quién sabe la suerte que hubiera corrido de encontrarse en Santiago en setiembre de 1973. Fue entonces al Perú como especialista de las Naciones Unidas, donde organizó en el período del gobierno progresista – los peruanos gustaban de llamarlo “Revolución Peruana” – encabezado por el general Velasco Alvarado, un importantísimo Proyecto que se llamó “Centro

de Estudios de Participación Popular” (CENTRO), cuyo apoyo internacional estuvo dado por la “Oficina Internacional del Trabajo” (OIT) y cuya contraparte nacional fue el “Sistema Nacional de Movilización Social” (SINAMOS), original institución creada para promover las reformas planificadas. Eran los momentos en que se trazaron los andariveles por los que correrían significativos cambios estructurales en el Perú, los que se imponían a efectos de modernizar una sociedad que presentaba formas de producción y de relacionamiento social arcaicas y además injustas; resabios del período colonial mantenidos después de la independencia y hasta ese presente.

Darcy volvió a trabajar con el ritmo endemoniado que acostumbraba cuando algo despertaba su pasión. En ese tiempo terminó *Teoría del Brasil*, mucho de cuyo contenido estaba escrito de antes, siendo entonces que le dio su forma definitiva. Poco tiempo atrás había hecho un largo artículo que primeramente apareció en inglés en la afamada revista *Current Anthropology* – seguramente la mejor revista antropológica del mundo – que generó una vasta discusión y también una considerable sorpresa entre los antropólogos de Europa y los EEUU, por el hecho de que un antropólogo latinoamericano se lanzara a teorizar sobre la civilización en su conjunto y sobre sus perspectivas. Y tan luego en momentos en que los mayores teóricos de la disciplina parecían experimentar un irreprimible temor ante la gran teoría, ante la teoría de vastos alcances, prefiriendo abroquelarse a lo sumo en las teorías de alcance medio. En rigor, ha venido sucediendo así hasta ahora y hasta parecería que la reflexión sobre los tiempos y los avatares de las sociedades se ha dejado a los filósofos de la historia.

Yo estaba en ese entonces en Buenos Aires y Darcy me envió ese trabajo para que lo tradujera, agregando los comentarios que lo habían acompañado en el *Current Anthropology* y la réplica suya, como es de práctica en los artículos que publica esa revista. Fue un trabajo difícil

porque era un texto extremadamente importante, que no permitía paráfrasis ni desviaciones sin que se corriera el riesgo de apartarse de la conceptualización renovadora y hasta sorprendente pero siempre estricta, manejada por Darcy. Sin duda este es el trabajo teórico más significativo y provocador de cuantos produjo Darcy. En el panorama mundial de la Antropología sigue siendo un planteo único, no retomado por ningún antropólogo ni, por supuesto, refutado. Se vino a publicar en español en México, en una edición popular masiva – SepSetenta – como se estila en ese país, de decena de miles de ejemplares.

En esos años, por imposición de mi trabajo, debí viajar mucho por América, de manera que cada vez que el avión en que iba hacía escala en Lima – y en los vuelos hacia el norte por el lado del Pacífico, Lima era escala obligada – o todas las veces que tenía que permanecer en esa ciudad, me encontraba con Darcy o por lo menos lo llamaba por teléfono. En más de una oportunidad entonces, me ofreció ir a trabajar al CENTRO que él dirigía y a mí me entusiasmaba la posibilidad de experimentar la situación de una sociedad en cambio profundo. Esa oferta pudo concretarse a finales del año 1974, por lo que me trasladé a Lima en los inicios de 1975.

Nadie me había informado que Darcy estaba gravemente enfermo, de modo que me extrañó no encontrarlo y en un primer momento pensé que estaría de viaje. Pero apenas llegado, me comunicaron en el CENTRO que Darcy había dejado una carta para que me la entregaran apenas estuviera allí. Puedo repetir sus términos prácticamente de memoria; decía: “Renzo, cuando vengas, no me vas a encontrar: he tenido que ir al Brasil a operarme un cancersito de nada que se me ha descubierto en un pulmón. Establécete en mi casa y dispón de todo; cuando regrese, repartiremos los gastos que ese tiempo te provoque. Un abrazo.” Como es fácil de imaginar, me quedé estupefacto: para mí era

una despedida, pues no había conocido a nadie que se hubiera salvado de un cáncer de pulmón. Por fortuna, las cosas no fueron así; Darcy retornó después de una larga recuperación de seis meses y por supuesto, volvió a trabajar con toda dedicación e intensidad.

En aquellos momentos y gracias a su cáncer, Darcy pudo al fin conseguir que se le permitiera el ingreso al Brasil a los sólo efectos de operarse en Río de Janeiro. Era, evidentemente, un acto de indudable contenido político, pero también de intensa raigambre emotiva: yo estaba seguro de que él, puesto ante la disyuntiva de morir, quería morir en su tierra. De hecho, Darcy forzó su entrada al Brasil, tantas veces denegada aun cuando estaba enfermo y no podía postergarse más la intervención quirúrgica. Y así su vuelta al Brasil presentó ribetes que ahora pueden ser vistos como tragicómicos, tan típicos de la mentalidad militar que como resulta manifiesto, es ajena al sentido del ridículo. Porque del aeropuerto marchó directamente al quirófano, sin permitírsele nada, ningún contacto con nadie, menos aún ninguna declaración a la prensa. En la sala de operaciones estuvo presente un médico de las Fuerzas Armadas, no para colaborar en la intervención sino para asegurarse de que su mal era real y no una estratagema para ingresar al Brasil a fin de hacer política en contra de la dictadura. Durante los meses en que se recuperaba, era constantemente seguido por dos policías vestidos de civil, que cuando iba a la playa, permanecían a su lado totalmente vestidos para disimular las armas que llevaban, bajo el implacable sol de Copacabana, mientras Darcy despreocupado, gozaba de las arenas y el mar de manera de fortalecerse (!).

Retornó a Lima con la cabeza llena de nuevos propósitos. Él estaba entonces maravillado por lo que se conoció como el "boom" de la narrativa latinoamericana que había conquistado el mundo con obras como las de



Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa, Juan Carlos Onetti, Octavio Paz y tantos otros, de los que Darcy era un lector fervoroso. Así pasó a elaborar la frustrante idea de que los trabajos antropológicos no trascendían al gran público y apenas eran leídos por otros antropólogos. Pensaba que la Antropología Cultural había aportado elementos valiosos para hacer inteligible la realidad de los hombres y que las ideas que hervían en su mente merecían ser difundidas, por lo que concluyó que lo que debía hacer era poner todo el saber antropológico que poseía en obras narrativas que pudieran ser leídas y disfrutadas no sólo por los técnicos. Por lo menos, eso era lo que Darcy explicaba; yo creo que al margen de tales pareceres, indudablemente exactos, hacía tiempo que venía madurando en Darcy su vocación de narrador y que sentía que había llegado el tiempo en que debía manifestarse.

Así fue como lo hizo y así fue también como, con un gesto de culpabilidad, me dio a leer los originales de la primera versión de Maíra. Debo confesar que esos borradores no me gustaron. Tal vez tuviera demasiado presente el modelo de una escritura más técnica, que por eso no debe ser ni seca ni aburrida. Yo conocía un artículo antropológico suyo publicado hacía bastante tiempo, que puede ser considerado el antecedente de esa novela – *Uirá sai à procura de Deus* – que a mí me había gustado mucho y bien podía ser que resonara todavía en mí la escritura propia de ese trabajo. El caso fue que no sólo no me gustó eso que me pareció un ensayo novelado, sino que incurrí en la falta de delicadeza de decírselo. Esa actitud mía, era la propia de la gran confianza existente entre nosotros. Darcy se quedó callado, con un semblante de tristeza. Creo que le desagradó mi sinceridad. Darcy toleraba mal las opiniones que contrastaban con las suyas. Sin embargo, la vida ha desmentido mi parecer de aquel momento puesto que esa novela obtuvo un clamoroso

éxito, que se repitió con las que la siguieron. Hasta ahora me arrepiento de la involuntaria maldad que cometí tratando de ser veraz; en realidad debí pensar que en la multiforme personalidad de Darcy también tenía cabida el escritor ya que eso era previsible: sus trabajos antropológicos nunca fueron tediosos y mostraron una prosa ágil y rica. Me convencí pues, de que no soy un buen crítico literario.

Nuestro trabajo en el Perú nos exigió estudiar mucho: debimos empaparnos de los análisis existentes y llevar adelante otros; tuvimos que examinar con cuidado y profundidad los instrumentos legales que imponían los cambios sociales; debimos recorrer el país por entero y conversar con inúmeros informantes de diversos estratos sociales, incluidos por cierto dirigentes de comunidades indígenas que muchas veces podían expresarse únicamente en quechua; necesitamos adiestrar a otros investigadores. Como consecuencia, también debimos escribir bastante: yo hice un libro sobre las "Comunidades industriales" y algunos artículos; Darcy, por supuesto, dejó varios trabajos técnicos, entre los cuales algunos sobre problemas educativos; pero además, como he dicho, se inició en la escritura narrativa.

A lo que fue el "Centro de Estudios de Participación Popular" – imaginado por Darcy – habrá que referirse ineludiblemente siempre que se quiera conocer al Perú de esa época y el que después vino a ser. Los estudios hechos en el CENTRO resultan inevitables si se quiere apreciar la situación de las comunas rurales – herederas de los antiguos *ayllus* incaicos – transformadas en cooperativas modernas; las "Sociedades Agrarias de Interés Social" (SAIS) organizadas también cooperativamente a partir del núcleo de una hacienda de la región serrana, algunas de las cuales eran verdaderos relictos feudales, hasta con cepos para poner en ellos a los peones remisos; a las grandes cooperativas azucareras de la costa norte, cuyos trabajadores más

que campesinos, eran una suerte de obreros; a las novedosas modalidades sociales de producción y de relacionamiento en el trabajo, como fueron las “Comunidades Industriales” y las “Empresas de Propiedad Social”; a los programas instaurados en los barrios de invasión que se multiplicaban de continuo y a los que se los denominó “Pueblos Jóvenes”; tal vez para hacer menos ostensible su situación de marginación y pobreza; a los ensayos de prensa comunitaria autoproducida y a los similares programas radiales, especialmente en el medio rural; etc., etc. Todo eso fue un extraordinario – y esperanzador – experimento de organización autogestionaria cuya repetición, tanto en el Perú como en cualquier otro país, ahora se muestra imposible.

Tengo muy presente a aquel equipo de técnicos internacionales y peruanos de altos kilates intelectuales y morales que trabajó junto a Darcy y al que éste supo insuflar su propio entusiasmo. Con muchos de ellos he mantenido a lo largo de los años una amistad sin flaquezas. Vienen a mi memoria, entre otros, los nombres de algunos de aquellos con los que compartí trabajos en el tiempo en que estuve en el CENTRO, como Benjamín Zacharías – ingeniero de sistemas que dirigió el CENTRO durante la ausencia de Darcy – Rubén Raz – luego alto funcionario para asuntos cooperativos en Israel – Carlos de Senna Figueiredo, Francisco Delich – que después fue rector de las Universidades de Córdoba y Buenos Aires y al que Darcy distinguía particularmente – León Schujman, Santos Colabella y Rubén Bozzo, sobresalientes expertos en organización y administración cooperativa... De los uruguayos que pasaron por el CENTRO como Consultores Externos, recuerdo a Mario César Kaplún y a Alberto Couriel – ahora Senador de la República – y a dos inolvidables españoles-uruguayos: Abraham Guillén – antiguo combatiente por la causa de la República en España – y José Déniz Espinóz al que el

CENTRO le permitió hacer allí su trabajo de maestría en Sociología Rural y que hoy es catedrático en la Universidad Complutense de Madrid. Como colaboradores por poco tiempo en estudios puntuales, estuvieron en aquella institución otros, como Manuel Urriza que se habría de destacar en el sindicalismo internacional, y Martín Ezpeleta, entrañable amigo hoy a cargo de programas para Latinoamérica en Suecia... Del grupo de peruanos, para no hacer excesivamente extensa esta crónica, apenas quiero evocar a los que fueron los Directores Nacionales del CENTRO: Olinto Ugarte – de magnífica capacidad organizativa y muy apreciado por Darcy – Diego Robles; y aunque deje de mencionar a tantos, quiero recordar a Jorge Cárdenas, antropólogo ayacuchano quechuaparlatante, que aprendió el español cuando ya era adolescente y con el que vivimos inolvidables experiencias en los Andes.

A mediados de 1976 y como consecuencia, por un lado, de la crisis que entonces experimentó la OIT y que redujo drásticamente su presupuesto; y por otro, el alejamiento del poder del general Velasco Alvarado y el ascenso al mismo del general Morales Bermúdez, se dio por terminado el Proyecto que sostenía el CENTRO. Y así como se interrumpieron abruptamente los variados programas en curso, se desperdigaron los técnicos peruanos y se marcharon los extranjeros. A otros organismos fueron asignados los vehículos y los equipos reunidos, inclusive una imprenta completa en la que se publicaron cantidad de materiales fundamentalmente para uso de las comunidades campesinas sobre administración de cooperativas y sistemas para mejorar la producción agrícola, con abundante uso de dibujos e ilustraciones, y asimismo manuales para maestros rurales y de lectoescritura bilingüe quechua-español. La magnífica biblioteca y hemeroteca que había compuesto el CENTRO, fue dispersada entre diversas oficinas del estado.

En aquellos momentos, vino a estallar la situación interna de la “Revolución Peruana”, plagada de contradicciones. Sólo hay que pensar que entre sus líderes se contaron populistas como el propio Velasco Alvarado, socialistas como el general Fernández Maldonado, quijotescos anarquistas como Jaime Llosa – creador de la “Propiedad Social” –, aquellos que pronto dejaron ver que no compartían los criterios de las reformas como Morales Bermúdez e inclusive autoritarios como el general Tantaleán Vanini que impuso métodos de tipo mafioso para controlar los sindicatos de Pescadores. Por encima de todo, planeaba permanentemente un fortísimo sentimiento nacionalista, acaño lo único en común que había entre tantas posiciones encontradas. Hubo también personajes de difícil clasificación ideológica, como Carlos Delgado. Éste fue uno de los principales ideólogos de la “Revolución Peruana” y como tal sostuvo posturas de embarazosa aceptación, como la de que ese movimiento no debía constituirse en un partido político que apoyara las reformas; lo que al fin vino a restar solidez a todos los planteos, dejando a la “Revolución” apenas como una iniciativa militar. El sostén popular quedó así desestructurado y sin autonomía ni capacidad de respuesta. Delgado manifestaba una gran desconfianza frente a cualquier organización política que diera lugar a un partido y en particular al APRA, que se ubicó en la oposición del proceso iniciado. Delgado además fue un furibundo anticomunista, al punto que llegó a declarar – y a escribirlo – que si se lo consideraba fascista por rechazar al comunismo, pues bien, él era fascista (!). Nunca pude explicarme los lazos que unieron a Darcy con Carlos Delgado – quien al parecer fue el que lo convidó a ir al Perú – siendo evidente que ambos se respetaban y estimaban. Merece destacarse que Darcy jamás manifestó su íntimo parecer frente a las extrañas posiciones políticas de Delgado.

Es posible que muchos piensen ahora en el Perú a partir de las imágenes de la guerra social desatada después; debo por eso aclarar que en aquella época, existían por cierto grupúsculos de extrema izquierda – como Patria Roja, Bandera Roja o Sendero Luminoso – de poquísimos arraigo popular y más bien con base en algunas universidades. Nadie podía entonces imaginar lo que llegaría a ser Sendero Luminoso cuando consiguió el apoyo de las masas campesinas de la región de Ayacucho. Recordemos de paso que la guerrilla de tipo guevarista encabezada por De la Puente Useda o Hugo Blanco, había sido liquidada en 1968.

En los últimos momentos de funcionamiento del CENTRO, tuvimos un desentendimiento con Darcy que nos dejó a ambos molestos. Entre las tribus de la zona selvática del Perú venía actuando el Instituto Lingüístico de Verano (ILV), que tenía asiento en Pucallpa, sobre el río Ucayali. El ILV había sido fundado por William Cameron Townsend – que lo dirigió hasta la década de los 80 – con el propósito de adiestrar a jóvenes norteamericanos protestantes para que durante sus vacaciones se establecieran en sociedades tribales diversas y aprendieran sus lenguas a los efectos de conocer sus vocabularios y gramáticas – puesto que se trataba de lenguas ágrafas – a fin de poder traducir los Evangelios a las mismas. En rigor, los logros lingüísticos y etnográficos del ILV han sido en extremo pobres. Pronto antropólogos de distintas orientaciones y orígenes – inclusive norteamericanos – denunciaron el efecto deculturativo que sobre las culturas aborígenes tenían esas acciones en verdad misionales. Darcy, en más de una ocasión, advirtió el riesgo que para los indios suponía la presencia de blancos en sus aldeas y campamentos. Después – y así ocurría en la época a la que me refiero – el ILV resultó objeto de acusaciones ya de tipo político tanto en América Latina como en el Sudeste Asiático

donde también actuaba, pues se sostenía que sus tareas declaradas encubrían en realidad planes de penetración de la CIA. Pues bien, Townsend, que se encontraba en el Perú, invitó a Darcy a visitar su base de Tingo María, también en la región del Ucayali. En la mañana del propio día en que Darcy se había dispuesto a viajar hacia allá, todos los diarios de Lima de manera destacada, informaban que el ILV había sido expulsado de Colombia por habersele comprobado su intervención en cuestiones internas que nada tenían que ver por cierto, con el estudio de las lenguas indígenas. Rubén Bozzo vino alarmado a comunicarme esa novedad y de inmediato nos dirigimos al despacho de Darcy para sugerirle que cancelara su reunión con Townsend. Darcy, que no estaba enterado de la noticia, se mostró turbado, pero luego nos hizo conocer que de todas maneras, concurriría. Nosotros le insistíamos en que no tenía por qué dar ninguna explicación y que en todo caso, si quería mantener una actitud cortés, adujera que se encontraba enfermo, lo que no conformaba una falsedad absoluta puesto que luego de su operación, no nos parecía adecuado que volviera a territorios selváticos. Pensábamos que lo más probable era que Townsend esperara esa reacción y que seguramente desistiría de convidarlo nuevamente. Ya he dicho que en muchas oportunidades Darcy se mostraba particularmente obstinado y esa fue una. Nunca conseguí explicarme qué podía importarle a Darcy ese convite, ya que todo indicaba que solamente podía aparejarle descrédito; sin duda se vería como que justamente él, con sus reconocidísimos antecedentes de defensor de las culturas selváticas, daba un espaldarazo al cuestionado ILV. Pero ningún argumento logró persuadirlo y ese incidente provocó la diferencia más seria que tuvimos en nuestra larga relación; ambos quedamos con una desagradable sensación de enfado, pero nunca más hablamos del caso.

Al naufragar definitivamente el Proyecto de OIT por el que habíamos ido al Perú, Darcy retornó al Brasil, a pesar del clima de sospecha y espionaje que allí lo rodearía. Como es sabido, Darcy tenía sus derechos ciudadanos suspendidos, siendo amnistiado en 1979, lo que le permitió actuar de nuevo en la vida pública y retomar su carrera de político. Hemos recordado que el Brasil fue el primero en caer en la seguidilla de dictaduras que azotó a nuestros países, pero fue también el primer país que volvió a restaurar el régimen democrático. Lo hecho por Darcy entonces, es de sobra conocido: Vicegobernador de Río de Janeiro en 1982; Secretario de Cultura de Río de Janeiro en 1983; Secretario de Desarrollo Social de Minas Gerais en 1987; después, Senador de la República hasta su fallecimiento. Especialmente durante su desempeño en el gobierno de Río de Janeiro, promovió obras que llevan la marca de su personalidad inconfundible, como el Sambódromo y el monumento a Zumbi de Palmares; pero también – y por descontado – emprendimientos culturales y educativos: bibliotecas, centros de estudios, escuelas y universidades.

Pasé mucho tiempo sin volver a Lima y retorné a esa ciudad en 1985 y en 1987, esta última vez, cuando ya estaba establecido en el Uruguay de nuevo. Benjamín Zacharías había optado por quedarse en el Perú, donde crecieron sus hijas y para mí siempre era grato volver a departir con él, hombre de tanta inteligencia y sensibilidad social y tan fraterno. Intercambiamos lo que sabíamos de los antiguos compañeros del CENTRO que andaban por distintos rincones del mundo; volví entonces a encontrarme con Olinto Ugarte, con el que en broma decíamos que éramos primos. Naturalmente evocamos con estos antiguos compañeros, aquellos años y aquellos trabajos; nuestros recuerdos contrastaban brutalmente con el panorama del Perú de esos momentos: todas las reformas emprendidas



bajo el gobierno de Velasco Alvarado habían sido echadas por tierra; las crueldades del ejército y de la guerrilla senderista tenían a todo el mundo acongojado y atemorizado; la política había tomado caminos erráticos y en 1987 se desarrollaba la campaña electoral para las próximas elecciones, a las que se presentaban dos candidatos insólitos: el escritor Mario Vargas Llosa y el agrónomo Alberto Fujimori, Rector en nuestra época de la Universidad Agraria "La Molina". Aquellas reuniones, en las que inevitablemente volvíamos sobre los recuerdos de los que habían integrado el CENTRO y de las acciones que habíamos contribuido a realizar, estaban envueltas en un velo de melancolía y también penetradas por sentimientos de desilusión. Ambos amigos estaban perfectamente al tanto de lo que Darcy había hecho en ese entretiem po, y hasta me pasaron algunos de sus libros publicados; también así pude conocer el libro de Carlos de Senna Figueiredo con prólogo de Darcy, *Encontros com a América do Sol*. En aquellas oportunidades me fui de Lima contento por haber estado con aquellos compañeros tan queridos, pero también entristecido por la situación del Perú.

Como es natural, yo seguía la trayectoria pública de Darcy, pero hacía tiempo que no nos comunicábamos. En 1987, de paso por Río de Janeiro, lo busqué, pero coincidió que él no se encontraba allí en esos días. Fue entonces que vi por última vez a Berta. Entonces trabajaba en el Museo Nacional y había venido produciendo trabajos antropológicos a los que puede asignárseles la nota de definitivos. Berta se dedicó a una rama de la Antropología que ha tenido poco cultivo, como es la ergología referida a las culturas amazónicas, sobre lo que publicó algunos libros. Colaboró asimismo en la versión al portugués y en su puesta al día, de los artículos que sobre los indios del Brasil habían aparecido en el famoso *Handbook of Southamerican Indians*, editado por Julian Steward y

publicado por la Smithsonian Institution de Washington en seis volúmenes que aparecieron entre 1946 y 1950; en esa tarea intervino también Darcy como patrocinador y se publicó con el título de *Summa Etnológica Brasileira* en varios tomos. Pero tal vez lo más trascendente de cuanto hizo Berta en el período en que no nos habíamos encontrado, haya sido la investigación que daría como resultado el libro *Antes o mundo não existia*, que recoge los mitos de origen de los indios *desâna*. Y lo realmente admirable es que Berta sólo firmó la "Introducción" de esa obra y el texto en sí de los mitos relatados, apareció como de la autoría de Umúsin Panlõn Kumu y Tolamãñ Kenhíri, los indígenas que los contaron y que hicieron los estupendos dibujos que los ilustran. Es pues un caso único en la literatura antropológica en lo que lo corriente – casi digo lo "normal" – ha sido que los etnógrafos no consignen como autores a los informantes que les proporcionan sus narraciones. Ese libro apareció en Brasil en 1980, aunque conozco una edición italiana de gran formato, en la que las láminas en colores alcanzan un verdadero esplendor.

En 1994 volvi por Río de Janeiro y procuré ver a Berta, sabiéndola ya enferma. La enfermera que la cuidaba, me advirtió prudente que Berta no podía hablar: y que probablemente no me reconociera. Yo le agradecí la información entendiendo el mensaje: no debía verla en ese penoso estado y no quise verla; quise guardar la imagen de la Berta que había conocido años atrás y a la que había estimado tanto.

Un cierto día, en Montevideo, leí en la revista *Veja* que Darcy había huído del hospital en el que estaba internado, de hecho, esperando la muerte. No lo puedo citar textualmente, pero esa revista decía que habría dicho: "No voy a morir aquí; quiero morir en la casa que para mí diseñó Niemeyer en la playa, hundíendome en los amplios horizontes". Quedé muy conmovido; yo mismo había

sentido algo muy parecido cuando fui operado del corazón en Quito y estudié cuidadosamente la manera de escapar del hospital, donde la primera dificultad a superar es la de hacerse de la ropa de calle que a uno le han quitado. Pero sobre todo, me pareció que era una conducta muy propia de él. Decidí inmediatamente ubicarlo y como sabía que era Senador, llamé al Senado en Brasilia, pedí por su despacho y allí lo encontré. Después de tantos años, ambos hablamos llenos de emoción y cariño, pero como si el tiempo no hubiera pasado, como si hubiera sido apenas ayer que nos hubiéramos visto por último. Darcy me instaba: “¿Cuándo vas a venir por aquí?”; a lo que respondía: “No lo sé, pero en cualquier momento aparezco.” Pasó en realidad hasta agosto de 1996. Nuestro encuentro en su apartamento de Brasilia, donde me quedé, confirmó la sensación de que no era cierto que hubieran transcurrido más de diez años sin vernos pues volvimos en seguida a las épocas de Montevideo y de Lima. Esa misma noche, Darcy me puso a trabajar en la corrección de lo que ponía de sus años en Uruguay en sus *Confissões*. De los originales inconclusos que leí, gusté decididamente de la evocación que hacía de su infancia en un Montes Claros pueblerino y también de la semblanza de Rondon, así como de la revisión que efectuaba del tiempo en que actuó al lado de aquel gran hombre. No me gustó en cambio el presuntuoso catálogo de sus amoríos que me pareció inoportuno y además exagerado. Estoy convencido de que esas aventuras, quien las vivió, debe reservarlas para su interior sin hacerlas públicas. Yo le advertí que algunas de las mujeres por lo menos que aparecían aludidas en esas páginas, debían vivir y seguramente no gustarían de que sus familiares y relaciones se enteraran de los detalles que Darcy daba o imaginaba. Naturalmente, no aceptó mi observación ni me hizo caso en la sugerencia de que eliminara esas cosas que nada realmente valioso ni

interesante agregaban a sus memorias. Pensé después que al igual que otros hombres, Darcy había querido en sus marchitos días finales, recrear idealmente esas historias galantes, tal vez por un impulso compensatorio; tal vez como rescoldo de una preservada vanidad viril...

Darcy estaba solo, ya que se había divorciado de su segunda esposa, a la que no conocí; no había tenido hijos en sus matrimonios ni tampoco fuera de ellos. Físicamente estaba muy debilitado; en una oportunidad, veintidós años atrás, había derrotado al cáncer, pero cuando por segunda vez lo atenazó, comenzó silenciosamente en su próstata y cuando fue descubierto, ya había hecho metástasis ósea. Por eso Darcy solía decir que tenía "vitrificada la calavera". Temía en consecuencia recibir cualquier golpe o experimentar una caída, pues comprendía que eso podía provocarle una invalidez definitiva. Cuidaba de él una mujer de extraordinaria dedicación, eficiencia y dulzura, Celina, que era a un tiempo ama de llaves y enfermera. Ella lo acompañaba a cualquier lugar de su domicilio al que fuera, sosteniéndolo de atrás por las axilas, lo que a mí me resultaba patético. También el funcionamiento metabólico de Darcy se había resentido tal vez por el agresivo tratamiento quimioterápico y radioterápico a que había sido sometido y que él decía que era "peor que agonizar y morir", pero que se reveló efficacísimo ya que en verdad, el desarrollo del cáncer se vio detenido. Entre tantos males, Darcy también estaba diabético; Celina, cada pocas horas, le administraba aquel mundo de remedios que consumía y también le daba inyecciones.

Darcy se levantaba temprano y pasaba por la mañana cuatro o cinco horas escribiendo; a mejor dicho, dictando. Porque trabajaba con dos secretarías simultáneamente, de manera que una tomaba su dictado y la otra pasaba lo hecho, alternándose en la tarea. Interrumpía el trabajo para almorzar y luego de una corta siesta se abocaba a

corregir y retocar por su mano lo hecho en la mañana. No ocultaba su fastidio cuando debía dedicar las tardes a estudiar los asuntos que le imponía su cargo de Senador; manifestaba gran ansiedad por terminar las cosas que quería escribir. Entonces trabajaba preferentemente en sus Confissões, pero como era habitual en él, enfrentaba la elaboración de dos o tres textos al mismo tiempo sin descuidar por eso sus obligaciones como Senador. Dos veces por semana concurría por las tardes al Senado para involucrarse en el trabajo de las Comisiones que integrara. En esas ocasiones, su chofer lo subía y lo bajaba del automóvil poniéndolo en seguida en una silla de ruedas, puesto que atendía escrupulosamente que no fuera a tener siquiera algún accidente menor que, en su caso, sería siempre comprometido. Llegar al edificio del Congreso en silla de ruedas, que la gente lo percibiera disminuido, le producía un profundo sufrimiento moral; hasta el final, Darcy cultivó en ese sentido una suerte de coquetería. Que sus contendores políticos lo detestaran o que sus colegas antropólogos lo envidiaran o se permitieran opinar despectivamente de sus trabajos, era algo que más bien provocaba en él un disimulado disfrute; pero no podía soportar que viéndolo en su silla de ruedas, alguien pudiera manifestar el menor sentimiento de lástima por él. Debo decir que me solidaricé plenamente con esa actitud.

El único sosiego que se permitía aquel hombre incansable que ya estaba seriamente achacoso, era seguir en las tardecitas los episodios de *O rei do gado*, no permitiendo por nada ser interrumpido cuando contemplaba esa serie televisiva. Darcy se acostaba temprano, asegurándose de que dormiría bien gracias a los sedantes que le administraba Celina. Y ya que he vuelto a mencionar a esa insustituible asistente para todo, quiero resaltar un hecho por demás sugerente: todos cuantos trataron íntimamente a Darcy y trabajaron con él en los ámbitos político, técnico, intelectual o simplemente doméstico desarrollaron por él una

verdadera devoción. En esos sus tiempos finales, se destacaron sobre todo Gisele Moreira Jacon, su secretaria en Río de Janeiro y figura fundamental en la "Fundação Darcy Ribeiro"; y Teresa Teixeira, en quien reposaba el trabajo de su despacho en el Senado pero que también se hacía tiempo para ocuparse de cuestiones prácticas de su casa.

Darcy sentía entonces como si lo ahogara la falta de tiempo y rogaba a la suerte – ya que siempre careció de todo sentimiento y aún de toda esperanza de tipo religioso – tener seis meses más de vida. Esperaba que en ese tiempo estuviera pronto el edificio que estaba diseñando Niemeyer para una universidad a distancia, último de sus proyectos por el que manifestaba un entusiasmo total, ¡como si antes no hubiera hecho nada en su vida! No sé si antes de morir llegó a ver concretada esta iniciativa.

Una cosa realmente maravillosa, que configura una invalorable lección de vida digna de ser imitada, es que en el último año que le quedaba – aparte de su actuación en el Senado, que por cierto no era poca cosa – publicara los *Diários Índios* que habían permanecido inéditos y preparara dos nuevas adiciones de *Os índios e a civilização* y de *O povo brasileiro*; no estoy seguro si hizo alguna nueva edición de alguna de sus novelas. Y por si todo eso fuera poco, después de completar los trabajos que he referido, desde su despacho senatorial fue publicando sucesivos números de *Carta* – que se anunciaba como revista de distribución restringida – en la que dio a conocer importantes cuestiones sobre temas educacionales y antropológicos; como no podía ser de otra manera, algunos números de *Carta* recogieron temáticas que siempre fueron muy caras a Darcy, como el número 4 de 1993 que estuvo dedicado al *Año Internacional de los Pueblos Indígenas*, y el número 4 de 1994 a los *300 años de Zumbi*.

Y aunque todo esto pueda parecer superior a las fuerzas de un hombre sano – ¡qué decir del caso suyo, con una

salud tan quebrantada! – aún tenía otras propuestas. Así, una noche, reiterando el gesto que yo ya le conocía, como de vergüenza con algo de picardía, me confesó que durante toda su vida había escrito poemas y que entonces, ya en su ocaso, estaba tentado de darlos a conocer. No sé si finalmente pudo hacerlo; tampoco puedo señalar el valor poético que tuvieran – ya he dicho que me he convencido de mi ineptitud como crítico literario – pero eso me parece decididamente menor: lo que verdaderamente expresan esas composiciones es la riqueza y la sensibilidad de la personalidad de Darcy, así como su dedicación infatigable al trabajo intelectual. Su cerebro no paró nunca y nunca dejó de producir ideas brillantes.

Cuando retorné de Brasilã a Montevideo, aseguré a Darcy que volvería a pasar con él algunos días a finales de año. No pude cumplir esa promesa, aunque siempre me parecía que en cualquier momento volvería a reiniciar con él aquellas disfrutables y enriquecedoras pláticas. Un día, la noticia de su fallecimiento me alcanzó con una fuerza y una velocidad imparables; como un violento puñetazo en el plexo que deja sin aire. En mi interior, en mi deseo, comprendí que había llegado a creer que Darcy – que había derrotado nada menos que dos cánceres – era poco menos que inmortal. De hecho, para mí es algo así, pues cuando vuelvo a leer alguna de sus páginas, me parece que retomamos nuestro largo diálogo.

*¿En qué medida las categorías teóricas utilizadas por Darcy Ribeiro en sus textos antropológicos (“aceleración evolutiva”, “actualización o incorporación histórica”, “transfiguración étnica”, “pueblos nuevos” y “pueblos transplantados”, etc.) se aproximan a las categorías estudiadas por otros teóricos de la misma época?*

Todos esos conceptos y algunos más – como “adaptación recíproca”, “distancia cultural absoluta o

relativa”, “predisposiciones culturales”, “flexibilidad o rigidez cultural”, etc. – constituyen muy valiosos aportes de Darcy a la teoría antropológica general. Muchos de ellos presentan una indudable originalidad; casi todos estuvieron motivados por la experiencia de campo de Darcy y su necesidad de elaborar conceptos que hicieran inteligibles las realidades observadas; otros fueron el resultado de la reflexión que hizo respecto de los acontecimientos históricos, así como de la necesidad de elaborar esquemas teóricos que los explicaran.

Como todo individuo creativo en materia teórica, Darcy sentía que los conceptos manejados habitualmente por la Antropología, no lograban siempre proporcionar un abordaje adecuado a los problemas a considerar, ni conseguían que el análisis se pudiera cumplir con la finura y la profundidad requeridas. Experimentaba al respecto una verdadera ansiedad, esforzándose por clarificar los conceptos que proponía. Cada uno de ellos propició demoradas críticas, a fin de lograr exponerlos con una formulación más precisa. Estas cuestiones fueron las que llevaron más tiempo en las sesiones de trabajo en las que colaboré con Darcy; por supuesto, me he sentido reconocido por la seguridad con que él apreciaba mis capacidades, pero sobre todo, por lo mucho que aprendí en esa tarea.

Por cierto que varios de esos conceptos pueden encontrarse expuestos de otra manera en la obra de antropólogos anteriores, donde a veces aparecen apenas larvados. Me refiero sobre todo a las elaboraciones de la gran escuela norteamericana de Antropología Cultural. Por ejemplo, su noción de “culturas auténticas y culturas espurias”, procede de Edward Sapir, pero en Darcy adquiere un desenvolvimiento y una dimensión que toca inclusive concomitancias políticas, que Sapir nunca hubiera podido imaginar.



A pesar de su juventud, Darcy tenía un completo y sólido dominio de la teoría antropológica general y conocía al dedillo los desarrollos sobre todo de la Antropología en los EEUU y en Francia. No era por cierto un individuo obcecado en sus concepciones, puesto que consideraba que cualquier avance en la disciplina debía adoptarse, en tanto no se contara con otro mejor; fue un antropólogo que permaneció al margen del frecuente dogmatismo de los que adhieren a una determinada escuela. Así por ejemplo, es claro que Darcy no comulgaba con un funcionalismo a ultranza y con agudeza ponía de manifiesto los puntos flojos de esta teorización; pero señalaba también que el análisis de una situación sociocultural concreta, nunca estaría completo ni sería convincente si se eludía un estudio de la funcionalidad de los factores intervinientes. Otro tanto pensaba del estructuralismo, entonces tan en boga, destacando que no era una herramienta metodológica útil para apreciar la dinámica de la cultura, cosa que a él le importaba preferentemente.

Cabe destacar algún otro de sus logros teóricos, como el considerar la cultura desde la perspectiva discreta de los “sistemas adaptativo, asociativo e ideológico”, con sus consecuentes determinantes y condicionantes. De una manera por demás sintética, el fenómeno de la cultura en su manifestación total, resulta así más comprensible que otros planteos que al respecto han hecho otros antropólogos, como en particular, George P. Muerdock. Darcy gustaba exponer en sus clases los conceptos que creaba, a fin de observar la reacción de sus alumnos y sacar de esa manera conclusiones sobre su adecuación e inteligibilidad.

Tal vez lo innovador del pensamiento de Darcy haya desconcertado a muchos de sus colegas, incluidos – o mejor dicho, principalmente – los brasileños. Eso hizo que no se atendiera a las auténticas posibilidades que sus

planteos ofrecían. Me atrevo a decir que donde más profundamente caló fue en la Argentina, y acaso haya influido para ellos el hecho de que *Las Américas y la civilización* vio la luz antes que otros trabajos de Darcy, en Buenos Aires y en una editorial sumamente popular y de gran distribución. Esa huella se notó más que entre otros, en intelectuales formados en las Letras – como Adolfo Colombres, por ejemplo – que a partir del conocimiento de la obra de Darcy, se inclinaron hacia el amplio campo de la Antropología y de los estudios culturales. Para muchos argentinos, el pensamiento de Darcy fue un verdadero deslumbramiento.

La sorpresa provocada por su concepción renovadora aunque claramente precisa, siguió de cerca la aparición en el *Current Anthropology* de *El proceso civilizatorio*. Para tener una idea apenas indicial de cuánto ese trabajo perturbó – y uso este término a conciencia – a la comunidad antropológica, alcanza con repasar los comentarios de varios especialistas que se publicaron en esa misma revista.

Hay inclusive una categoría creada por Darcy que actualmente podría ser un punto de partida para ahondar en ella: es la de “revolución termonuclear”. Evidentemente alude a una forma de utilización de la energía en una sociedad y en esto, aunque un paso más adelante, se percibe el rastro del pensamiento de Leslie A. White. Pero Darcy no tuvo ya el tiempo necesario para continuar el estudio de este proceso, ya que ahora nos encontramos inmersos en la “revolución informática”, que también puede verse como una lógica consecuencia de la “revolución termonuclear” en sentido amplio; es decir, como marca de la época y no solamente como algo referido exclusivamente al empleo de nuevas formas de energía. Todo este desarrollo parte de la forma en que Darcy visualizaba la gran Revolución Industrial iniciada en el

siglo XVIII, en tanto que momento decisivo para la humanidad, apuntando a la vez a las características que pueden preverse para una humanidad futura. Yo pienso que mucho se podría avanzar en la comprensión de la cultura como fenómeno total a partir de estas bases; tal vez más – o en una dirección diversa – que lo hecho por otros antropólogos – pocos ciertamente – como por ejemplo, Renato Ortiz en su *Mundialización y cultura*.

No debemos con todo perder de vista que más allá de la trascendencia teórica del pensamiento de Darcy, él siempre observó esas cuestiones a las que me he referido, en relación al Brasil y especialmente al Brasil que él pensaba que habría de ser, cuyos “procesos civilizatorios” trataba de desentrañar cómo habrían de producirse. En este sentido, probaba de imaginar los momentos en que Brasil adquiriera la dimensión de potencia mundial. Cuando llegábamos a este punto, a mí me daba por chancear diciéndole: “¡Pero eso es precisamente lo que plantean los milicos; la Sorbonne castrense!”. Él reía muchísimo con esas salidas mías.

*¿Ud. podría hablar de la presencia de los exiliados brasileños en Montevideo?*

Ya he dicho que en Montevideo la casa de Darcy y de Berta era poco menos que el centro del exilio brasileño por la cordialidad con que recibían a todo el mundo, por el alto respeto intelectual que les profesaban y por la confianza que les dispensaba el Presidente “Jango” Goulart, quien los visitaba con frecuencia.

Recuerdo a varios exiliados que eran asiduos: a Paulo Schilling, “gaúcho”, muy buen escritor y periodista de “admonición y de combate”; a Waldir Pires, ex Gobernador del estado de Bahía que volvería a serlo al restaurarse la democracia y al que encontré en Francia, en Sarcelles donde vivía, siendo profesor en la Universidad de Dijon;

a Neiva Moreira, pernambucano, también excelente periodista y escritor. Neiva lanzó uno de los primeros libros que se hicieron sobre la “Revolución Peruana”, entusiasmado por su nasserismo – también publicó un libro sobre Gamal Abdel Nasser – y creó la revista *Tercer Mundo* que después se habría de imprimir en varios idiomas. Yo lo estimé mucho; aquí se casó con una uruguaya, Beatriz Bissio, que junto a él desplegó las alas convirtiéndose en una brillante periodista. Compartimos muchas horas en Lima, donde también fueron ellos; allá les nació una hijita – más o menos en la misma época en que vino al mundo la mía – a la que pusieron el hermoso nombre de Micaela, pienso que como homenaje a la mujer de José Gabriel Condorcanqui (Tupac Amaru), que lo acompañó en su levantamiento contra el poder español y murió con él.

También conocí en lo de Darcy al coronel aviador Melo Bastos, que si no recuerdo mal, era un veterano de la Segunda Guerra Mundial a la que había ido acompañando al cuerpo expedicionario brasileño que intervino en Italia bajo el mando de Castelo Branco, el que encabezaría la dictadura de 1964. Melo Bastos había tenido que forzar su ingreso a la Embajada del Uruguay para pedir asilo, ante la reticencia de los funcionarios uruguayos de la misma. Su estampa trasuntaba dignidad y parecía como si siempre tuviera puesto el uniforme de gala. Era un hombre de abierta simpatía y de singular derecha. Su esposa me llamaba particularmente la atención por su gran belleza.

Alguna vez vi en el entorno de Darcy a Décio Freitas, entonces joven profesor e investigador de temas históricos poco transitados – o mejor dicho, poco conocidos fuera del Brasil – como el fenómeno de la resistencia negra a la esclavitud y el “quilombagem”; creo que se había exiliado voluntariamente, es decir, que no había sido objeto de persecución en concreto. Estaba trabajando a partir de documentación que había traído con él, en el que sería uno de sus libros más reputados, que ha agotado edición

tras edición: *Palmares, la guerrilla negra*. Ese fue el título con el que apareció en español, antes que en portugués, idioma en que se denominaría *Palmares, a guerra dos escravos*; hizo la traducción Flávia Schilling, hija de Paulo, entonces una jovencita, que después sufriría aquí la prisión que le impuso nuestra dictadura. Fue publicado por la *Biblioteca de Marcha* – otro emprendimiento cultural del consagrado semanario – desgraciadamente con un equivocado criterio editorial que llevó a que se publicara sin el aparato erudito de citas, referencias y bibliografía; pero aún así, impresionó muchísimo a sus lectores uruguayos.

Conservo remembranzas muy intensas de Clidenor Freitas, psiquiatra de Piauí, que había dirigido el “Instituto de Seguridad Social del Brasil”. Su caso fue muy especial, ya que él no era en realidad un político y el régimen dictatorial no intentó detenerlo; pero igualmente, él se vino a Montevideo con su mujer y sus ocho hijos, porque aseguraba que no podía vivir en una sociedad represiva. El mayor de sus hijos estaba ya saliendo de la adolescencia y el menor era un niño de brazos; a cada uno procuró buscarles un motivo de interés que también supusiera la necesidad de algún estudio: a éste la filatelia, al otro el ajedrez, al de más allá la música, y así con todos, según su temperamento e inclinaciones. Su esposa tocaba en el piano con delicadeza las melancólicas *modinhas* de otra época, destacándose además por ser una maravillosa cocinera de los platos típicos del norte y nordeste del Brasil. Clidenor era un hombre de avasallante cordialidad y de inmensa cultura que no dejaba de acrecentar; siendo un psiquiatra de renombre internacional, leía de todo y perfeccionaba las lenguas que conocía, en tanto que aprendía otras para ampliar más su saber. Era además un gustador del arte y la gran música. Con él se podía conversar de cualquier cosa y era siempre una delicia. Poseía una enorme colección de diapositivas que no dejó

de aumentar, sobre las principales pinacotecas del mundo y gracias a eso, tenían lugar en su casa inolvidables reuniones en las que se transitaba por un dilatado museo imaginario – en el sentido de André Malraux – saltándose de los frescos del Giotto en la capilla de los Scrovegni en Padua, a las pinturas negras de Goya del Prado de Madrid; o de la Pinacoteca Brera de Milán al Ermitage de Leningrado. Muchas veces asistían a esos festivales pictóricos, exiliados que en su vida habían apreciado una gran pintura; pues bien, no era raro que en alguna ocasión posterior, se oyera a alguno de esos contertulios opinar con propiedad sobre los claroscuros del Caravaggio o la perspectiva del Mantegna, por ejemplo. Clidenor tenía una perpetua actitud pedagógica en su vida que no era ni cansadora ni pedante; antes bien, lograba así atraer a todos. Para mantener unidos a los exiliados y también para su propia satisfacción al propiciar instancias de confraternización, Clidenor organizaba cada tanto en su amplio apartamento de la Avenida Brasil – ¡no podía ser en otra calle! – pantagruélicas *feijoadas* que duraban todo el día y a las que concurrían no menos de cien comensales; jamás olvidaba convidar ni al más humilde de los exiliados. Hacía traer de Río Grande el *feijão preto*, la *farinha* y el aceite de *dendê* para preparar la *farofa*, *lingüiças* y *salsichas*, condimentos y aderezos, todo; hasta la *cachaça* para acompañar aquel manjar porque sostenía – con razón – que esos productos aquí, no tenían el mismo sabor. Clidenor trabajó relaciones con colegas montevideanos y con varios intelectuales. En particular, cobró gran estima por Juan José López Silvera, antiguo coronel de las Brigadas Internacionales en la guerra de España, que había actuado a las órdenes del gran pintor mexicano David Alfaro Siqueiros, general al servicio de la República española. Cuando López Silveira volvió al Uruguay, se puso a estudiar Economía, haciéndose Contador Público; era un inimitable

narrador oral – escribió poco pero bueno sobre su experiencia en aquella conflagración – de afinado poder de observación y emotividad. Pasamos con Clidenor largas horas mientras corría la noche en la casa de López Silvera, embelesados con el relato de sus vivencias de aquellos años.

Naturalmente, es imprescindible evocar por su significado, al Presidente “Jango” Goulart, quien concurría con frecuencia a lo de Darcy. En la reunión en la que él estuviera, era siempre el más lacónico. Todos lo trataban con notorio respeto y nunca oí que nadie se dirigiera a él sin llamarlo “Presidente”; y de derecho lo era, porque había sido depuesto, pero constitucionalmente no había cesado en su mandato. “Jango” permanecía por lo común callado, aunque oía atentamente todo lo que se decía. No parecía ser un hombre demasiado cultivado ni dado a la lectura, pero era en extremo inteligente. Más de una vez aprecié que pedía a alguno de los contertulios que le relatará lo que algún autor destacado – sobre todo en los análisis políticos – había expuesto en tal o cual libro o artículo; luego podía apreciar que empleaba muy acertadamente los conceptos que se le habían referido y que inclusive los complementaba con conclusiones propias. Como es bien conocido, “Jango” era poseedor de una inmensa fortuna, por lo que en el Uruguay adquirió importantes propiedades; pero al contrario de tantos ricachones, era en extremo generoso. Al Uruguay vinieron exiliados varios *fuzileiros navais* que habían permanecido fieles a su gobierno y que habían resistido el golpe, aislados, batiéndose en el fuerte de Copacabana; “Jango” fue consecuente con ellos pues por años mantuvo a esos hombres, muchos de los cuales constituyeron familias aquí. A un ex ministro suyo, para arrancarlo de la obligada inactividad del exilio y darle un medio de vida, le compró un restaurante que como era previsible, pasó a ofrecer especialidades gastronómicas brasileñas. Ninguno que

llegara a "Jango" necesitado de una ayuda, se iba con las manos vacías y muchas veces él se adelantaba a los pedidos que intuía le iban a hacer. Pero "Jango" tenía siempre un peculiar abatimiento, una oscura tristeza, que más allá de la situación que había tenido que vivir, creo que era una constante de su carácter. Se entusiasmaba sólo con las historias del campo y con las salidas gauchescas. En realidad lo vi reír francamente una vez que le conté las caprichosas versiones que yo había oído en Tacuarembó referidas a la manera en que él había escogido la estancia que finalmente se decidió a comprar, cuando los vendedores, que no lo conocían, se habrían referido a él como "un bayano loco"; varias veces me pidió le reiterara esa historia e indefectiblemente festejada lo absurdo de la situación y los dicharachos de aquella gente de campo que la había imaginado.

Al que jamás vi aquí fue a Leonel Brizola; lo vine a conocer en 1980 en Quito, cuando allá se fundó la Asociación Latinoamericana para los Derechos Humanos (ALDHU) de la que fue uno de sus Directores. La adhesión de Darcy a Brizola fue por lo tanto posterior a los años vividos en Montevideo. Entonces Brizola había quedado distanciado de su cuñado Goulart. Cuando se produjo el golpe en 1964, Brizola era Gobernador de Río Grande del Sur y la región meridional del Brasil manifestó una fuerte lealtad a "Jango"; Brizola contaba con el apoyo del general Amaury Kruel, jefe del Tercer Ejército que era el más poderoso del país y que tenía base en el estado mencionado. Brizola hizo cavar trincheras en derredor del palacio de la gobernación en Porto Alegre y rodearlo de baterías antiaéreas. Se comentó en su momento que Brizola le habría insistido a "Jango": "Resista Presidente!"; pero "Jango" optó por retirarse y acogerse al refugio en Uruguay. Muchas veces hablamos con Darcy de esa renuncia a repeler el golpe, que tal vez hubiera conseguido anularlo.



Darcy había acompañado esa postura de “Jango” de evitar el enfrentamiento; él decía que eso hubiera conducido a una guerra civil y que en el Brasil de entonces, una guerra civil hubiera derivado necesariamente en una guerra campesina generalizada en todo el inmenso territorio. Comparaba esa hipotética situación con lo ocurrido durante la Revolución mexicana iniciada en 1910: de seis millones de habitantes que entonces tenía México, las alternativas bélicas de esa revolución supusieron dos millones de víctimas, en su gran mayoría campesinos. Darcy agregaba: “¿Te imaginas qué tremendo baño de sangre hubiera significado una pugna de ese tipo en la dimensión del Brasil? Fue un precio que no nos atrevimos a pagar”. Yo siempre le expresé mi escepticismo respecto de esa conclusión, ya que no he estado nunca convencido que fueron equivalentes la situación del Brasil de 1964 y la de México de 1910; por otra parte, que el enfrentamiento entre constitucionalistas y golpistas fuera a derivar en una guerra campesina, me parecía una deducción inverificable. Tal vez si se hubiera atajado a tiempo el golpe, no se hubiera seguido una dictadura tan larga; de todas maneras, la historia suele resultar imprevisible.

Por esos desentendimientos entre Brizola y “Jango” – al que Darcy apoyó – fue que en Montevideo aquél se mantuvo distante de éstos. Ocurrió además que el gobierno uruguayo, presionado por el brasileño, tomó una medida sumamente antipática para la opinión pública y que únicamente una vez se había aplicado a comienzos de los años 50 con el líder boliviano Víctor Paz Estenssoro: Brizola fue internado, fijándosele residencia en el balneario de Atlántida. En verdad, el gobierno uruguayo tomó esa decisión con mucha relucencia, apenas para cumplir formalmente con lo que le pedían los que habían ocupado el poder en el Brasil, que veían a Brizola como su opositor más peligroso. El hecho de que se lo enviara a una localidad

que dista menos de 50 kilómetros de Montevideo, dice mucho. Y más dice que Brizola hubiera solicitado autorización para trasladarse a Montevideo a efectos de realizarse un tratamiento odontológico y que se le concediera en seguida lo que pedía, ya que ese tratamiento duró años y Brizola llegó a alquilar un apartamento en un edificio que quedaba justo al costado de la Casa de Gobierno en la Plaza Independencia.

Volviendo al entorno de Darcy durante sus años en el Uruguay, recuerdo que varias veces recibió la visita de jóvenes antropólogos brasileños que querían conocerlo o volverlo a ver. Y por supuesto, de sus familiares directos: su madre y su hermano Mario. Dona Fininha, su madre, era una antigua maestra que alfabetizó varias generaciones en Montes Claros y a la que se la homenajeó designando una calle de esa ciudad con su nombre, pero no con su nombre civil sino con el que la conocieron incontables alumnos y gente del pueblo: "Mestra Fininha". Era pequeña de cuerpo, sagaz y emprendedora; llegué a pensar que de ella había heredado Darcy su aspecto físico y sus condiciones de carácter. Su hermano Mario aunque un poco más alto, era muy parecido a Darcy; lo encontré atento y simpático y muy despierto; hasta se comidió a aplicar conmigo sus conocimientos médicos a causa de una mordida que me había propinado un perro del que se podía temer que estuviese rabioso. Años después supe que Mario también había incursionado en la política, llegando a ser *prefeito* de Montes Claros.

He hablado de los exiliados brasileños en Montevideo y de las relaciones de Darcy con ellos, así como con gente de Uruguay. Debo agregar que no recuerdo que Darcy hubiera establecido vínculos con políticos uruguayos, tal vez para no perjudicar su posición de asilado. Nunca vi en su casa ninguno; el propio Wilson Ferreira Aldunate, que lideraba el sector mayoritario del Partido Nacional y

que fue candidato a la Presidencia de la República – probablemente estafado – en las elecciones de 1971, quiso conocerlo a raíz de un libro suyo que había leído, en Lima. Creo que al final no llegaron a tratarse, pues cuando Wilson lo procuró en Lima, Darcy se encontraba en Río de Janeiro reponiéndose de su operación de pulmón.

*¿Como considera Ud. el concepto de “mestizaje” aplicado por Darcy Ribeiro y el mismo concepto tal como lo manejó Gilberto Freyre?*

Ambos manejan conceptos muy diversos. Ud. sabe que Gilberto fue en su momento muy admirado dentro y fuera del Brasil ya que sus trabajos fueron pioneros en una buena medida; luego, Gilberto resultó mal visto por los intelectuales brasileños más jóvenes – incluido Darcy – que hicieron a su respecto un verdadero parricidio. No sé en que medida ese posicionamiento de las siguientes generaciones intelectuales haya sido una consecuencia del propio origen familiar de Gilberto con sus concomitantes posiciones de clase, que conllevaban una visión bastante paternalista de las relaciones sociales; todo eso Gilberto lo dejó ver sobradamente en sus obras, mostrándose como lo que realmente era: un descendiente de familias de Casa-Grande de ingenio azucarero y de sobradão pernambucano. Su postura conciliadora frente a la dictadura, lo terminó de desprestigiar en sus últimos años, en los que se sobrevivió a sí mismo sin renovarse. Tal vez recién ahora estemos en condiciones de volver a leer con otra perspectiva los escritos de Gilberto a fin de ver qué se puede salvar de su propio naufragio. Yo de la vasta obra de Gilberto, he vuelto a releer recientemente *Casa-Grande e senzala* y *Sobrados e mocambos*; su prosa me ha vuelto a satisfacer, aunque he encontrado que el análisis que hizo de la formación, crecimiento y decadencia de la clase patriarcal dependiente de la economía azucarera, se percibe

ahora como poco profundo; acaso las posiciones teóricas de Gilberto no permitieran otra cosa. Y en este sentido, me parece que prefiero seguir ese proceso a través de lo que José Lins do Rego ha desplegado en sus novelas *Menino de engenho* y *Fogo morto* principalmente, Darcy estimaba el estilo literario de Gilberto pero no su trasfondo ideológico y eso es perceptible en el Prólogo que escribió para la edición de *Casa-Grande y senzala* que hizo la *Biblioteca Ayacucho* de Caracas.

La idea romántica del mestizaje como fundamento del carácter y del destino americano, alcanzó tal vez su ápice en la obra del mexicano José Vasconcelos. No estoy insinuando que Gilberto se haya inspirado en Vasconcelos porque eso no es real; su concepción del mestizaje fue diferente. Lo que quiero decir es que ambos aplicaron una concepción idealista de ese fenómeno. Darcy enfocó la cuestión de una manera diversa y la sintetizó fundamentalmente en su categorización de los “pueblos nuevos”, lo que no siempre ha sido bien entendido. Muchos livianamente han creído que Darcy con el concepto de “pueblos nuevos” apuntaba a los factores raciales formativos de una sociedad, cuando en rigor se estaba refiriendo a la herencia cultural y a sus reconversiones. No creo que la idea de mestizaje – y menos como la formuló Gilberto – ocupe un lugar de importancia en la teorización de Darcy sobre América Latina.

Darcy no le asignaba ninguna significación al hecho de que una persona tuviera tales o cuales características somáticas; y en por lo menos una oportunidad, hizo al respecto una de sus incomparables bromas. La voy a contar: estando él en Portugal, luego de una conferencia que dictó se sintió mal y tuvo un vómito de sangre; los médicos portugueses supusieron que podía tratarse de tuberculosis y comenzaron a tratarlo por eso. Darcy no experimentaba mejoría por lo que decidió ir a París donde estaba un gran fisiólogo brasileño que era su amigo. Allí los médicos

franceses detectaron el cáncer pulmonar que tenía y consideraron que debían extirparlo de inmediato. Darcy en seguida percibió que esa situación la iba a explotar para forzar su entrada al Brasil. Pero debía darle al equipo médico francés una disculpa convincente eludiendo manifestar sus verdaderas intenciones; y así cuando les comunicó que no estaba dispuesto a ser operado, uno de los célebres profesores que habían estudiado su caso le dijo. “¡Pero Ud. no puede esperar; vea que está muy pálido!”; Darcy le respondió de inmediato: “No, lo que ocurre es que soy mestizo”.

*La perspectiva marxista y la condición de exiliado permitieron a Darcy Ribeiro desarrollar una percepción singular sobre la cultura de América Latina. Ángel Rama en su artículo “La riesgosa navegación del escritor exiliado”, afirma que “un libro imaginativo y talentoso como **Las Américas y la Civilización de Darcy Ribeiro** hubiera sido imposible sin esos largos años de exilio que le permitieron recorrer y vivir por años en diversos países y zonas del continente”. Es importante resaltar sin embargo, que Darcy Ribeiro escribió ese libro en el Uruguay, sin haber recorrido entonces otros lugares. ¿Qué es lo que Ud. piensa de esto?*

Cuando comenzó mi relación, digamos, más “profesional” con Darcy, aquí en el Uruguay, creí percibir que aún no tenía una sólida formación marxista. Es más – y espero que no se crea que hay en esto algo de vanidad – me parecía que en muchos sentidos, yo era más marxista que él; es decir, que probablemente yo había estudiado más meticulosamente los textos de Marx. Pero asimismo debo recalcar que aquí, Darcy se puso a estudiar con mucho ahínco todo lo que sentía que le faltaba, entre lo que cabía lo hecho por Marx. Se sintió particularmente atraído por los *Grundrisse* – que se hicieron conocer en esa época pues habían permanecido inéditos – y, analizó con sumo

cuidado lo expuesto por Marx en las *Formen* sobre las *Formaciones económicas precapitalistas*, así como lo referido al *Modo de producción asiático*; sobre esto, Darcy ya estaba empapado del pensamiento de Karl A. Wittfogel, expuesto en su libro *Despotismo oriental*. Mucho se interesó también por la discusión que de acuerdo a los parámetros señalados, se trabó entonces sobre si podía o no establecerse la existencia de un verdadero sistema feudal en la América colonial, así como sus concomitancias posteriores. Es obvio que todo eso resultaría valiosísimo para lo que después habría de elaborar Darcy.

En verdad, Darcy no puede ser encuadrado dentro del grupo de los antropólogos marxistas, como son los franceses Maurice Godelier – en primer lugar – pero también Emmanuel Terray, Henri Moniot, Lucien Démonio o Claude Meillassoux, que han tenido un papel tan protagónico en el desarrollo de la Antropología Económica; ni siquiera puede adscribirse a tendencias teóricas entrelazadas con el pensamiento marxista, como es el caso de Lucien Sebag que intentó conciliar las propuestas estructuralistas con el marxismo. Que Darcy conociera los trabajos de esos autores no significa para nada que resultara influido por ellos. Darcy estuvo más cerca de las posiciones del Friedrich Engels de la *Carta a Bloch* – con todas las matizaciones que la misma implica – que al marxismo más ortodoxo y hasta más convencional. Él tomó del marxismo las cosas que entendió válidas, dejando de lado las que le parecieron más adjetivas o superadas por los tiempos.

Es fácilmente perceptible que en sus trabajos teóricos, Darcy compuso un pensamiento que en muchos aspectos es tributario de ideas marxistas, pero más que nada, del reflejo que esas ideas tuvieron sobre antropólogos como Leslie A. White – sobre todo – Julian Steward, Gordon Childe e inclusive de los chispazos que se notan en la obra de Alfred Kroeber. Quiero decir que Darcy eludió

una visión economicista exclusiva por su reduccionismo. Estaba mucho más preocupado por la reflexión referida a los estadios por los que la cultura de la humanidad había transitado. En rigor, los autores que he mencionado, pudieron inducirlo a que más que nada, propugnara una visión neoevolucionista del desarrollo de la sociedad y la cultura, sustentada en la utilización de las distintas formas de energía, como ha hecho el ya citado White.

Darcy apreciaba sobre todo el efecto popularizador de los conceptos antropológicos contenidos en la obra de Engels *El origen de la familia, la propiedad y el estado*. Como es ampliamente conocido, ese trabajo tomó y divulgó el pensamiento de Lewis Henry Morgan, expuesto en su libro *Ancient Society*, cuya lectura atenta ha sido tan descuidada o rechazada *a priori* por los antropólogos modernos. La obra de Morgan ha sido descalificada sobre todo por la crítica proveniente de los discípulos de Franz Boas y en especial por Robert Lowie, en función principalmente de los vacíos que lógicamente presentaba a causa de los desconocimientos etnográficos propios de la época, puesto que se publicó en 1877; pero sin tomar en cuenta que constituía un primer y valioso intento de construir una teoría comprensiva de la dinámica cultural y social de gran alcance. Engels, como él mismo lo dio a conocer, utilizó para componer el libro indicado, los comentarios que Karl Marx había hecho entre 1880 y 1882 de la obra de Morgan y que quedaron – como tantas cosas suyas – inéditos. Marx habría de morir en 1883 y resulta conmovedor que en el final de su vida, cuando había obtenido una enorme nombradía, no dejara de estudiar y de atender a los trabajos de la en gran medida rudimentaria Antropología de su época. Así analizó y comentó no sólo lo hecho por Morgan, sino también por Peihar, Maine y Lubbock; lo que significa que estaba ampliando permanentemente su horizonte intelectual. Esos materiales, conocidos como *Los*

*cuadernos etnológicos de Karl Marx*, que se conservaron en el "International Instituut voor Sociales Geschiedenis", de Amsterdam, fueron publicados por Lawrence Krader en Bélgica en 1977, edición que aún en su momento se volvió inhallable, por lo que pocos llegaron a conocer este sugerente trabajo. En español apareció en Madrid en 1988, también en una edición que tuvo escasa difusión; no conozco si ha sido publicado en portugués. Creo que Darcy no llegó a conocer esta sorprendente faceta de Marx. Con propiedad puede decirse que es inexplicable que los antropólogos hayan ignorado tanto a Marx como antropólogo; seguramente ocurrió así porque fueron ahogados por preconceptos de tipo político; en este sentido, es evidente que Marx ha sido frecuentemente denostado por individuos que evidentemente no lo leyeron. Y ese silencio – esa ignorancia, mejor dicho – se ha extendido a Morgan, seguramente porque inspiró la obra de Engels *El origen*, etc., entendida como base del satanizado comunismo...

No me parece ocioso que destaque que Darcy, dando muestras de su amplio criterio y de su falta de dogmatismo, no vacilara en sus clases en hacer referencia al pensamiento de un autor tan alejado de las posturas marxistas como fue el príncipe Kropotkin, especialmente en lo que tenía que ver con la percepción de éste sobre el papel de la solidaridad y la cooperación como cimiento fundamental de las relaciones sociales.

En síntesis, no puede atribuírsele a Darcy ser un autor marxista y él ponía especial cuidado en que no se lo encasillara de esa forma. Es evidente que como todo investigador lúcido, percibió que el marxismo operó una verdadera revolución copernicana en lo que tiene que ver con la comprensión de la estructuración de las sociedades y de la determinación de los mecanismos fundamentales del cambio social, por lo que resultaría absurdo no tomarlo en cuenta. Al respecto, digamos que



más allá de la tan difundida demonización de Marx propiciada por ignorar, resulta claro que aún los exponentes bien preparados de la derecha política e intelectual – y más bien, principalmente – utilizan de preferencia una concepción de la dinámica social que privilegia los factores materiales como determinantes de la misma, lo que no deja de ser profundamente irónico. Los conceptos de Darcy referidos a los grandes cambios socioculturales en una perspectiva abarcativa de complejos procesos – como los de “aceleración evolutiva” y “actualización histórica” a los que ya hemos aludido – ponen de manifiesto cuánto podían deber a la teorización marxista y cuánto expresaban su propia originalidad.

.....

Tal vez sea oportuno dejar un poco de lado estas cuestiones y decir algo sobre la formación de Darcy como antropólogo, no en procura de detectar influencias, porque sería muy equivocado pensar que Darcy fuera a seguir servilmente las posiciones teóricas de otro sin revisarlas y corregirlas de acuerdo a los parámetros de su propio pensamiento. En este sentido, conozco que quien cumplió un papel decisivo en el despertar de su vocación, fue el gran antropólogo alemán Herbert Baldus, que también determinó que abrazaran la Antropología como profesión los que compusieron la verdadera pléyade de antropólogos brasileños de la generación de Darcy: Florestán Fernandes, Eduardo Galvão, Berta Gleiser y tantos más cuyos nombres no acuden en este momento a mi mente. La vida de Baldus es por demás interesante para apreciar cómo llegó a ocupar el lugar de destaque que le cupo en la Antropología brasileña y en la Antropología mundial. Baldus pertenecía a una familia prusiana de la pequeña nobleza rural, por lo que como joven *junker* casi no tenía otra perspectiva que ir al colegio militar. Baldus comprendió pronto que su vocación apuntaba en otra dirección, por lo que decidió

estudiar filosofía. Tuvo entonces la fortuna de resultar alumno del destacado antropólogo Richard Thurnwald, quien le abrió un panorama intelectual distinto. Los trabajos de Thurnwald anunciaban ya los posteriores desarrollos de la Antropología económica y algún historiador del desarrollo de la disciplina, como Jean Poirier, lo ha llegado a considerar un funcionalista *avant la lettre*. Baldus, en consecuencia, obtuvo una sólida formación que no habría de desarrollar en una Alemania que se inclinaba indefectiblemente hacia un autoritarismo esterilizante en el orden intelectual y especialmente en lo que tenía que ver con la Antropología. Baldus fue un profundo antinazi y cuando percibió el imparable ascenso de esa ideología retardataria, decidió expatriarse, viniéndose al Brasil. Debo aclarar que Baldus no era, decididamente, un hombre políticamente de izquierda pero sí, como he dicho, rechazaba vehementemente el nazismo. Me contó alguna vez las dificultades que encontró para su inserción en el medio intelectual y profesional brasileño; al establecerse en San Pablo, publicó en un diario un aviso ofreciendo dar clases de alemán, sin embargo, como él recordaba, nadie entonces manifestaba interés por aprender esa lengua por las circunstancias políticas del momento. Posteriormente empero, pudo dedicarse a la investigación y a la docencia en Antropología, llegando a dirigir además el famoso "Museu de São Paulo", propiciando la publicación de su *Revista* que puede ser considerada con justicia como una de las mejores publicaciones de Antropología del mundo mientras apareció bajo su responsabilidad. En Brasil, Baldus llegó a la conclusión de que era preciso estudiar y rescatar cuanto se pudiera de las culturas de los pueblos indígenas que sobrevivían en las regiones selváticas y que él temía que estuvieran condenados a desaparecer por la creciente presión sobre ellos de la sociedad nacional "civilizada". Ese fue el motivo que lo llevó a preparar tantos brillantes etnógrafos de

campo. Y en realidad, no puede decirse que sus temores fueron inmotivados: de ahí su gran aprecio por la obra de Rondon. Darcy, por supuesto, se plegó a ese parecer, que habría de tener eco entre otros, también en Claude Lévi-Strauss, cuya experiencia en el terreno se la debió a Baldus. En varias oportunidades Darcy contó que gracias a Baldus tomó contacto con Rondon y con la acción del "Serviço de Proteção aos Índios" que dirigía, y en el cual trabajaría varios años. Darcy, además de un enorme respeto intelectual y moral por Rondon, desarrolló por este un profundo afecto, al punto que lo acompañó en la hora de su muerte, sosteniendo hasta el final sus manos entre las suyas. Los que son dados a las interpretaciones freudianas de la conducta, podrán acaso señalar que en Baldus y sobre todo en Rondon, Darcy encontró la imagen paterna que no llegó casi a conocer por su temprana orfandad.

Baldus apreciaba superlativamente las condiciones de Darcy como antropólogo y no ocultaba el orgullo que sentía por haber despertado su vocación y porque hubiera sido su alumno; pero en cambio – o mejor, como consecuencia de todo eso – no ocultaba su desencanto por el hecho de que Darcy se hubiera volcado a la política. Recuerdo que cuando pasé algunos días con Baldus en 1967, de camino para Europa, le hice notar que desde los cargos que Darcy ocupó, contribuyó muchísimo a preservar la vida de los indios y sus culturas; reconociéndolo, Baldus igualmente pensaba que Darcy había cometido un error al no ocupar todo su tiempo en la tarea antropológica e indigenista. Baldus no llegaría a conocer la obra teórica de Darcy; a mí me hubiera interesado recoger su opinión sobre la misma, aún teniendo en cuenta que Baldus – y en esto se parecía a Boas – no apreciaba particularmente las construcciones teóricas, sosteniendo que el núcleo mismo de la Antropología debía reposar en la cuidadosa descripción etnográfica. La inesperada muerte de Baldus dejó todas estas cuestiones en la incógnita.

Y habiendo echado una mirada somera sobre las concepciones teóricas de Darcy y sobre los personajes que decidieron su carrera de antropólogo, creo que debo decir algo respecto de las relaciones que sostuvo con algunos de los grandes antropólogos de la época así como sobre la valoración que hacía de ellos. En concreto, voy a referirme a las figuras de Claude Lévi-Strauss y Roger Bastide, ya que ambos pasaron en el Brasil los años de la Segunda Guerra Mundial, donde hicieron muchos de sus trabajos más conocidos. En lo personal, Darcy los apreciaba mucho, aunque nunca se identificó con sus posiciones teóricas ni con los asuntos que fueron el centro del interés de éstos. Ellos también tenían una gran estima por Darcy; Lévi-Strauss le guardaba reconocimiento por la ayuda que Darcy le había proporcionado para su trabajo de campo entre grupos indígenas del Brasil, valorando además sus pesquisas etnográficas. No puedo saber si Lévi-Strauss ha llegado a conocer la obra teórica de Darcy, que en verdad, se aparta considerablemente de lo que para el maestro francés es la propia concepción de la Antropología. Bastide – con el que trabé una amistad que excedía la relación de aula – conservaba un recuerdo muy cariñoso de Darcy, aunque los temas que estudió en Brasil – los cultos populares de raíz africana, los movimientos mesiánicos, etc. – no constituyeron asuntos de interés prevalente para Darcy. Bastide no pudo conocer la obra más significativa de Darcy – que me atrevo a pensar que le hubiera gustado – puesto que falleció en 1969. Hubo otro destacado antropólogo que pasó los años de la guerra en Brasil y fue nada menos que el inglés Alfred Reginald Radcliffe-Brown; sumamente conocido por su posición estructural-funcionalista. Aunque tuvo alguna vinculación con la Escola de Sociologia e Política, no realizó en Brasil ningún trabajo de enjundia – si es que hizo alguno – ni formó discípulos. Darcy decía que pasó ese tiempo recluso entre la colonia

inglesa de San Pablo, tomando meticulosamente el té a las cinco de la tarde y jugando al cricket en sus ratos libres, que fueron muchos. Todo esto resulta inexplicable, salvo que se piense que la guerra y el encontrarse lejos de Inglaterra lo habían abatido.

A modo de anécdota liviana, quiero destacar un extraño y curioso paralelismo entre estos antropólogos y Darcy, que nada tiene que ver con sus orientaciones intelectuales y sí con las dificultades lingüísticas que todos padecieron, puesto que ninguno de los mencionados consiguió aprender aceptablemente el portugués del Brasil, de la misma manera que Darcy jamás pudo dominar el español. Por ejemplo, Bastide para disimular esa falencia solía decirme; "Vamos a hablar en francés para que Ud. haga práctica"; lo que resultaba gracioso ya que hablando en portugués, a la segunda frase se notaba que tropezaba con las palabras sin conseguir encontrar las precisas.

.....

En cuanto a otras cuestiones inmersas en las afirmaciones de Ángel Rama que Ud. cita, ya ha aclarado que Darcy produjo lo más importante de su obra teórica en Montevideo, cuando aún no había tenido la oportunidad de vivir en otras sociedades latinoamericanas. No obstante, es exacto que sin el trauma del exilio y la preocupación por el Brasil, puede que no se hubiera volcado hacia la vertiente de pensamiento que habría de darle mayor fama, si excluimos lo correspondiente a sus creaciones literarias.

A mí me consta que el exilio provocó en Darcy un intenso sufrimiento moral. Recuerdo que cuando ya llevaba varios meses en Montevideo y era incuestionable que la dictadura brasileña no iba a terminar en un plazo previsible, descubrí un día que Darcy tenía todavía sus valijas sin abrir, como si fuera a emprender el regreso a su país en cualquier momento. Yo entonces no podía abarcar la tremenda ansiedad que acosa al exiliado en los primeros

tiempos de su expatriación y que lo lleva a elaborar inclusive fantasías sobre su retorno; yo no había en esa época pasado por una situación similar y cuando eso ocurrió, pude aquilatar en mi propia psiquis esa situación, por lo que volví muchas veces a evocar aquellos momentos. Porque incurrí en una imperdonable crueldad al señalarle a Darcy lo inconducente que resultaba que no hubiera desarmado su equipaje; aludí además al caso de los republicanos españoles que después de veintitantos años no habían podido volver, Darcy, muy conmovido, me respondió con un tono quejumbroso que no volví a sentirle: “¿Cómo puedes ser tan desconsiderado conmigo? ¡No tienes derecho a destruir así mis ilusiones!. ¡Demasiado bien sé que no es factible que pueda reintegrarme al Brasil pronto!. ¡Pero quiero mantener la ilusión de que es posible!” Como cualquiera puede imaginar, quedé mudo, embargado de conmiseración y tremendamente arrepentido de mis imprudentes palabras. Después, habría de experimentar en carne propia todo lo que implica sentirse separado de lo que ha sido la escena de su vivir, de las referencias cotidianas locales con sus alegrías, sus esperanzas y también sus frustraciones y enconos; hacer conciencia de que existe el riesgo de no ver más a quienes nos rodearon y de que no puedan volver a anudarse los afectos que quedaron a la distancia; que los asuntos que fueron motivo de preocupaciones e incentivos para la acción, han desaparecido; que uno ha quedado privado de los colores, los sonidos, los olores, los sabores de la tierra de uno, aquellos que empaparon la infancia y los tiempos en que uno se hacía adulto...

.....

Atisbo que no me he referido a los acontecimientos que vivió el Uruguay en la época en que Darcy estuvo aquí. Cuando llegó en 1964, el Uruguay tenía un Poder Ejecutivo colegiado y la mayoría de ese cuerpo pertenecía – por segunda vez en el siglo – al Partido Nacional; como

resultado de las elecciones de 1966, se volvería al sistema unipersonal de la Presidencia de la República, con un gobierno del otro partido tradicional: el Colorado. Era evidente que no existía entre estas dos agrupaciones políticas que se repartían el poder, diferencias notorias ni en lo ideológico ni en el estilo del manejo político. Hasta entonces, la opinión pública se enorgullecía de la tradición democrática y la tolerancia imperantes en el país; pero pronto se pondría de manifiesto que la paz social no era más que una apariencia. Nadie se atrevía a reconocerse abiertamente de derecha; todos los políticos se presentaban como liberales y hasta progresistas. Ocurrían sin embargo novedades que desmentían un panorama aparentemente plácido: los enfrentamientos sociales aumentaban y por consecuencia, crecían los partidos menores de izquierda; el movimiento obrero había logrado unirse en una central única (la CNT); el estudiantado universitario se radicalizaba, también unificado era la FEUU, siempre sosteniendo una posición contraria al imperialismo (norteamericano) pero apartada del comunismo, lo que se conoció como "tercera posición" o "tercerismo". La Universidad aparecía como la gran conciencia crítica del país, lo que la llevaba frecuentemente a objetar y oponerse a las decisiones de poder político que en realidad expresaba las posiciones de los sectores conservadores y retrógrados que reaccionaban con furia: para ellos, quienes no los seguían incondicionalmente, eran necesariamente comunistas (no se destacaban indudablemente por el entendimiento de las posiciones diversas y sus matices). Una consecuencia de esto último, fue el ahogo económico a la Universidad, que se veía así impedida de realizar sus planes y modernizarse.

Era evidente que el Uruguay declinaba sin pausa y que la prosperidad de que había gozado, se esfumaba. Había sectores que ya habían sido alcanzados frontalmente por la crisis desencadenada. Recuerdo el asombro de Berta

– recientemente llegada – cuando observó una manifestación de obreros de la industria frigorífica amenazados por el cierre de sus fuentes de trabajo, al frente de la cual desfilaban unas fornidas trabajadoras llevando un cartel que proclamaba: “Tenemos hambre”. Para ese entonces, Berta sólo podía imaginar como famélicas las muchedumbres de *nordestinos retirantes*, verdaderos esqueletos vivientes, *flagelados* por las interminables sequías y la colosal desigualdad social; empero, no le llevaría mucho tiempo a Berta comprender que en el Uruguay, aunque las exteriorizaciones de las carencias fueron distintas, aquella pancarta expresaba una insoslayable realidad. El movimiento de resistencia social aumentaba y habría de aparecer la guerrilla urbana; pero también se fortalecían los sectores de derecha y sus grupos fascizantes reservadamente golpistas, así como los de las Fuerzas Armadas en las que detrás del discurso patriotero privaba la incondicional adhesión a la internacional reaccionaria impulsada por los EEUU. Cuando Jorge Pacheco Areco ocupó el sillón presidencial – por la ocurrencia afortunada para él que fue el súbito fallecimiento del Presidente Oscar Gestido – se puso en claro que el Uruguay ingresaba de lleno en un período autoritario. Cuando todo eso desembocara en la dictadura indisimulada, Darcy y Berta ya no estaban aquí, por lo que no pudieron ser testigos directos del grado que alcanzaría la barbarie; y me quedan dudas si no hubieran sido expulsados del Uruguay.

Ambos siguieron con atención los sucesos del Uruguay, pero con distancia y sin comprometerse, más allá de la simpatía con que apreciaban las causas populares. Ellos respetaron fielmente el estatuto del refugio político que les impedía involucrarse en los asuntos locales. Desde luego, no pudieron ignorar lo que ocurría puesto que la vida intelectual del país en la que ellos participaban, se veía decididamente afectada por los acontecimientos que



tenían lugar. He dicho que Darcy no se vinculó en el Uruguay con personalidades del mundo político y estoy seguro que fue una deliberación tomada en consideración a su condición de asilado; “Jango” y los otros exiliados brasileños, actuaron de igual forma.

---

Me doy cuenta igualmente que al referirme al Perú, simplifiqué tal vez excesivamente el cuadro social y los problemas de ese país en aquel entonces. Me tiento hacer una explicitación de todo eso, pero entiendo que esta no es la ocasión. Apenas apunto – para decirlo con las palabras de Darcy – el hecho de que el Perú se erigía sobre el soporte de un “pueblo testimonio”; esto es, heredero de las culturas prehispánicas, radicado especialmente en el interior andino – en esa época, la población rural del Perú era un poco más de la mitad de la total – que proveía su subsistencia con una producción agrícola técnicamente arcaica y que hablaba lenguas indígenas. Montado sobre ese apoyo se había desarrollado desde la época colonial, un importante sector “criollo” de raigambre fundamentalmente urbana, que presenta las características de un “pueblo nuevo”. Y aún teniendo especialmente muy en cuenta el peculiar esquema de clases sociales del Perú, podía percibirse en los estratos de mayores recursos y en colectividades inmigrantes, un sector que podría considerarse como “pueblo transplantado”. Nunca lo conversamos con Darcy, pero estoy seguro que le debió satisfacer comprobar en la realidad latinoamericana cómo se manifestaban aquellos modelos de “pueblos” que él había elaborado de manera abstracta para entender mejor la historia particular de las distintas regiones del continente.

También me he percatado que no fui suficientemente explícito al hacer referencia a la influencia del pensamiento de Darcy y a su reconocimiento en el propio Brasil. Creo que está aún faltando un estudio cuidadoso sobre la trascendencia de su pensamiento antropológico y creo

percibir – más allá de los múltiples reconocimientos y homenajes que se le han hecho – una cierta reticencia de parte de muchos antropólogos a sumarse a la valoración de su personalidad, como si fuera del caso pasarlo por alto como representante de un pensamiento ya superado. Es verdad que la competencia en el mundillo de la Antropología es casi despiadada, pero también es cierto que ese apartamiento puede en gran medida deberse a una muy restringida valoración política del personaje. También sobre esto podría explayarme, pero igualmente veo que no es esta la oportunidad de hacerlo.

.....

Aunque se trata de detalles meramente anecdóticos, diré algunas cosas que tal vez sirvan para completar la semblanza que he venido haciendo de Darcy. Creo haber dicho que así como no era capaz de hablar otra cosa que el portugués del Brasil – que en su conversación y en su prosa adquiría una espléndida riqueza – leía muy bien en varios otros idiomas, por lo que procuraba continuamente revistas y libros de diversas procedencias; como resultado, estaba siempre actualizado respecto de los últimos avances de la Antropología y también de otras cuestiones. Tengo la certeza de que estudió hasta el último día de su vida. Aunque algo he dicho al respecto, quiero resaltar que Darcy jamás se dejó seducir por las “modas” que como se sabe, cada tanto sacuden los planteos de la Antropología. Su pensamiento no sólo era riguroso sino además, muy independiente.

He afirmado que a Darcy le atraía estimular a quienes veía que tenían vocación por el estudio y particularmente por la Antropología. Yo fui beneficiario de esa inclinación ya que me nutrió de obras de autores brasileños – como Oliveira Vianna, Buarque de Holanda o Guerreiro Ramos, además de las obras de Rondon sobre *Índios do Brasil* e inclusive alguna de Gilberto Freyre. Pero también de antropólogos sobre todo norteamericanos que escribieron

sobre el Brasil – como Charles Wagley o Betty Meggers y Clifford Evans – así como de otros que trataron temáticas generales, entre los que recuerdo a Charles Erasmus, Julian Steward, Louis Faron, Felix Keesing, Ralph Beals... Quiero con esto significar que Darcy no tenía ningún empacho en desprenderse de textos que apreciaba y que le eran útiles, con tal de colaborar con otro al que pensaba que le podían ser de provecho. Expresado de otra manera, Darcy era intelectualmente generoso, lo que significa que no guardaba exclusivamente para sí lo que aprendía sino que lo brindaba despreocupadamente; y esto por supuesto, no es una virtud demasiado frecuente entre los colegas...

Una de sus características que mucho me sorprendió, fue su carencia de oído musical; nunca lo oí cantar, ni tararear ni silbar: acaso en eso estribaba su obstáculo para hablar otras lenguas. A pesar de su práctica etnográfica, no apreciaba la música tribal como música en sí, sino por el significado que tenía en el contexto de la cultura que la había producido. Yo no podía conformarme con que no lo entusiasmaran las maravillas de la *bossa nova* ni que, como a mí, no lo apasionaran los *sambas* de Noel Rosa por ejemplo, especialmente cuando eran cantados por Aracé de Almeida que con su áspera voz nasal les daba un sesgo singular entre melancólico e irónico; me resultaba incomprendible tratándose de un brasileño tan típico. Del mismo modo, no vi que, quien habría de ser el creador del “Sambódromo”, mostrara mayor arrebató por el Carnaval; tal vez sería porque no tenía gusto por el baile ni bailaba. Lo único de la música brasileña que apreciaba, era alguna nordestina con dejos medievales, como la que interpretaron los cuartetos Armorial y Violado. Sin embargo, cuando Darcy escribía, tenía eternamente como fondo y a considerable volumen, grandes obras orquestales, especialmente del período barroco; por supuesto, de Bach, Vivaldi y Haendel, pero también de otros autores menos transitados como Marcello, Geminiani o Locatelli.

A propósito de lo dicho, hago la precisión de que Darcy siempre escribió a mano, salvo en su último tiempo en que, como lo he indicado, dictaba. En realidad, no tuvo en cuenta algunos adelantos técnicos ampliamente difundidos y propios de la época, por lo que no necesitó de una máquina de escribir y mucho menos de una computadora. De igual forma, nunca aprendió a conducir un automóvil; empero, se mostró como un fotógrafo competente en su período de etnógrafo, sin que eso lo hubiera vuelto un aficionado a la fotografía en otros momentos.

Aunque sus casas se distinguieron por el buen gusto de su decoración, no era Darcy demasiado volcado a la pintura, si bien estimaba a algunos pintores brasileños y en particular a Portinari, del que tenía algunos pocos cuadros de pequeño formato que los llevó a donde él fuera. En una oportunidad le regalé una estampa de Hokusai que representaba en tonos de ocre a unos individuos que se cobijaban de la lluvia encojidos bajo sus sombrillas de papel; no debe haberle gustado pues no la vi puesta en la pared de ninguna de las casas que le conocí.

.....

Tengo la impresión de que esta conversación ha resultado en extremo dilatada. De hecho, no he podido evocar a Darcy sin caer insensiblemente en la consideración de la manera en que se entrelazaron nuestras vidas y nuestras preocupaciones intelectuales; acaso sintiera sordamente, la necesidad de hacer algo así. Percibo con todo, que hay una relativa ventaja en efectuar este repaso a la distancia, ya que cosas que he dicho y que en su momento pudieran haberse visto como embarazosas o arriesgadas, si no imprudentes y hasta peligrosas, hoy han perdido el alcance que entonces pudieron tener. Por otra parte, muchísimas de las personas que he mencionado ya han muerto. Hay sin embargo un detalle que me resulta sumamente extraño: en tanto tiempo nadie, ni aquellos

que han estado más cerca de mí, ni desde luego otros colegas, me ha preguntado nada sobre lo que yo conocí de Darcy a través de una relación que con intermitencias, se extendió por más de treinta años.

Únicamente en una ocasión – allá por 1990 – y a pedido de los estudiantes de entonces, di un seminario en nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación sobre el pensamiento antropológico de Darcy. En otra oportunidad, que fue en la Feria del Libro de Buenos Aires de 1997, fui convidado a intervenir en un homenaje que se le hacía a Darcy, fallecido ese año; dicté entonces una conferencia sobre su obra antropológica. A Darcy y Berta dediqué mi libro *Historias de aquella 'gente gandul'* – *Españoles y criollos vs. indios en la Banda Oriental*, que pienso les hubiera gustado.

En puridad, como antropólogo, no me considero un “darcyano”; ya he hecho referencia a posiciones no coincidentes de uno y otro. Puede que yo – como él – participe de un íntimo rechazo a aceptar influencias de nadie, lo que por cierto está más allá de los reconocimientos y admiraciones por las obras de otros. Entre tanto, no puedo negar que las características de mis exposiciones en el aula tienen mucho de su modalidad y que he utilizado en mis propios cursos y trabajos, las concepciones tuyas que he entendido valiosas y pertinentes. A todas luces, es indudable que Darcy significó mucho para mí en lo que tuvo que ver con mi formación y con algunas de mis tareas profesionales; por eso, no puedo evitar que mis palabras sobre él estén teñidas de un fuerte componente emocional. No siempre, es evidente, la vida da la posibilidad que yo tuve de interactuar tan íntima y largamente con alguien distinguido por una personalidad de la riqueza de la de Darcy.

Montevideo, 21 de mayo de 2002

## Noé Jitrik

¿Podría hablarme sobre **Marcha** y lo que significó en su época?

*Marcha* fue una publicación de gran importancia en la cultura del Río de la Plata. Empezó como un periódico casi partidista; su director, Carlos Quijano, era miembro del Partido Nacional y desde ahí hacía una crítica opositora al gobierno; muy pronto ese aspecto fue secundario pues empezó a interesarse por problemas más generales y no sólo por la crítica política: la cuestión cultural, en todos sus campos, predominó rápidamente. Para darle lugar, Quijano convocó a escritores que pertenecían a una generación nucleada en torno a revistas literarias, como *Número* y *Clinamen*. Se trataba de jóvenes escritores muy vinculados a Juan Carlos Onetti que, pese a que en ese momento vivía en la Argentina, colaboraba con *Marcha*; me refiero a Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal, Idea Vilariño, Carlos Martínez Moreno, Manuel Claps, y muchos otros, todos brillantes. En un momento posterior se produjeron nuevas incorporaciones como, por ejemplo, la de Jorge Rufinelli, que viene años después pero que continúa la tradición. En esa perspectiva "cultural", se desarrolló mucho la crítica literaria: Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal, que eran muy buenos lectores, le dieron una gran expansión al periódico gracias a la presencia de la literatura así como a la crítica misma, que tuvo momentos brillantes e innovadores. Ambos estaban muy informados y eran muy nerviosos en la búsqueda de asuntos tanto latinoamericanos, sobre todo rioplatenses, como de la gran literatura europea.

Por esa misma razón y complementariamente, *Marcha* le dio una gran importancia al cine y a la crítica correspondiente, mucho antes de *Cabiers du cinéma*. El responsable de esa sección era Homero Alsina Thevenet: sus opiniones pesaban porque no se limitaban a meros comentarios de estrenos sino que hacían historia y teoría. Alsina vive todavía y sigue produciendo en este campo, en otras y nuevas revistas pero el momento de *Marcha*, hacia 1955 más o menos en adelante, fue correlativo a la llegada, y deslumbramiento, de mucho y buen cine europeo de vanguardia que suscitaba mucho interés en ambas orillas del Río de la Plata.

Muchos y muy buenos periodistas y escritores se formaron en *Marcha*, hasta que la dictadura lo clausuró; el pretexto fue que habían publicado un cuento de Nelson Marra, que había sido premiado en un concurso por un jurado integrado por Onetti, Rufinelli y Quijano. En ese cuento se hacía alusión a los tupamaros o la guerrilla, que por entonces ya estaba instalada y parecía invencible. Autor y jurados debieron marchar al exilio: Onetti a España, Rufinelli a México, lo mismo que Quijano. Con estos dos yo tuve relación personal y de amistad.

Antes, mi relación con *Marcha* había sido esporádica; publiqué, si no recuerdo mal, un par de artículos o notas entre 1958, más o menos, y 1967, cuando yo mismo me fui de la Argentina. El periódico llegaba a Buenos Aires y ahí era muy apreciado, era muy importante para todos nosotros además de ser un puente entre las dos culturas y, sobre todo, entre literaturas que asomaban con mucha fuerza en ese momento.

Pero *Marcha* no se confinó en temáticas hispanoamericanas sino que dejó entrar cuestiones relativas al Brasil; rompió, en ese sentido, esa frontera no declarada que existe entre la cultura brasileña y la cultura latinoamericana de lengua española; hay que hacer notar, sin embargo, que en Brasil la presencia latinoamericana es más fuerte

que la brasileña en el resto de los países hispanos; *Marcha* es uno de los primeros intentos modernos para reiniciar esa comunicación por la vía de la sensibilidad literaria, la percepción de problemas y, en fin, por un espíritu crítico latinoamericanista.

*Marcha* recomenzó su tarea en México, durante el exilio de Quijano; después se convirtió en los *Cuadernos de Marcha*, de la cual se ocupan actualmente, creo, mis amigos Omar Prego y María Angélica Petit, antiguos colaboradores en las etapas anteriores. Esta faceta comienza ya reiniciada la democracia, a partir de 1984 o 1985 y continúa, según tengo entendido.

*¿Cómo y cuándo surgió la planificación de la Biblioteca Ayacucho? ¿Podría hablarme sobre su participación en la fundación de dicha Biblioteca? ¿De qué manera participó Darcy Ribeiro en ese proyecto?*

Yo oí hablar de la *Biblioteca Ayacucho* durante una visita que hice a Caracas en agosto del 75; di un curso de un mes en el "Centro de Estudios Rómulo Gallegos" y, complementariamente, recuperé algunos viejos amigos; entre ellos, Ángel Rama allí que me habló de este proyecto. Poco después, en septiembre del mismo año, el proyecto se concretó. Para iniciarlo Rama convocó a una cantidad de intelectuales y escritores de América Latina a una reunión en Caracas, auspiciada por la Presidencia de la República, más concretamente por el célebre Carlos Andrés Pérez. En ese momento yo estaba en México e integré el grupo mexicano. Pero hubo muchos otros invitados: especialistas en literatura latinoamericana que estaban en Estados Unidos y en otros países, además de escritores muy conocidos como Ernesto Sábato, Juan Bosch y Augusto Roa Bastos, entre otros. Con el apoyo del gobierno se creó una entidad que dependía tal vez del Ministerio de Educación de Venezuela y que disponía de un presupuesto como para iniciar la colección. La idea era



original de Rama, pero estaba respaldada por algunos intelectuales venezolanos que figuran en los primeros volúmenes y que lo acompañaron con mucho entusiasmo. En esa primera reunión había personas como Leopoldo Zea, Carlos Real de Azúa, un personaje muy interesante de la cultura uruguaya, Tulio Halperin Donghi, un importante historiador argentino, Sergio Ramírez, entonces novelista nicaragüense y posteriormente Vicepresidente de su país, el colombiano Gustavo Cobo Borda, el mexicano José Emilio Pacheco, en fin, era un grupo grande y muy representativo en mi opinión. Entre los brasileños Darcy Ribeiro. Tal vez Eric Nepomuceno y también Sergio Buarque de Holanda y tal vez Antonio Candido.

Mucha gente de todo el continente, lo que se preveía para la *Biblioteca* era una dimensión latinoamericana, entonces muy fuerte como presencia actual e histórica, y como preocupación. Conversamos acerca de cómo debía concebirse esa colección, qué características tenía que tener. Ángel Rama tenía la propuesta, pero todos los que estábamos ahí fuimos proponiendo temas, por lo menos para los primeros textos. La idea era que se trataba de editar textos clásicos pero depurados, bien establecidos, precedidos por prólogos, estudios, cronologías y bibliografías; se trataba, en fin, de presentar una obra, un libro completo en relación con un texto que fuera relevante en la historia de la cultura latinoamericana de todas las épocas, con el objeto de ir cubriendo sus aspectos más importantes. Digo cultura y no solamente literatura y, en consecuencia, no serían excluidos aspectos menos convencionales, por ejemplo crónicas, textos históricos y otros, menos previsibles aún. Viendo la colección ya realizada, después de más de veinticinco años, puede decirse que el criterio que la guía salió de esa reunión.

En esa ocasión, un par de diarios se ocuparon del tema; uno, el tradicional, era El nacional, propiedad de la rica familia Otero, y cuyo director era Miguel Otero Silva,

un escritor muy importante, muy ligado al Partido Comunista tradicional. Él participó también en la reunión y en una mesa redonda pública en la que estuvimos juntos con Sábado, Roa Bastos y el portorriqueño Arcadio Díaz Quiñones. El otro periódico había sido fundado recientemente; algunos argentinos, como Tomás Eloy Martínez y Rodolfo Terragno, intervinieron y luego lo dirigieron durante un tiempo. Uno y otro registraron todo el acontecimiento; en sus páginas de setiembre de 1975 se puede encontrar alguna información sobre qué pasó durante esos días en Caracas y, cosa que no recuerdo, qué intervención tuvo Darcy Ribeiro.

*¿Cuáles fueron los criterios adoptados para la selección de los textos que formarían la Biblioteca?*

Los criterios adoptados para la selección de los textos eran mas bien canónicos, dar cuenta de los textos esenciales de esta cultura, por ejemplo, del Facundo de Sarmiento, o *La Vorágine* de José Eustacio Rivera, de *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, o de Os Sertões, de Euclides da Cunha, o de *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán. En principio, los más representativos de la literatura y de la cultura latinoamericana. Otra vía suponía alguna investigación como, por ejemplo, un rescate posible de textos coloniales. Los temas fueron surgiendo ahí, ya como propuestas, ya como sugerencia y fueron siendo recogidas. Ignoro cómo todo eso fue interpretado después, o sea si siguió o no lo que se había discutido en esa reunión. Pero éstos eran los criterios: por un lado, los textos consagrados y, por el otro lado, posibles textos que implicaban una cierta investigación histórica o textual.

*¿Cómo era pensada América Latina en el momento de preparación de la Biblioteca Ayacucho?*

La pregunta es interesante porque todo eso sucedía en 1975, un año problemático para América Latina. En

Venezuela subsistía un régimen democrático; dos partidos, Acción Democrática y COPEI se alternaban en el poder aunque Acción Democrática entonces predominaba. En México, el PRI, tradicional partido de orden, controlaba todo el poder y en Colombia la alternancia entre el partido conservador y el liberal estaba funcionando con ciertas garantías democráticas después de todos los conflictos que habían culminado con el bogotazo y el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, que permitió a la larga una especie de arreglo entre los dos partidos después de la dictadura de Rojas Pinilla. En Venezuela, a su vez, ese arreglo democrático sucedió a la dictadura de Pérez Jiménez. Los demás países de América Latina, incluido el Brasil, estaban ocupados por dictaduras. En la Argentina estaba terminando esa brevísima primavera democrática que implicó la vuelta del peronismo y se estaba preparando el golpe de marzo del 76, la situación era muy turbulenta. Yo, por ejemplo, ya estaba en el exilio, y no era el único. En Uruguay, a su vez, se estaban siguiendo los pasos de la Argentina. En Chile, el siniestro Pinochet ya había impuesto un sistema de terror que prometía durar para siempre. En otras palabras, hubo una escalada dictatorial en todo el continente, salvo en Venezuela, Colombia y México, Costa Rica y tal vez Ecuador, en los que el sistema democrático no parecía estar todavía deteriorado.

En este clima, la idea de la unidad latinoamericana era un objetivo, algo que había que construir o reconstruir justamente a partir de la negatividad; como no había posibilidades de diálogo de orden superestructural, entre gobiernos o entre políticas – la OEA estaba muy atrapada en esta situación y de ella no se podía esperar ninguna política latinoamericana –, porque, además, cada dictadura desconfiaba de las otras y, a lo sumo, hicieron ciertas alianzas pero para lo peor, como el llamado “Plan Cóndor”; en la realidad todas esas dictaduras miraban hacia adentro, eran más nacionalistas en el sentido fascista de la palabra,

desde la Argentina hasta las grotescas centroamericanas, como la nicaragüense o la guatemalteca. Incluso Cuba estaba entrando en una etapa de dogmatismo, entre los años 75 al 80 más o menos, que le costó mucho.

En ese asfixiante clima no había muchas posibilidades de pensar unidades latinoamericanas, no ya en un orden político trascendente o económico sino ni siquiera en el cultural. Por contraste, en el mundo intelectual, la necesidad de crear vínculos latinoamericanos se hizo muy fuerte: la *Biblioteca Ayacucho* fue una de las tentativas más importantes para hacer algo concreto y efectivo, de signo inequívocamente latinoamericano. Eso fue posible porque el mundo intelectual estaba dispuesto a crear esa comunicación. Algunos fueron protagonistas de ese impulso, como por ejemplo Ángel Rama, gran propulsor de una idea latinoamericana que consistía sobre todo en la consolidación de un sistema de relaciones, basado en el respeto mutuo y recíproco hacia las manifestaciones culturales y literarias de cada uno de los países. *La Biblioteca* era la oportunidad de construir ese espacio. El exilio, además, de intelectuales de todos esos orígenes permitía escuchar voces nacionales en dimensión supranacional, lo cual ocurría básicamente en Venezuela y en México. Esa deseada interrelación implicaba la posibilidad de escucharse, configurar planes de tipo pedagógico, de investigación y de desarrollo. Por ejemplo, el "Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas" de la UNAM tuvo como director en esa época a Rui Mauro Marini; en ese Centro había también argentinos, como Sergio Bagú, uruguayos, como Carlos Quijano, bolivianos, como René Zavaleta Mercado. Es decir, estábamos todos en interrelación, escuchándonos y conociéndonos por primera vez en dimensión latinoamericana. *La Biblioteca Ayacucho* vino a consolidar todo ese proceso, de ahí su importancia.

*¿Existen documentos (correspondencia, cartas de invitación, etc.) que registren la planificación de la **Biblioteca Ayacucho**?*

Salvo las cartas personales, no sé si existe documentación. Yo debo tener cartas de Rama hablándome de eso, pero no sé donde las tengo. Lo mejor sería investigar eso en los periódicos venezolanos y en la sede de la propia *Biblioteca Ayacucho*.

*¿Cuántos títulos editó la **Biblioteca Ayacucho**? ¿Sigue editándose?*

No sé cuántos títulos fueron publicados hasta ahora pero eso es fácil de averiguar, son muchos, muchos títulos: ya han pasado 26 años.

*¿Y quien está ahora dirigiéndola?*

No lo sé, francamente no lo sé.

*Cuando Darcy Ribeiro estuvo en el Uruguay entró en contacto con intelectuales argentinos. ¿Podría hablarme sobre eso?*

Sobre este último punto no te puedo decir nada, sobre la relación de Darcy con intelectuales argentinos en Uruguay. Yo sé que una vez participamos de un encuentro en México con él y que no estábamos de acuerdo, nos peleamos en la mesa ya no sé a propósito de qué. Me parecía que en ese momento él seguía siendo algo populista en sus ideas culturales y un poco muy apagado de sí mismo, no escuchaba demasiado, hablaba con un verbo encendido, pero nada más, no te puedo decir más nada...

Montevideo, 28 de mayo de 2002

## Luis Carlos Benvenuto

### *¿Cómo conoció al Profesor Darcy Ribeiro?*

El mismo día de su llegada a Montevideo, luego de una breve escala en la ciudad de Salto, el profesor Darcy Ribeiro se comunicó con el Rector de nuestra Universidad, Dr. Mario A Cassinoni, quien por entonces, convaleciendo de un serio problema de salud no podía concurrir a su despacho y solicitó al Director de Planeamiento de la Universidad, Sr. Domingo Carlevaro que lo fuera a saludar al hotel donde se alojaba y lo invitara a pasar por su residencia. El Sr. Carlevaro me pidió que lo acompañara en dicha gestión y ambos fuimos al Hotel Libertador (Florida 1128) donde tuvimos la agradable sorpresa de conocer a uno de los más simpáticos y cautivantes personajes que hubiéramos imaginado. De inmediato lo invitamos a almorzar y a partir de entonces se inició una amistad que, en mi caso, se prolongó durante su estadía en Montevideo. Carlevaro, al contrario, continuó manteniendo con él una relación hasta el año de su fallecimiento. Creo que en el Uruguay, Carlevaro es la persona que mejor podrá informar a Ud. sobre el Profesor Darcy Ribeiro y sus actividades en nuestro país.

### *¿Cómo fue ideada la **Enciclopedia Uruguaya**?*

Sin otros elementos de juicio, además de los que luego expondré, creo firmemente que Darcy Ribeiro fue el primer motor del proyecto y redactor de un esbozo o esquema inicial (cuya primera versión escrita tuve en mis manos en la oportunidad que se relata más abajo) que era muy

general y con pocas referencias específicas de la realidad uruguaya, lo cual refuerza mi convicción de que su redactor no era uruguayo.

Pienso que la desbordante inquietud creadora de Darcy en el terreno cultural, empleando esta expresión en el sentido más amplio del término, lo impulsaba a arrojar en todas direcciones iniciativas y proyectos que parecía “sacar de una galera”, como de un generoso torrente que brotaba sin pausas. Creo que su rica experiencia vital, su mirada de antropólogo, su reconocimiento de la complejidad de los procesos históricos, sociales y económicos, de las ciencias, las artes, la técnica y la civilización, constituían la rica cantera que alimentaba su creatividad y otorgaba una inconfundible peculiaridad a todo lo que de allí surgía. Su necesidad, su capacidad de comunicación y de convicción, su sensibilidad frente a observaciones u objeciones, que atrapaba al vuelo de inmediato, le permitían sacar de su galera un proyecto nuevo y perfeccionado, así como el entusiasmo que irradiaba, eran las armas o instrumentos con que impulsaba y despertaba en otros, fuerzas creativas que transformaban sus propuestas en realidades de cuya “paternidad o propiedad” se desentendía con una displicencia que estaba en consonancia con su bien ganado sobrenombre de “Emperador”. (Carlevaro conoce bien el divertido episodio que dio origen a aquel mote).

En segundo término y para adentrarnos un poco más en el tema de su pregunta, el germen del proyecto, me importa señalar que Darcy, en ocasión de solicitarme en préstamo libros sobre la historia del Uruguay o sobre muchos otros temas (no debe olvidarse que llegó al país sin biblioteca) en numerosas ocasiones, me manifestó su extrañeza ante la unilateralidad y limitaciones de la inmensa mayoría de los estudios históricos en nuestro país. Lo cual por entonces era rigurosamente cierto. Los estudiosos e

investigadores, salvo incipientes y muy escasas excepciones, trabajaban en compartimentos estancos. Las metodologías, terminologías o conceptos corrientes en ciencia política, sociología, economía, demografía, agricultura, literatura, lingüística, etc., que desde hacía un siglo venían enriqueciendo los estudios históricos en los países más desarrollados, eran inaceptables para la historia política "oficial", cuyos popes de inmediato descalificaban o condenaban con el despectivo mote de "ensayo" la totalidad del trabajo.

Muchas veces Darcy mencionaba autores y estudios brasileños o de otras nacionalidades, para ejemplificar la idea que quería exponer. Más arriba subrayé *Técnica y Civilización*, título del libro de Lewis Mumford que me pidió en una oportunidad, al recordar ahora que constituyó, precisamente, el pretexto para una de nuestras conversaciones sobre el tema que estamos tratando. (Debo aclarar que si bien digo "nuestras conversaciones", por suerte para mí, casi siempre el que hablaba y ponía las ideas sobre la mesa era Darcy).

Hacia fines del año 1967 fui invitado por Ángel Rama a concurrir a casa de Darcy para cambiar ideas e informarme acerca de un proyecto que tenían entre manos. Fue entonces que Berta nos distribuyó copias de un listado de temas, que abarcaba casi dos carillas, dactilografiadas por ella misma, en un pintoresco "hispanogués", que constituyó el documento, más arriba mencionado, a partir del cual comenzamos a desarrollar el proyecto, que aún no tenía nombre definido. Ese anteproyecto constituía algo así como un esqueleto sin carne ni piel que fue necesario agregar y aplicar a la realidad uruguaya. No tengo otros elementos de juicio, más que los ya expuestos, para opinar acerca de qué proporción de aquel esquema inicial correspondía a Darcy o a Ángel, ni quien de ellos tuvo la iniciativa, ni si hubo otras instancias que desconozco. Me inclino a pensar que estamos frente al típico caso de esas



ideas que surgen de una labor colectiva y nadie puede reivindicar la paternidad. A partir de ese momento el esquema inicial fue objeto de innumerables añadidos, correcciones, modificaciones, en una tarea de equipo a la cual se incorporaron otras personas (Julio Bayce, Alberto Oreggioni, Jorge Rufinelli, Julio Rodríguez, entre otros) y sin que por ello Darcy y Ángel hayan disminuido su protagonismo inicial. Al mismo tiempo se fue elaborando una lista tentativa de personas a invitar para hacerse cargo del desarrollo de cada uno de los temas.

La *Enciclopedia Uruguaya* estuvo constituida por una serie de capítulos que se publicaron semanalmente, durante más de un año, e iban acompañados cada uno de los por un fascículo o cuaderno literario que recogía una variedad de textos literarios, documentos históricos, antologías, etc., precedidos por una presentación o breve prólogo. La selección y dirección de estos cuadernos sí podemos atribuírsela total y exclusivamente a Ángel Rama, quien no obstante, en varios casos, encomendó dicho trabajo a otras personas, entre las que me incluyo.

Para la publicación de la *Enciclopedia* se constituyó una sociedad ad hoc, denominada Editores Reunidos, cuyo capital inicial estuvo constituido, entre otras, por una importante contribución económica de Darcy, a quien se la fuimos reintegrando en etapas, luego que la empresa comenzó a dar utilidades. Recuerdo haber entregado el saldo a Berta Ribeiro, en la ciudad de Río de Janeiro en 1974 o 1975, sin haber tenido entonces la posibilidad de ver a Darcy, que estaba fuera del Brasil. Editores Reunidos se asoció con Editorial Arca, que también aportó parte del capital para emprender la tarea editorial.

Ud. me pregunta por qué no figura el nombre de Darcy Ribeiro en la contracapa de la *Enciclopedia Uruguaya*. La razón es bien simple: por su condición de asilado político no podía ni hubiera sido prudente tener

actuación pública con connotaciones que pudieran ser consideradas molestas por las autoridades. En esa época, los Tupamaros ya tenían una actuación más que notoria, sólo se los podía nombrar con términos permitidos por el gobierno, nada que aludiera a sus objetivos podía hacerse público, era frecuente que para referirse a ellos se hablara de "Los Innombrables". Las clausuras de órganos de prensa eran frecuentes, el autoritarismo crecía en paralelo, tal vez debiera decir más rápidamente que la actividad de los propios Tupamaros y se manifestaba en muchísimos campos que poco tenían que ver con la actividad por ellos desplegada.

A partir de la maduración del proyecto y de la puesta en marcha de la Enciclopedia, que sufrió algunos cambios y retoques a medida que avanzaba en su publicación, si se exceptúa su trabajo como redactor del capítulo España de la Conquista, y los juicios y opiniones que tuvo la amabilidad de formular sobre los originales de algunos de los capítulos cuyo texto le solicité que leyera antes de proceder a su publicación, no se puede afirmar que Darcy haya tenido otra participación importante, más que algunas esporádicas visitas a la editorial. En esas ocasiones solíamos festejar su presencia con alguna copa de vino, interrumpiendo las tareas y rutinas propias de una publicación periódica, antes que él mismo las paralizara con una incontenible y deslumbrante locuacidad que nadie se atrevía ni deseaba interrumpir. (Ver fotografía anexa, que desearía poder recuperar). Además, muy pronto, Darcy se embarcó en muchas otras actividades y proyectos.

A sus preguntas sobre cuál fue mi función como Director Ejecutivo del proyecto y si escribí para la Enciclopedia, debo responderla que fui contratado para hacerme cargo de la puesta en marcha y posterior seguimiento del proyecto, en todo lo que concierne al contacto con los autores y no me refiero solamente a la

obvia tarea de exponerles lo que se esperaba de ellos en cuanto al contenido de los textos, extensión de los mismos, a la coordinación de los trabajos de autores que trataban temas muy vinculados entre sí, a comprometerlos con el cumplimiento de los plazos de entrega y "perseguirlos" luego si no cumplían con el cronograma trazado, a la lectura de los originales entregados y en algunas ocasiones volver a reunirme con el autor para discutir y ajustar el texto o derivarle esta última tarea a Ángel Rama en los casos más delicados, así aludo a la susceptibilidad de algunos autores, que Ángel podía y sabía manejar mejor que yo. Me correspondía además la tarea de controlar las pruebas de imprenta, así como el compaginado y armado de cada número.

En cuanto a si escribí para la *Enciclopedia*, en efecto lo hice, pero "obligado" por la picardía de Darcy y Ángel, quienes habiéndome invitado y contratado desde un principio para las tareas que más arriba menciono, luego sobre la marcha y con plazos perentorios, me arrojaron encima la responsabilidad de "obligarme" a escribir. Y así fue como tuve que redactar dos capítulos de la *Enciclopedia* y presentar o seleccionar los textos de varios cuadernos. También, y siempre presionado por motivos que no es del caso mencionar aquí, cometí el pecado de perpetrar una *Breve historia del Uruguay* (En Montevideo, colección Bolsilibros de la Editorial Arca, que también fue editado en el mismo año de 1967 por EUDEBA, Buenos Aires). Tuve, además que "acatar" las órdenes de mi superior, el Ingeniero Maggiolo, por entonces Rector de la Universidad, y hacerme cargo de la coordinación y presentación de un volumen denominado *Uruguay Hoy*, que se editó en Siglo Veintiuno, Buenos Aires, en 1971. Esta obra estaba proyectada por sus editores como segundo número de una serie, iniciada con *Chile Hoy*, cuya publicación casi coincidió con el golpe de Pinochet. Tampoco fue muy afortunado

*Uruguay Hoy*, del que llegaron muy poco ejemplares a Montevideo, siendo secuestrado el resto de la edición. Recuerdo en este momento el buen humor de Carlitos Real de Azúa, quien al entregarme los originales del trabajo, me dijo no sin algo de razón: "No se si este trabajo provocará mi encierro por parte de las autoridades en algún cuartel o de los Tupamos en su "Cárcel del Pueblo".

En cuanto a tu primera pregunta acerca de si en el Uruguay estaban dadas algunas condiciones socio culturales que posibilitaran publicaciones como la *Enciclopedia Uruguaya* debo responder que si se entiende "condiciones" como una política o un conjunto de incentivos por parte de autoridades preocupadas por fomentar y proteger el desarrollo de actividades intelectuales, de impulsar la cultura, en cualquiera de sus manifestaciones, en cumplimiento de una obligación básica del Estado, o como manifestación de algún "mecenazgo" o filantropía de origen privado, mi respuesta es rotunda: no estaban dadas las condiciones. Si por el contrario se interpreta "condiciones", como una inquietud, una ansiedad, una aspiración, un deseo, no sólo de gritar, cantar, expresarse y comunicarse, sino también como su correlato, una necesidad, un apetito de conocimiento, información e interpretación de una realidad social, económica y política que la mayoría de los uruguayos sentía cada vez más complicada, dura, sombría y cargada de asechanzas, la respuesta es decididamente afirmativa. Incluso serían fácilmente cuantificables estas condiciones desde varios ángulos y perspectivas. Una de ellas podría ser una simple evaluación de la demanda y consumo de libros y revistas. Muy poco antes había dado inicio el "boom" editorial, alcanzando la mayoría de las publicaciones unos tirajes realmente excepcionales para una población que sólo contaba con tres millones de habitantes. Además de la *Enciclopedia Uruguaya* nace, casi simultáneamente una importante serie

de librillos sobre temas y autores nacionales: *Nuestra Tierra*. Coexisten con los Bolsilibros de Editorial Arca, la colección *Bolsillo de Banda Oriental*, *Libros de Bolsillo de Siglo Ilustrado*, *Cuadernos de Marcha*, etc. Dejo de mencionar un importante número de otras obras literarias nacionales y extranjeras y de estudios históricos, sociales, económicos, pedagógicos, y de casi todos los campos de la ciencia que se publicaron por entonces.

Montevideo, 19 de junio de 2002



Equipo de la *Enciclopedia Uruguaya*

De izquierda a derecha están Darcy Ribeiro, Eduardo Irazábal, Julio Bayce, Alberto Oreggioni, Luis Oreggioni, Luis Carlos Benvenuto, Ángel Rama, Julio Rodríguez y supuestamente Jorge Ruffinelli.

Esta foto es original y un regalo lleno de emoción y recuerdos, que me ha sido concedida por Luis Carlos Benvenuto. Gracias por tan generosa contribución.

Montevideo, 29 de julio de 2002.

## Domingo Carlevaro

### *¿Cuándo conoció a Darcy Ribeiro?*

Lo conocí el mismo día que él llegó a Montevideo. Darcy salió de Brasil en una avioneta que tomó en Porto Alegre. Venía acompañado sólo por un secretario. Esa avioneta iba para Buenos Aires, pero bajó en Salto, a 500 kilómetros de Montevideo, sobre el río Uruguay, no sé si por un desperfecto, por falta de combustible o porque el tiempo estaba malo en Buenos Aires. Bajó y fue a un hotel. O sea, ya sabía que se quedaba, porque si fuera por algo momentáneo como la falta de combustible, cargaba y seguía. Fue a un hotel, dejó sus valijas allí, y se fue a las Termas del Daymán. Allí estaba Darcy, bañándose en la piscina de aguas termales, supongo que relajándose de tanta tensión cuando llegaron el Intendente del Departamento y el Jefe de Policía. Ellos se habían enterado de que había un brasileño importante que había bajado en una avioneta. Salto es una ciudad de 100.000 habitantes, y vivía muy de cerca todo el proceso de Brasil, por lo que fue una sorpresa enorme la llegada de Darcy, nunca pensaron que iba a aparecer por ahí un personaje importante en una avioneta.

Entonces fueron a verlo, lo saludaron muy amablemente, y muy correctamente se pusieron a su disposición, porque en ese momento había como una atracción del Uruguay hacia el exiliado político. El Uruguay siempre tuvo exiliados políticos, y gente muy importante, como Paz Estensoro, el boliviano, vivió en Uruguay en esa época. Los argentinos, en la época de Perón, se habían exiliado en el Uruguay.

Todo eso hizo que lo fueran a saludar, sin tener la menor idea de lo que iba a pasar. Ellos le preguntaron a Darcy qué era lo que pensaba hacer. Y Darcy dijo (creo que lo pensó en ese momento) "voy a pedir asilo en el Uruguay". Los otros abrieron los ojos, porque el piloto les había dicho que estaban de pasada para Buenos Aires. Ese era el programa. La esposa de Darcy se había ido a Río para alquilar el apartamento y así tener algún ingreso cuando estuvieran en el exilio, porque sabían que no iban a volver. Darcy les dijo eso, y ellos dijeron que iban a transmitirle al gobierno esa noticia porque ellos no podían tomar ese tipo de decisión.

El gobierno del Uruguay tomó una decisión que lo honra mucho, porque había presión brasileña para que no le dieran asilo ni a Darcy ni a nadie. El Presidente, en ese momento, era Fernández Crespo que tuvo desde el principio una posición muy clara, diciendo que el Uruguay había hecho un culto del derecho de asilo y que no podía incumplir cuando correspondía, que había que dar asilo político. Brasil lo aceptó, y Darcy vino a ser como la vanguardia, el primero que llegó, abrió ese camino. Lo cuento, porque lo pinto a Darcy como era: un hombre muy inteligente, muy decidido, y con una imaginación fenomenal. Creo que en el momento en que le preguntaron, él decidió quedarse acá.

Entonces vino a Montevideo, y llamó por teléfono al Rector de la Universidad que había trabajado con él en un Grupo. En ese Grupo había tres Rectores latinoamericanos (Darcy, de la Universidad de Brasilia, Cassinoni, de la Universidad de la República, y Richieri Frondizi de la Universidad de Buenos Aires) y tres Rectores más de importantes Universidades de los Estados Unidos. Ese grupo de seis rotó por cada una de las Universidades y se hicieron muy amigos entre sí. Conocieron las seis Universidades con las explicaciones que cada dueño de



casa daba, y compararon los respectivos sistemas educativos. Fue un programa muy lindo, que funcionó muy bien. Además, los norteamericanos estuvieron muy bien, no actuaron como un grupo de propaganda. Quedaron todos muy amigos, y cuando Darcy llegó a Montevideo, dijo "llamo a mi amigo Cassinoni".

Cassinoni le dice a la señora que no podía atenderlo, que estaba muy mal, pero le pidió que me hablara. Cassinoni estaba enfermo, en un período bajo de una larga enfermedad, un cáncer. Yo era estudiante de Derecho, delegado estudiantil en la Comisión de Asuntos Universitarios, por tanto, tenía una relación muy grande con todo eso. Y así fue como conocí a Darcy.

La señora de Cassinoni me llamó diciéndome que Darcy había dado como dirección la del Hotel Libertador. Yo fui al hotel, a decirle que iba a ponerme a sus órdenes, que me mandaba el Rector, y lo invité al Profesor Benvenuto, que era Secretario de Cultura de la Comisión de Cultura de la Universidad. Le dije "Carlos, vení, vamos los dos", por lo menos era una delegación, no era yo sólo. Fuimos, Darcy bajo encantado y le explicamos lo de Cassinoni. Él después fue a verlo.

Lo invitamos a cenar, y él encantado nos dijo "miren que yo no quiero ser un exiliado español", refiriéndose a los exiliados de la Guerra Civil que salieron pensando que iban a volver al día siguiente, y no volvieron por mucho tiempo. Darcy no quería tener la mentalidad del exiliado español, pendiente de todo lo que pasaba en España y que no se abría a otras realidades y entonces se resecaba, era como una mariposa clavada en la colección.

Fue una maravilla, así, deslumbrante como era Darcy, simpático, inteligente, chispeante. Hablábamos de cualquier cosa, y él ya no daba una solución "¿no hicieron esto? ¿No hicieron aquello?", y no una solución, sino todas las necesarias, porque se le ocurrían una atrás de la otra.

Tenía creatividad, una inteligencia creativa, todas las soluciones eran posibles.

Yo fui muy amigo de él, todo el tiempo. Él decía que yo era el “irmão” que tenía acá, y me cambió el nombre. Yo me llamo Domingo, me decían Mingo, y él decía que Domingo es muy feo, entonces me decía Mongui. Todos los libros que tengo dedicados por él, son para Mongui. Nos hicimos muy, muy amigos, y con Berta también, que era una mujer extraordinaria. Ahora, mire lo que son las casualidades, el destino o lo que quiera. Berta había ido a Río, y quedó en encontrarse con Darcy en Buenos Aires. Tomó un avión Río – Buenos Aires. Ese avión hizo escala en Montevideo, siguió, pero no pudo aterrizar en Buenos Aires por niebla, así que volvió a Montevideo. Llevaron a los pasajeros en tránsito a un hotel, para esperar y salir al día siguiente. Berta entonces llamó al único teléfono que tenía de Montevideo, el de Cassinoni. Ahí se enteró que Darcy estaba en Montevideo.

La señora de Cassinoni se sorprendió y me llamó a mí, y me dijo que la fuera a buscar al hotel. Yo pasé primero a buscar a Darcy, entramos al Nogaró, y pregunté en la recepción por ella. Berta bajó, nos conocimos, era una señora encantadora, y le dije “ahora tengo una sorpresa inmediata para ti” y la llevé al saloncito donde estaba Darcy. Ella esperaba que le diera información, que fue lo que le dijo la señora de Cassinoni. Ahí yo quedé en estrecha relación con los dos. Más adelante, el Rector indicó que Darcy debía ser contratado, y lo planteó a la Facultad de Humanidades. El decano en ese momento era el Dr. Arturo Ardao, que por supuesto lo contrató para un curso de Antropología, y de inmediato pidió que se le diera la dedicación total.

Además, empezaron a llegar a Montevideo los demás exiliados, Goulart, Brizola, una cantidad, todos a Montevideo. Se portaron todos bien, nunca les hicieron la menor

observación por interferir en asuntos del país, y tampoco hubo ninguna queja del gobierno brasileño provocada por ellos.

Ahí fue que lo conocí. El primer día estaba en Salto, el segundo día lo conocí y fuimos a cenar, y allí mismo hicimos planes, porque el Rector quería que trabajara en la Universidad. Después salió lo de la dedicación total, porque los sueldos aquí son muy bajos, un profesor no gana nada. Eso para él fue importante. Las clases de Darcy se llenaban, había que hacerlas en el salón de Actos. Iba todo el mundo, alumnos de la Facultad, profesores, gente que se enteraba. Las clases las daba de tardecita, de 6 a 8, y él estaba encantado porque tenía el día entero para trabajar en Antropología, que era el antídoto para sobrellevar la situación política. Él tenía que sumergirse en algo que no tuviera que ver con la política, porque si no, le hubiera venido un bajón que por más energía que tuviera, iba a ser muy grande.

Acá trabajó, publicó los libros de Antropología, el más importante que escribió lo publicó acá. Él trabajaba todo el día ayudado por Berta que también era antropóloga. De noche, íbamos a la casa de ellos, organizábamos algún programa, los llevábamos al teatro. Yo era como un nexo. Había gente como Ángel Rama, Ardao, y otros profesores, que enseguida se relacionaron con ellos, y los invitaban a sus casas. Ellos se sentían bien tratados.

Vivían en 21 de Setiembre y la Rambla, con vista al mar. Ellos nunca hablaron de sus problemas económicos, entonces por ejemplo, yo que era soltero y más joven, si tenía alguna cosa buena, *whisky* o lo que sea, lo llevaba para allí y lo tomábamos. Darcy decía "nunca tuve tanto cognac francés como acá". A Darcy no le gustaba mucho salir. Él se reunía en la casa. Estaba todo el día trabajando. Se sacaba los zapatos y se cruzaba las piernas arriba del sillón. Berta le decía "Darcy, ponéte los zapatos", y él no

se los ponía, no porque le molestaran, sino porque sin zapatos se sentía más cómodo.

Alguna vez escribió que Uruguay le sirvió para publicar sus mejores cosas de Antropología: *Las Américas y la civilización*, por ejemplo. No las novelas. Yo no sabía nada de Antropología, pero él discutía conmigo. Como lo único que tengo es sentido común, el siempre me decía “¿qué te parece?”.

Vivió en un país del que se sintió parte, porque él quería muchísimo al Uruguay. Además, en la Universidad, escribió lo que se llamaba *Sobre la Universidad Latinoamericana*, que después quedó *La Universidad necesaria*. Hubo muchas versiones de ese libro, y él puso una nota que decía que ese libro lo había escrito en el Uruguay, y también puso alguna mención de cariño por la Universidad uruguaya. Hizo que eso se mantuviera en todas las traducciones, porque las lealtades de Darcy eran firmes.

Otra cosa que me gustó mucho de Darcy, fue que cuando llegué a Brasilia la última vez que lo vi, había donado toda su biblioteca a la Universidad de Brasilia en nombre de Berta y Darcy Ribeiro. Él me lo dijo desde el principio porque sabía que yo la quería mucho a Berta, y me iba a dar una alegría. Lo cierto es que al hacerlo él no dudó. Hacía años que se había divorciado de Berta y se había casado de nuevo. Bueno, ese matrimonio le debe haber hecho apreciar mucho más a Berta todavía, pero tenían una relación que fue más allá de la muerte. Él mismo me decía “la bandida no quería ser menos que yo y también se agarró un cáncer, y todavía se cree que se va a morir antes que yo”. Era capaz de decir eso para no llorar.

*¿Qué recuerda sobre las actividades conjuntas en las que Darcy participó?*

Creo que puedo hablar bastante sobre las actividades de Darcy en la Universidad, porque desde el día en que lo

conocí y le comuniqué la idea del Rector de designarlo como profesor, estuvo en esta Universidad.

Darcy tenía la dedicación total. Ahora mismo no hay muchos profesores que la tengan, aún cuando los sueldos no son suficientemente buenos, mucha gente no puede tener la dedicación total porque tiene que trabajar en dos trabajos, para ganar más que con la dedicación total.

Pero Darcy la tenía, y la cumplía en sus clases en la Facultad de Humanidades y en todas las invitaciones para dar conferencias, o participar en mesas redondas o en debates. Él se consideraba hombre de la Universidad, tan obligado como cualquiera de nosotras a estar en las cosas de la Universidad, buenas o malas, pero participar. Y desde luego, le tocó, dio clases extras, de otros temas y de otros lugares. Participó también en tribunales de concurso, que a veces eran para docente. Por ejemplo, en la Facultad de Derecho, en la Escuela de Servicio Social (ahora pertenece a la Facultad de Ciencias Sociales, pero en ese entonces no existía la Facultad de Ciencias Sociales). En esos tribunales hacía de todo como buen académico que era, y le dedicaba todo el tiempo que necesitaran, se leía todos los trabajos, porque era su responsabilidad como miembro del tribunal. De modo que todo el mundo sentía que él se incorporó a la Universidad como un igual, no como un superhombre. Lo que él tenía, era la gran facilidad de que desde su casa, sin moverse, hacía el doble del horario que la dedicación total le exigía. Él prácticamente no salía, y escribía de todo continuamente. Todo eso formaba parte de su trabajo. A nadie se le ocurría decir que Darcy tenía que trasladarse con toda su biblioteca a la Facultad para cumplir el horario, poner la tarjeta burocráticamente, que es lo que se hace con los profesores nuestros. Con Darcy hubiera habido un levantamiento si a alguien se le hubiera ocurrido esa peregrina idea.

Darcy fue una persona que a la gente le parecía natural que en cualquier reunión que se hiciera, de docentes, de

gente universitaria, participara y dijera lo que se le ocurría. Nunca tuvo que decir, bueno, yo no soy uruguayo, no soy de esta Universidad, no conozco a fondo la situación, o alguna cosa de ese tipo. Esas declaraciones para Darcy estaban de más absolutamente. Estaban de más porque todo el mundo quería que opinara, entonces ¿porqué iba a pedir disculpas por opinar? De ninguna manera.

*Darcy dictó cursos de verano en la Facultad de Arquitectura. ¿Cómo eran? ¿Cuál era el público de esos cursos?*

Los cursos de verano no eran regulares, eran cursos extraordinarios. Poco antes de que viniera Darcy, habían empezado a hacerse esos cursos, y se llegó a un acuerdo entre la Universidad de Buenos Aires, la nuestra y la de Chile para hacerlos en fechas sucesivas, de tal modo que podían trasladarse. Incluso becábamos a algunos alumnos para que fueran a los otros países. Después se agregó la Universidad San Marcos, de Lima, pero fue por poco tiempo.

Las tres primeras coordinábamos los temas. Los cursos de verano tenían dos públicos: el del interior del país, profesores de enseñanza media, y maestros de escuela. De mañana se hacían grupos, relacionados con el tema que ellos pedían: los maestros temas de pedagogía, de didáctica, por ejemplo. Había cursos para médicos, y para otros profesionales. A los médicos los mandábamos a las clínicas de la Facultad de Medicina (al Hospital de Clínicas o a otros). Los cursos eran de asistencia libre. Las becas cubrían el alojamiento y la comida. Se armaba un grupo, se hacían amigos. Era un público muy receptivo, efervescente, que podía pedir el curso que quisiera.

En la tarde, había cursos importantes de todas las áreas, Economía, Historia, Arte, pero tenía que ser un curso con gente de alto nivel, y que les interesara a todos los participantes. Con las otras Universidades coordinábamos los cursos de la tarde, no los de la mañana. Venían "nombres" muy importantes.

Primero iban a Buenos Aires, luego a Montevideo, y por último a Chile. Daban el curso en los tres lados, con diferente público. Se llenaban las clases en enero y febrero, duraban dos semanas. Darcy no podía ir ni a Buenos Aires ni a Chile, por lo tanto el público de Darcy venía para acá. Él daba cursos para todo público, podía dar cursos de lo que fuera, por ejemplo, cursos sobre instituciones educativas. Nunca quiso hacer cosas de política, porque en su condición de exiliado no podía participar. Darcy era una atracción en cualquier tema. Era un hombre muy culto. No decía "portuñol", sino "hispanogués" porque le parecía que sonaba mejor.

Darcy se hizo muy conocido, por eso en *Marcha* le pidieron algunos artículos. Ese semanario, dirigido por el Dr. Quijano (un abogado y economista) era muy fuerte culturalmente. Tenía páginas de cine, de teatro, de crítica literaria. Era de primera en el mundo, un lujo para el Uruguay. Existió más de 30 años.

El Uruguay, como país chico, era muy abierto al exterior, sobre todo a lo europeo. Mucha gente joven tuvo becas, y al volver, seguía en contacto y leyendo lo de allá. Comentaban los estrenos franceses como si estuvieran allá. Claro, se estrenaba una película en París, y al mes se estaba viendo aquí. Venían las películas porque se sabía que había público para eso.

El Uruguay fue un país que con las guerras mejoró su economía. La industria estaba transformada en industria de guerra. En la última guerra mundial, me acuerdo de los festejos por la toma de París. Acá se hizo enseguida la discusión por la bomba atómica. Éramos antinazis y antifascistas.

*Darcy realizó muchos seminarios en la Universidad de la República. ¿Podría hablarme sobre eso?*

Sí. Esos seminarios no se hacían en la Facultad de Humanidades, sino en el Edificio Central de la Universidad,

en el Paraninfo, o en el Salón del Consejo. Para alguno de estos seminarios, Darcy fue invitado por la gente interesada. Por ejemplo, para el seminario sobre "Cultura de la pobreza", o sobre "La posición social de la mujer uruguaya" los interesados lo invitaron a él a participar.

Darcy había hecho el proyecto de la Universidad de Brasilia, y hubo seminarios sobre enseñanza. Él tenía discrepancias muy grandes con el modelo napoleónico que teníamos. Nosotros coincidíamos con esas discrepancias, y también con el Rector de la época. Maggiolo presentó un plan de reformas, el "Plan Maggiolo", en el que la influencia de Darcy fue muy importante. En ese seminario, Darcy planteó el modelo que había utilizado para Brasil, que era con Institutos Básicos, luego venían las Facultades.

Al principio los estudiantes ingresaban a la Universidad y tomaban los cursos básicos, con un sistema de créditos. Era un buen modelo, y no había nada para asustar a nadie. Era un ciclo básico común, y era otra la formación que tenía cualquier estudiante para ir luego a cualquier lado. A los estudiantes de Ciencia y Tecnología les hacía bien conocer la Literatura y la Historia; y a los de Letras y Humanidades, les hacía bien el contacto con la Ciencia y la Tecnología. Darcy proponía los Institutos Básicos, y luego, a partir de ellos, empezaban las carreras. Por ejemplo, el tipo que quería ser ingeniero químico, tomaba muchos créditos en Química, y entonces tenía un perfil de ingeniero, pero con otra orientación.

*¿Darcy conoció acá a intelectuales argentinos?*

El principal, con el que hizo más amistad fue el Dr. Sadoski y la señora. Los dos eran doctores en Matemáticas, y Sadoski había sido desplazado. Había sido Decano de la Facultad de Ciencias en Buenos Aires. Primero fue maestro de escuela, porque era de una familia de judíos rusos, se hizo maestro de escuela como estrategia para seguir



estudiando. Luego hizo la Licenciatura en Matemáticas en la Universidad de Buenos Aires. Ahí conoció a su mujer, que venía de Entre Ríos. Ella era la hija de un caudillo radical, que cuando supo que la hija estudiaba Matemáticas no le gustó nada, pero cuando supo que además, se había ennoviado con otro matemático, judío y pobre, menos le gustó. Pero Sadoski se lo conquistó.

Todavía vive Sadoski, yo lo llamo por teléfono muy seguido. Tiene 89 años, está perfecto. La señora murió en Estados Unidos. La hija se había ido a los Estados Unidos, y ellos se fueron a pasar las fiestas con ella, única hija. Vivía en el mismo edificio que Ángel Rama. Sadoski y el yerno, que es biólogo, se fueron por dos días a una reunión de científicos "Ciencia y Sociedad", y mientras estaban allí, la señora que estaba muy bien, estaba tomando un café con Ángel Rama, perdió el conocimiento y se murió. Darcy se enteró, me llamó por teléfono para saber si yo sabía algo de, y como estaba la cosa, y me dijo "esta Cora, la muy bandida, sin pedirnos permiso a ti o a mí se murió, así no más, sin pedirnos permiso". Era la forma que Darcy tenía para decir que no debía haberse muerto.

Sadoski fue el que introdujo la computación en la Argentina y después en el Uruguay. Vinieron acá para instalar el Centro de Cálculo, en la Facultad de Ingeniería, y ahí se conocieron. Con Darcy discutían muchísimo, porque a Darcy le gustaba hablar de otros temas. Cora era muy discutidora, y además de matemáticas, había leído mucho de otros temas, de ciencias políticas, de política, novelas, o lo que fuera. Además tenía posiciones muy fuertes. Darcy disfrutaba con los encontronazos con Cora. Además, le tenía los puntos tomados, y lograba hacerla enojar, con lo cual él se reía porque había conseguido el resultado que quería. La quería muchísimo, pero sabía que al final, si le decía algún disparate sobre política, por ejemplo, hablándole bien de Perón, ella se iba a enojar.

Cora sabía las cosas buenas de Perón, pero no toleraba que se las dijeran, porque había sufrido todo lo malo de él. Entonces, Darcy por gusto se lo decía, lo engrandecía aunque no lo considerara un grande, pero con eso hacía enojar a Cora y él se reía muchísimo.

*¿Darcy se reunía con otros brasileños exiliados?*

Sí, Darcy salía a reunirse con otros brasileños. Me acuerdo que yo estuve en una de esas reuniones, y a Goulart le decían Señor Presidente, cosa que a mí me resultó rarísima. A Goulart lo conocí bien, una vez me traje de Punta del Este, conversamos todo el viaje. Como el propio Goulart dijo "hoy vamos a poder conversar porque no viene Darcy con nosotros", porque Darcy era tan conversador que no hablaba nadie, y Goulart era más bien callado. Era muy agradable, tengo un buen recuerdo de Goulart. Era estanciero. Hizo represas, y ganadería avanzada en el campo que compró en San Carlos, un pueblo que está a 20 kilómetros de Punta del Este. Lo compró ahí porque a la señora le gustaba mucho Punta del Este. Ella iba y venía. Él debe haber ido alguna vez, a alguna reunión o algo así, pero no le gustaba.

A Darcy tampoco le gustaba. Yo lo llevé. Tenía unos amigos que poseían un apartamento antiguo, sobre la punta con un panorama impresionante. Fuimos en verano a lo de estos amigos. Le dimos a Darcy y a Berta el mejor dormitorio. Berta había llevado la guitarra y cantaba canciones folklóricas preciosas. Estos amigos tenían a una persona de servicio que era negra y que le encantaba escuchar cantar a Berta.

Darcy y Berta no eran de hacer vida social. No les gustaba eso. Los dos eran muy alegres. Extrañarían, pero siempre se sintieron muy rodeados y se hicieron de muchos amigos. La gente los quería muchísimo. Claro que Darcy extrañaba, pero él estaba con nosotros. No quería estar en la posición de estar pendiente de lo que pasa en Brasil.

Fue un privilegio para mí ir a su casa, porque Darcy iba muy poco a las otras casas. Alguna vez vino a mi casa, pero porque venía algún brasileño que él quería presentarme, como una vez que vino y trajo a Gláuber Rocha, un joven director de cine, que él apreciaba mucho.

*¿Por qué Darcy se consideraba como "emperador" del Brasil?*

Darcy contaba una anécdota muy divertida, y quizás ésa fue la primera vez que pensó en ser emperador. Él había ido a Río, que conocía poco, porque desde chico había ido mucho a San Paulo, estudió en San Paulo, pero conocía poco Río. Fue, y entre otras cosas, fue a visitar el Museo "Imperial" en Petrópolis. Tenía una recomendación especial para la directora de alguien muy importante que era amigo de ella, de modo que fue bien recibido. La directora le mostró todo lo que tenía que mostrar, incluso fuera de exhibición en el Museo, y él, como era su costumbre, todo el tiempo preguntaba "¿y esto por qué está así y no de esta otra manera?" Sugería cosas porque no podía nunca con esa condición, y lo hacía con la mejor buena fe, como corresponde, porque le parecía que daba un consejo y quedaba bien. Entonces la directora, que lo había recibido muy bien, en cierto momento parece como que se retrae, que cambia de actitud, y estaba como temerosa. Ahí Darcy piensa que ella cree que él aspira a la dirección del Museo. Entonces Darcy le dice "pero querida, yo no quiero ser director de este Museo, no tenga miedo. Yo lo que quiero ser es 'emperador del Brasil'".

*Me gustaría que me contara sobre la lectura del Quijote por los indios.*

Bueno, muy bien. Ese cuento me acuerdo que me gustó muchísimo. Después que se recibió, Darcy fue

primero al Pantanal, y después a Amazonas. Ahí estaba viviendo en una tribu con los indios. Se había hecho amigo, es decir, hizo todo el trabajo previo que el antropólogo tiene que hacer para convivir. Y estaba muy bien, los estimaba mucho, pero bueno, estaba solo. Él para muchas cosas estaba solo, y había pedido que le mandaran una cantidad de libros, y también novelas, para variar de tema, y pasar las horas del día. Tenían que venir en barco. Un día llegó el barquito, y bajaron varias cajas de libros, y Darcy se quedó muy contento, empezó a abrir y sacar todo. Después los acomodó por ahí, encontró el *Quijote de la Mancha*, de Cervantes, uno de los que había pedido. Se acostó en la hamaca paraguaya a leer el *Quijote*, y en algunas partes especialmente divertidas, cómicas para él, empezó a reírse. Bueno, más tarde salió a dar una vuelta, a caminar o a recorrer para buscar algo, más o menos lejos de ahí. Cuando volvió, se encontró con el jefe de la tribu que estaba acostado en la hamaca, con el *Quijote* en la mano, en la misma posición que había estado él, y riéndose a carcajadas, como si estuviera leyendo el libro. Darcy se frenó, y se dio la vuelta, para que el hombre no se sintiera avergonzado frente a él, porque había visto lo que estaba haciendo. Claro, el prestigio de Darcy debía de ser mucho, entonces el hombre quería tener la sabiduría de él, y por lo tanto, reírse de las mismas cosas que Darcy. Era eso.

Hay otra anécdota que me gusta contar, porque muestra su velocidad de creación. Darcy tenía una creatividad extraordinaria, era una especie de manantial del que surgían ideas. Cuando uno lo consultaba sobre algo, le daba una solución. Si uno le ponía un reparo que esa solución no servía por esto y por esto, él le daba otra solución, y otra y otra hasta una definitiva. No le costaba ningún esfuerzo. Y eso siempre en un tono un poco entre broma y serio, pero la daba en serio. Nunca le molestaba

que uno le dijera que esa solución no servía. Jamás. Nadie puede haber dicho nunca que Darcy se molestó siquiera por alguna discrepancia que tuviera. Eso no entraba en su personalidad.

Bueno, el hecho es que hacía tiempo que no nos veíamos y tuve que ir a Porto Alegre por un problema personal mío, y cuando estaba allí, resolví llamarlo por teléfono una noche. Darcy se quedó contento, y entre otras cosas me empezó a contar un proyecto nuevo en el que estaba embarcado. Me lo contó como si estuviéramos mano a mano, y el teléfono hubiera desaparecido, como si nos hubiéramos hablado el día anterior. Eso siempre pasaba con Darcy, uno se volvía a encontrar con él y se acabó, ya había desaparecido el tiempo en el medio, y uno estaba como si hubiera hablado con él recientemente. Entonces me cuenta un proyecto que tenía, me lo describe, y yo, de vez en cuando, cuando podía meter una baza, le hacía alguna pregunta, porque él contaba y yo no lo interrumpía, además hablaba muy rápido y contaba todo. Creo que le habré hecho dos o tres preguntas sobre algún punto que no me quedaba claro. No quería decir que yo estaba en desacuerdo, sino que no me quedaba claro. Entonces Darcy, cuando estaba por terminar de contarme el proyecto, me dice "querido, no te gusta el proyecto", y entonces sin que yo dijera nada me dice "tem razão, é uma merda". Pero eso, lo que quería decir, yo lo interpreté enseguida y estoy absolutamente seguro de que fue así, es que mientras me lo contaba, mientras me relataba el proyecto, advirtió que tenía fallas, no es que a mí no me gustara, ya que ni siquiera sabía si me gustaba o no, tendría que haber pensado más en él. Sólo le había hecho alguna pregunta. Quizás eso le haya servido, y en el mismo momento en que me lo contaba, lo revió y se dio cuenta de que estaba mal. Entonces ya me lo atribuyó a mí, y me dijo, "é uma merda" y se acabó el proyecto, lo cambió de

arriba a abajo, cosa que no le debe haber costado mucho, porque inventaba, era un surtidor de ideas, que después elaboraba y muchas de esas ideas se podían convertir en realidad. Otras eran ideas de una persona con mucha inventiva, con mucha creatividad, que después no se ponían en práctica. Pero, para mí fue tan gracioso, porque rápidamente me dijo eso, y ya calificó el proyecto que con tanto entusiasmo me había contado al principio.

*Me gustaría que me hablara sobre el apoyo que la Universidad le dio a Darcy cuando él ya estaba preso en el Brasil.*

Eso fue una cosa muy linda, que salió muy bien. Darcy fue, como se suponía, preso. La Universidad hizo una declaración y se la comunicó a las autoridades brasileñas. Entonces, un consejero lo planteó en el Consejo, y el Rector nos lo encomendó a nosotros, que hiciéramos todo lo que pudiéramos además de la declaración, que hiciéramos una campaña para ayudar a la liberación de Darcy. La solución era muy sencilla aparentemente, pero funcionó muy bien.

Escribimos una carta muy bien redactada, acompañada por un currículum de él, una síntesis de su currículum, muy impresionante, tanto que quien la leyera y no conociera a Darcy, tendría una idea clara de qué personaje se trataba. La hicimos en inglés y en francés, y como tenemos una guía de las Universidades de todo el mundo, elegimos a las principales, porque no podíamos mandar la carta a todas. En esa guía aparece el número de alumnos, el año de fundación, etc., de cada Universidad, toda una serie de datos que permite enseguida identificar cuáles son las mejores o las más importantes.

A todas esas les mandamos esa carta, donde pedíamos que le dirigieran un pedido a las autoridades brasileñas, como les pareciera, a la Embajada o directamente al Brasil,

y una copia para nosotros, para ir poniéndola en la lista de las que habían adherido a ese pedido nuestro. Mandamos a todos lados, fue un trabajo sencillo. Pero lo cierto es que tuvo una repercusión tan grande, que empezaron a recibir en Brasil toneladas de protestas, porque como era un caso de persecución a un académico, claro la persecución era política pero era un académico probado, había sido Ministro de Educación, Rector de la Universidad de Brasilia, fundador de esa Universidad y creador, porque imaginó una Universidad diferente, porque como todo se creaba en Brasilia, había que crear una Universidad, crearla de la nada, sin historia, sin pasado, sin lo bueno que tiene el pasado, y sin lo malo, sin las ataduras que tiene el pasado, de modo que él ahí puso toda su imaginación, su talento para crear una Universidad.

Entonces las Universidades no dudaron ni un minuto de que eso era todo cierto, y todas aderieron, o la gran mayoría, y recibían protestas en todos lados. Un día, el Ministro de Relaciones Exteriores brasileño llegó a Estocolmo, a las 11 de la noche, en una visita informal, no era una visita de Estado, un día frío y a esa hora en Estocolmo.... Y cuando sale del avión, lo primero que ve es una serie de carteles y carteleras pidiendo la libertad de Darcy Ribeiro. Se quedó tan sorprendido de que en Estocolmo estuvieran pendientes de eso que no lo podía creer de ninguna manera, que estuvieran los muchachos a esa hora de la noche esperándolo. Y a lo largo de las actividades que tuvo, los siguió viendo, porque lo acompañaron. La visita fue corta pero lo acompañaron, así que varias veces vio la protesta. Entonces, ¿qué conclusión pudo sacar el Ministro de Relaciones Exteriores? "Ah, esta es una campaña del Partido Comunista, por algo en todos los países se repite". Y el Partido Comunista éramos nosotros, la modesta Universidad de la República que con una carta traducida al inglés había llegado a todo

el mundo, y lo importante era que había llegado con un mensaje serio, que era el que Darcy Ribeiro estaba preso.

Darcy era sin duda una personalidad muy conocida en todo el mundo, y seguirá siéndolo, porque fue un creador en muchas áreas. Es creador en Antropología, y Margaret Mead que estuvo en Montevideo cuando él estaba exiliado, recibió los primeros apuntes de su libro *Las Américas y la civilización*. Vino a verlo y a conversar con él, estuvo varios días. Darcy lo tomaba con total y absoluta naturalidad. Él en su posición, se sentaba sin zapatos, cruzando las piernas, poniendo los pies hacia atrás y sentándose arriba. Era una de sus maneras preferidas de sentarse y conversar largamente, y pensar también. Le parecía natural que mientras él estaba charlando, los demás se movieran, fueran y vinieran, aunque fueran a discutir con él, aunque vinieran no sé de qué distancia y a qué edad, porque Margaret Mead no era nada joven.

Darcy siempre se va a seguir estudiando, porque a medida que pasen los años estoy absolutamente seguro que no sólo las nuevas generaciones, sino nosotros mismos, los que lo conocimos, vamos a encontrar cosas que de pronto no entendimos en aquella época. Tuve una amistad tan cercana y con tanto afecto con Darcy, que conversé muchísimo, de todo con él, desde problemas simples hasta los más complicados, para rever el mundo y la vida. No quedó tema importante que no tratáramos. Él me decía "meu irmão" que era la mayor distinción que me podía hacer, y bueno, lo trataba como a un hermano, en lo bueno y en lo malo, porque también nos peleábamos o discutíamos, como buenos hermanos. Pelearse con Darcy era muy difícil, nunca lo vi agresivo, en el sentido de enojarse e insultarte. Pasiona! con lo que defendía sí, pero jamás, aunque discutiera con alguien que dijera tonterías, lo vi insultar, o humillar a la otra persona. Era espontáneo.

Siempre lo sigo leyendo con mucho gusto. Yo sé que murió, pero como en los últimos años nos veíamos muy



de vez en cuando, porque estábamos lejos, nos hablábamos por teléfono, nos comunicábamos por carta. No era lo mismo, de modo que pienso en Darcy con alegría, porque sería una vergüenza pensar con tristeza sobre Darcy, porque que haya existido una persona así es un motivo de alegría, que a uno lo reconcilia con la vida, con la creación, con la especie humana. Entonces que esto sucediera hace que yo lo recuerde siempre con alegría y lo tenga muy presente, y leo cosas en los libros y me río quizás como el Quijote, de cualquier modo me río de lo que hay que reírse, y de pronto encuentro cosas que me parece que las leo por primera vez.

Darcy un día me dijo que él se había hecho latinoamericano en el Uruguay, cuando vino aquí al exilio, porque él en Brasil era brasileño. Brasil estaba dentro de América Latina, pero como Brasil es tan grande, América Latina lo rodeaba pero no era su punto de atención. En cambio, cuando vino a Montevideo, se dio cuenta que América Latina existía, que era muy interesante y que tenía que relacionarse. De ahí en adelante fue un latinoamericano ejemplar en todo sentido, porque en Perú, en Venezuela, en donde fuera, él no tenía pereza ninguna en ir, en todos lados enseguida se ganaba el aprecio. En nuestra Universidad estuvo cuatro años, pero fue un personaje tan querido, tan influyente por sus ideas, tan admirado, que yo le decía que era un seductor de hombres y mujeres. Eso era así.

*¿Cuál fue el momento de mayor emoción en su relación con Darcy y Berta?*

Es difícil decir cuál fue el mayor. Teníamos un trato muy frecuente, incluso los que teníamos más amistad íbamos a su casa, porque tanto él como Berta eran tan amistosos que uno se sentía siempre encantado cuando iba, incluso si uno llevaba a otra persona, aunque no la

conocieran, la trataban muy bien, siempre. Hubo muchas cosas, ahora recuerdo una, que me quedó siempre grabada. No diría que fue la mejor, pero fue importante, fue el día en que volvió al Brasil.

Cuando él se fue para Brasil, estaba seguro de que iba a ir preso, y bueno, él había tomado la decisión porque creía que era lo que correspondía a esa altura de los acontecimientos y de la evolución del proceso. Habíamos discutido mucho, habíamos opinado, pero bueno, Darcy había resuelto irse, y en general, con una lógica muy difícil de rebatir.

Me acuerdo que yo fui al aeropuerto con Berta, y estábamos en Carrasco, en ese momento todavía había una terraza a la que uno podía asomarse y ver a los pasajeros hasta que subían al avión. Estábamos solos con Berta allí, viendo que él tomara el avión, y Darcy se despidió de nosotros con una sonrisa "tudo bem, tudo bem", se acabó, claro, ya no era momento de decir nada, pero fue un momento de una emoción brutal, porque uno sabía a lo que iba, no sabía cuánto iba a ser, tenía la esperanza de que fuera lo mejor posible, pero bueno, para él no iba a ser fácil, era una cosa muy difícil, pero él decidió qué era lo que tenía que hacer. Y es muy importante pensar que cuando tomó esa decisión, se puso sobre los hombros lo que consideraba que era un compromiso con su pueblo.

*¿Cuándo fue la última vez que se encontró con Darcy?*

Fue en Brasilia. Yo lo llamé para decirle que había arreglado las cosas, estaba en Cartagena de Indias, iba a Bogotá y ahí tomaba el avión para San Pablo y Brasilia. Así le di el día y hora de llegada. Yo llegué al mediodía, y él quería esperarme. Le dije "no vengas a esperarme", pero bueno, él me mandó el auto con el chofer, porque tenía que descansar porque más tarde tenía que ir a la Universidad.

Darcy quería mostrarme Brasilia. Fuimos a su despacho en el Senado – ¿tú conociste el despacho de él en el Senado? – Bueno, resulta que un día había ido a visitarlo Niemeyer, y él no estaba en el despacho. Entonces Niemeyer sacó un *dry pen* y le dibujó toda la pared del despacho con casas, proyectos, todo alrededor de la oficina. Darcy no lo dejó borrar nunca, quedó como Niemeyer lo dejó. Él me lo quería mostrar, quería que yo viera esa oficina. Niemeyer dibujó y lo firmó. Más tarde se encontraron, y Niemeyer le explicó cada cosa que había dibujado, porque era así, para que él supiera. Le había dejado como una cartita en la pared. Eran muy amigos.

Cuando llegué a Brasília, Darcy me dijo “¡querido, cómo nos vamos a divertir!” y en realidad nos divertimos, porque yo no lo veía como a un enfermo que se iba a morir, y él tampoco. El primer día, invitó a cenar a unos amigos, por lo tanto, nos fuimos a dormir. Al día siguiente, de noche, no sé qué pasó que tampoco nos hablamos. Después él me dijo “vení”, en un saloncito que tenía. Le habían mandado unos videos que estaba haciendo no sé quien sobre los diferentes Estados del Brasil. Eran unos videos que tenían las cosas lindas, pintorescas de cada Estado, y también las feas. A Darcy le gustaron mucho, daban una visión del Estado como para turistas, para gente que no era brasileña. Datos de población, de producción, de superficie. Darcy dio la idea, los hicieron y se los mandaron. Él dijo que había que poner lo bueno y lo malo, esa fue la condición que puso, que mostraran todo lo que pasaba en ese Estado. Le mandaron los videos hechos.

Esa noche, yo le dije a Darcy: “mirá, hace dos días que estoy y no hablamos nada de tu salud”. Entonces él se levantó, usaba bastón, se levantó para ir al baño, descalzo, como le gustaba a él, caminando sin bastón. Cuando volvió le dije: “che, el bastón es pura coquetería, porque no lo precisabas”, entonces hablamos un poquito,

porque si no quedaba como que el tema no me gustaba. Y le dije: “bueno, te voy a decir lo que me pasó a mí. Yo sabía que habías estado muy mal, y quería venir cuando no estuvieras tan mal, pero ahora que te vi, estoy seguro que de este cáncer no te vas a morir. No sé cuando te vas a morir, te morirás en el avión, o yo me moriré en el mío, pero de esto no te vas a morir”. Entonces me dijo: “¿Sabés? Yo pienso lo mismo. No sé si me moriré de este cáncer, creo que no me voy a morir de este cáncer. De cáncer sí, pero uno que va a ser más fuerte que éste, porque a éste lo vamos dominando. Voy a vivir más tiempo del que los mismos médicos creen, por eso estoy haciendo lo que quiero, organizando mi vida, trabajando”.

Y estaba convencidísimo de eso. Y yo quedé convencido de que iba a vivir más. Incluso hablé con él, porque después que volví lo seguí llamando todas las semanas. El enero anterior a su muerte la pasó en Río. Antes de irse a Río lo llamé, y quedamos en que íbamos a cortar las llamadas en enero porque yo tenía vacaciones, y que en febrero nos volvíamos a llamar. Yo llamaba todos los viernes de tarde. Entonces, si él no estaba bien, me decían que llamara por ejemplo, a las 6 de la tarde, que él ya había hecho su siesta. Y ahí hablamos de todo, porque al hablar tan seguido, era más fácil. Él ya no se sentía bien. Volvió de Río y de golpe se sintió mal. Entre que lo internaron y murió pasaron dos o tres días. Fue muy rápido.

Él me había dicho también, que “de cualquier manera, tengo comprometidos a mis médicos, bajo palabra, así que no me tengo que preocupar, que si yo paso de un estado fuerte a una situación mala que no vaya a superar, que ellos hagan que yo no viva eso”. Yo quedé convencido de que iba a vivir, no mucho, pero el médico había hablado conmigo y me había dicho que Darcy había mejorado muchísimo, que había que tener esperanza. Y él estaba tan bien... hasta de ánimo, nos reíamos de todo.

*¿Podría agregar alguna cosa sobre Berta?*

Berta hablaba muy bien el inglés tanto que aquí entró en un grupo al que la invitaron para hacer traducción simultánea. Una de las que la invitó fue la esposa del único hijo de Quijano, una muchacha espléndida que tuvo un accidente de auto brutal en Chile, estuvo inconsciente como 10 años. A esa chica, que era encantadora, le gustó mucho Berta, y se las ingenió para conseguirle ese trabajo. Ella y Darcy se daban cuenta que la gente, con la mayor delicadeza, trataba de meterlos en cosas que les sirvieran económicamente, y la traducción simultánea se pagaba muy bien. Berta dominaba el inglés, el francés, el español, el portugués, italiano debía entender también. En esas conferencias, Berta era fantástica.

¿Tú la conociste? Tenía una gracia para moverse, un don natural, porque ella se pintaba poquísimo, y se vestía muy bien, porque tenía gusto, pero nada de gastar mucho. Berta sabía que no tenían mucho para gastar. Siempre era elegante. Era un poquito más alta que Darcy, pero también era una persona extraordinaria, los dos se integraron muy bien, y para los dos fue bueno. No tuvieron hijos, pero nada asegura que los hijos hubieran sido unos genios.

*Para terminar, ¿hay alguna otra cosa que le gustaría contarme sobre Darcy?*

Me acuerdo que Darcy contaba de una vez que estaba en Suiza y empezó a hacer un frío tremendo. Entonces Darcy dijo "me tengo que comprar un sobretodo", pero resulta que los sobretodos eran enormes, se caía adentro. Entonces dijo "voy a la sección niños". Fue y se compró un sobretodo de niños, porque los otros le quedaban enormes.

También me contó que en Suiza estaba solo, invitado por no sé quien. Estaba en el hotel y fue al restaurante. Empezó a mirar la carta y resolvió pedir una langosta. El

mozo le recomendó una que figuraba en el menú, pero Darcy no sabía qué langosta era. Y cuando el tipo llegó, venía con un carro trayendo una langosta inmensa, que la tenía que partir en millones de pedazos, que él no podía comer, porque era más grande que un pavo. Él la eligió y decía "está muy bien...."

El mozo no podía creer que Darcy no sabía qué langosta le iba a traer. Darcy la había pedido como lo más natural del mundo, y decía que él nunca se imaginó que fuera tan grande. Entonces, como él era invitado de no sé qué organización, decía: "firmé la cuenta con mucha alegría".

Montevideo, 20 de junio de 2002

## Daniel Vidart

*Darcy Ribeiro, en su exilio en Uruguay participó de muchas publicaciones conjuntas como **Marcha**, **Cuadernos de Marcha** y la **Enciclopedia Uruguaya**, incluso con usted mismo. ¿Puede hablarme sobre eso? ¿Cómo surgió la idea de la **Enciclopedia**? ¿Cuales fueron sus planificadores?*

Los impulsores de la *Enciclopedia Uruguaya* fueron Ángel Rama y Julio Bayce. Los planificadores y redactores figuran en el no I de la primera entrega, una síntesis de la obra que abarcó tres fascículos publicados en el mes de mayo de 1968.

*¿Cuál era el público de la **Enciclopedia Uruguaya**?*

Se dirigía a todo público, pero su clientela principal estuvo representada por los integrantes cultivados de la clase media.

*¿Podría hablarme sobre los capítulos que usted escribió en la **Enciclopedia**?*

Yo redacté tres fascículos: "Las Tierras del Sin Fin", "El Gaucho" y "El Gran Montevideo".

*En **Cuadernos de Marcha**, usted participa juntamente con Ángel Rama, Darcy Ribeiro, Lauro Ayestaran y Ricardo Rodríguez Molas de una publicación sobre el gaucho y la literatura gauchesca. ¿En ese caso, cómo eran pensados los temas? ¿Cuando escribían sus artículos, tenían una idea del conjunto de la publicación, o sea, sabían previamente el enfoque de los demás colaboradores?*

Rama, comentarista literario de *Marcha*, nos invitó por separado, teniendo de antemano conocimiento de nuestras No conversamos entre los colaboradores sobre el contenido y orientaciones de nuestros respectivos ensayos para evitar repeticiones temáticas o desacuerdos conceptuales. Se estableció una relación de tipo radial con Rama, quien, como expresé al principio, fue el encargado de armar ese Cuaderno dedicado al gaucho y la literatura gauchesca.

*En 17 de julio de 1964, **Marcha** informaba que habría un coloquio sobre el tema "El intelectual en la lucha por el desarrollo socio-económico en América Latina". El conferencista del evento fue Darcy Ribeiro y en el debate participaron usted, Carlos M. Rama, German Wettstein, el investigador Francisco R. Pinto y el contador Luis Faroppa. ¿Usted se acuerda de ese evento? ¿Es posible hablar de ello?*

Recuerdo muy vagamente el evento, a tal punto de no poder precisar lo dicho en ese entonces. He participado en centenares de mesas redondas y no guardo los apuntes o guiones que utilicé en dichas oportunidades.

*¿Como sociólogo y como antropólogo, cómo ve la presencia de Darcy Ribeiro acá?*

La calidad académica y la simpatía humana de Darcy dejaron una honda huella entre nosotros. No sólo se ocupó de los temas antropológicos; colaboró también con la Universidad en planificaciones pedagógicas de gran envergadura. Su actividad docente, sus escritos y su gravitación intelectual y afectiva en los grupos de amigos y simpatizantes dan cuenta de un magisterio que innovó metodológica e ideológicamente la enseñanza de la antropología cultural y la historia social. Yo no tuve la fortuna de tratarlo con asiduidad. No concurrí a sus clases y asistí a muy pocas de sus conferencias. Mis actividades



por ese entonces estaban centradas en tareas relacionadas con la esfera administrativa del Estado. Durante muchos años, paralelamente a la enseñanza de la Geografía humana y la Sociología rural, actué en la secretaría del Ministro de Ganadería y Agricultura, en la Comisión Directiva del SODRE y en el periodismo cultural orientado hacia el hemisferio agrario de nuestro país.

Montevideo, 21 de junio de 2002

## Alberto Methol Ferré

*¿Podría hablarme sobre la Historia uruguaya y su relación con el Brasil?*

En el Uruguay rico de la post guerra, comenzaban los primeros síntomas de una crisis interna en el país. Entonces el mundo literario, histórico era muy poco político, es decir, cultura y política estaban como separados. La política era de los políticos y la cultura era una cosa muy ligada a sí misma, y a Europa. Y Nexo, esta revista hispano-americana que hicimos, era una mezcla de política y cultura, y se empezó a unificar esto. Se llamó Nexo. En nuestra visión, el ensamble del Uruguay con el imperio inglés había terminado. El imperio inglés había iniciado su gran retirada del Uruguay. No tanto en la Argentina, pero notoriamente más en el Uruguay desde fines de los años 40 y comienzos de los 50. El imperio inglés había sido el ensamble privilegiado rioplatense que, con un excedente agropecuario muy alto, habíamos tenido un estímulo muy alto para la exportación a Gran Bretaña y a Europa Occidental. Esto permitió acá una gran distribución a través del Estado y la formación de una gran clase media, en función de una democratización de la renta agraria. Una gran renta agraria, muy simple y muy fácil: con pocos peones se tenía un excedente enorme, con pasturas naturales, solamente con el refinamiento de las razas bovinas y ovinas. Eso permitió al Uruguay ser un gran exportador y sin cambiar la estructura agraria, se le hacía una quita al excedente y se redistribuía. Eso fue el Estado que construyó Batlle y Ordóñez desde los comienzos del siglo XX. Y es el Estado que agoniza hoy en el Uruguay.

Hace 50 años que está agonizando. Pero es el Estado que era el fundamento de las clases medias urbanas. Al achicarse el excedente agrario, la renta se empezó a achicar, las clases medias empezaron a empobrecer y retroceder.

En los años 50 es notoria la retirada inglesa, aunque eso fue oculto a la conciencia del Uruguay por el enorme excedente que tuvimos en la exportación de lanas, en ocasión de la guerra de Corea. Aquí hubo una prosperidad que ocultó la retirada inglesa. Entonces algunos nos dimos cuenta de eso, y nos dimos cuenta que los fundamentos del Uruguay antiguo, agro exportador hacia Inglaterra y Europa occidental era un ciclo cerrado, que el Uruguay se tenía que reorientar radicalmente.

Ahí vino, con Reyes Abadie y Ares Pons la idea común de hacer Nexo, que fueron solo cinco números. Fueron pocos números, pero que tuvieron como una significación especial. Empezamos a unificar todo, Filosofía, Historia, Política, era un replanteo totalizante, y una idea central, el título Nexo, que era porque pensábamos que el Uruguay transatlántico estaba agotado. Que los EEUU no estaban interesados en nosotros, no eran un imperio sustitutivo del inglés. El inglés invertía en el Uruguay, estaba interesado en las exportaciones uruguayas porque él era el usufructuario mayor, por sus costos comparativos con en el Uruguay.

Pero para el Uruguay igual era un superávit inmenso. Era el rasgo de la zona pecuaria Australia, Nueva Zelanda Uruguay y Argentina: el imperialismo en las zonas ganaderas no podía ser esquilante, porque mataba la gallina de los huevos de oro. Éramos una periferia dependiente ganadera que tuvo óptimas condiciones y fue muy rica. Éramos una zona singularmente rica en la periferia del poder europeo. Aunque no Argentina en su conjunto, porque el interior argentino hacia el norte estaba empobrecido. Media Argentina era pobre, la otra media Argentina extraordinariamente rica. Todo eso es un poco para que usted entienda a qué sitio vino

Yo ya soy suficientemente viejo y pertenezco a un pedazo de generación que sintió que Uruguay estaba cuestionado radicalmente y que se tenía que replantear todo. De eso surge *Nexo*. ¿Porqué el nombre? Como no teníamos más el destino en la prosperidad eurocéntrica, como había sido desde hacía más de medio siglo, había que regresar a América Latina. ¿Cuál era el regreso? El Uruguay era frontera entre Argentina y Brasil. Para nosotros eso significaba que el Uruguay debía de ser un nexo entre Argentina y Brasil.

Era el regreso a nuestra tierra americana. En el número 2 de *Nexo*, año 1955, el centro de atención era "Brasil, nuestro vecino desconocido", porque nadie sabía nada. El editorial escrito por mí, definía la atención, su sentido.

Te leo algunas cosas:

La preocupación por la realidad brasileña no es más que un aspecto, una dimensión largo tiempo soslayada, de la pretensión de una radical asunción de nuestra propia realidad. Está en la médula de todo auténtico esfuerzo de reflexión y autoconciencia 'nacional'. Por el contrario, la historia oficial se asemeja al discurrir anecdótico de un empedernido solitario y es el fruto de la desintegración americana, su satisfecha consolidación en una utópica y raquífica 'nacionalidad'. Perseverar en tal visión sería índice de una irremediable postración colectiva, de una incapacidad social de reacción frente a la encrucijada que vive el país, y de la consiguiente miopía refleja de la 'intelligentsia' uruguaya. La Historia uruguaya no es una historia nacional como aún se enseña (a lo sumo es la historia de la constitución de un Estado). Lo fue en el proyecto vital de las generaciones anteriores a la nuestra, pero lo que entonces era "ideal" se nos aparece hoy como amenaza de frustración, o para ser más exactos, como tarea inconclusa, pues el horizonte que está a la altura de nuestras exigencias

y las moviliza tiene la estatura de lo que aún es sombra: la unidad hispanoamericana. Y no es ésta una razón de prematuro desánimo ya que la historia del hombre es una persecución incesante de ausencias. Si, en otros tiempos el Uruguay fue erigido en algo así como una 'tierra de nadie' destinada a separar al Brasil y a la Argentina, hoy, en el incipiente proceso unificador de Hispanoamérica, nuestro país debe cumplir un papel decisivo de enlace entre ambas republicas. Lo que antes fue un obstáculo (se nos ha llamado 'estado tapón') se convierte por el cambio de las condiciones históricas en ubicación inmejorable para desempeñar el rol de una ineludible mediación, agente de unidad. Esa es quizás, nuestra principal tarea en la lucha por la unidad hispanoamericana que ira, en grado decisivo, en torno al entendimiento de Argentina y Brasil. No queremos oponer a un internacionalismo abstracto un regionalismo también abstracto que implique una óptica igualitaria, homogénea, de los núcleos de gravitación económico-política. Sería absurdo pensar en la integración y liberación nacional latinoamericana sin dar la debida jerarquía a esa pieza capital, a ese gran país que se halla en la primera línea de las realizaciones presentes y es el más rico en posibilidades de futuro. Así, es de nuestros propios problemas que ya no se pueden resolver desde un enfoque exclusivamente uruguayo, que surge la necesidad de una comprensión de Brasil. Nuestra comunidad carece hoy, en rigor, de una política.\*

*Podría hablarme sobre el exilio brasileño en el Uruguay?*

Te sintetizo: el exilio brasilero para nosotros se insertó en los exilios latinoamericanos de América del Sur en el Uruguay. La "Suiza de America" era tierra de recepción de

---

\* METHOL FERRÉ, Alberto. In: *Nexo*, Montevideo, n. 2, set.-oct., p. 2-4, 1955.

exilados. Era una parte más de la recepción habitual de los exiliados de América del Sur. Todavía Uruguay no había expulsado a su gente como lo hizo desde el golpe de 1973. Estamos 10 años antes. Conocí a Jango Goulart, conocí a Leonel Brizola, a Neiva Moreira, conocí a Shilling, a Darcy (lo conocí mucho). Nos invitaban a feijoadas los exiliados brasileños: había un médico de Maranhão, famoso, gran médico, hacía unas feijoadas extraordinarias. Había una gran cantidad de brasileños, se me olvidan los nombres porque estoy en la edad en que se olvidan los nombres.

Es mi impresión que para ellos (para Darcy, Shilling, Neiva), fue un descubrimiento el de América Latina, que lo empezaron a hacer acá. La generación del exilio brasileño es la primera generación que se latinoamericaniza, cosa que me parece muy importante. Porque antes había repercusiones lejanas latinoamericanas, pero no una generación brasileña latinoamericana. Porque el Brasil es grande, entonces el Brasil ocupaba al brasileño por completo, "o Brasil é grande", el resto eran añadiduras. Ésta es la generación que se da cuenta que el asunto es más rico, más complejo y empieza a interrogarse con otras cosas. Empieza a tener un horizonte más amplio, a ubicar a Brasil dentro de otra historia no tan sencilla como la que tenía la historia brasilerista "pura". No digo que la hayan revisado completamente, no se revisa cuando el país más o menos anda. Lamentablemente a veces...

No conocí a Fernando Henrique Cardoso, pero también es un exiliado de esta generación que va a Chile y escribe su famosa obra sobre la "dependencia" con el conocido chileno Faletto. Antes de esta primera generación, brasileños que conocieran América del Sur, muy poquitos, el que más trascendía era Alceu Amoroso Lima (Tristão de Ataíde), en los círculos cristianos de la América española, eso desde los años 30 para acá. Es el intelectual de índole política que más se conocía.

De esta primera generación brasilera "latinoamericana" la mayor parte son intelectuales políticos o políticos intelectuales. Neiva es un político, por añadidura se preocupa de asuntos intelectuales, Darcy a la inversa, es un intelectual que se preocupa de la política. Descubren una nueva inserción, y se insertan en un contexto de Latinoamérica. Entonces Darcy está acá, lo conocí como conocí a casi todo el exilio brasileño. A los que más recuerdo es a Neiva, a Darcy y por su importancia a Goulart y Brizola.

El primer vínculo de Darcy fue universitario. El tuvo un gran arraigo en la Universidad de la República, influyó mucho en la Universidad. En ese sentido, es en el ámbito universitario donde puede encontrar mayores cosas, especialmente con Domingo Carlevaro, en la Universidad, que puede mostrar lo que fue la inserción de Darcy, en el mundo universitario, porque como él había creado la Universidad de Brasilia, tenía ideas sobre la Universidad. Él removi6 mucho el ambiente universitario acá. Después de él y dada su personalidad, me llamaba mucho una cosa de Darcy. Él era un hombre entusiasta, jovial, dinámico, con alegría de vivir y de ser. Soy un hombre en las "antípodas" de Darcy: soy religioso por agradecimiento, la vida es tan extraordinaria, un regalo tan extraordinario que eso me ha hecho religioso. A Darcy no, era agnóstico, pero él experimentaba una alegría de existir profunda, que suscitaba simpatías, una suerte de comunicación sencilla básica. Y tenía sus rumbos, sus pensamientos. Yo recuerdo que era la época en que sacábamos una revista, *Víspera*, con otros amigos, y hoy encontré antes que usted llegara, una interview a Darcy cuando él se va del Uruguay en el año 68. Entonces en vísperas de irse, le hicimos un interview. Lo que puedo hacer es prestártelo para fotocopiarlo, porque eso es cuando él se va de Uruguay.

*¿Cuál es hoy su opinión sobre la generación de los exiliados brasileños?*

La generación del exilio es la que gobierna a Brasil hoy, Fernando Henrique Cardoso es un ejemplo de ello, pero hay otros más de la generación del exilio. Pero esa generación paradójicamente, y a pesar suyo, deja a los brasileños encerrados en el Brasil, cuando lo que hay que hacer es salir. Ya salieron y no intentaron hacer salir a la generación siguiente, no han meditado la importancia de esto. Quieren hacer una política latinoamericana sin hacer que se llenen de brasileños las universidades sudamericanas, y de "hispanos" las brasileñas. Esto no es ninguna originalidad. Lo aprendí en un ferrocarril en Europa. Iba en Europa, con alemanes, en un ferrocarril alemán, le hablé francés a un tipo, y el tipo entendía francés e italiano. Era un soldado que había estado en la ocupación alemana en Italia y en Francia. Empezó una conversación muy animada, y una chica intervino en francés, y ahí supe que las universidades alemanas organizan vacaciones de los estudiantes en Francia, en España, en Italia, en otros lados, y viceversa, los otros iban a Alemania. Ella era recibida por una familia en Normandía, vivía con una familia francesa, se ennovió con un francés y volvió a Alemania y se disponía a volver, y en ese momento se iba a casar.

Eso nosotros no lo hacemos. Tenemos que "entreverar" nuestras respectivas juventudes. Eso es básico. Ésa es una política que necesita la intervención del Estado, porque la Universidad por lo general es la peor burocracia del cosmos. Con esto te quiero decir, que esa generación del exilio no tuvo sucesión: supo comenzar una política latinoamericana, pero de ese aprendizaje existencial no supo inventar los cauces existenciales para la juventud universitaria y se haya limitado puramente al mundo empresarial. El mercado va a funcionar mucho mejor si hay grandes políticas de la cultura.



*¿Usted participó con Darcy en algunas publicaciones?*

Él publicó en una revista que sacábamos en el Uruguay, *Víspera*, eso solamente, y luego tuvimos vínculos. Nos encontramos después muchas veces en Santiago de Chile y en Lima. En Brasil, sólo una vez en Porto Alegre. A mí me llamó mucho la atención y fue un estímulo, el intento de Darcy de sintetizar una perspectiva del conjunto de América Latina: el título era *Las Américas y la civilización*.

No lo comparto mucho, porque “el pueblo nuevo” es el conjunto de América Latina, es todo el conjunto, no es un tipo de pueblo, es la mayoría abrumadora de América Latina. Es el subsuelo básico común. Que haya algunas tribus “testimonio” todavía, pero ya cada día más insignificantes, puede ser. Pero un indio, por ser indio, no es un “pueblo testimonio”, es un mestizo cultural completo. Ya no hay indios indios. Puede ser en el Amazonas que quede alguna tribu, pero los que están en general ya están transculturados, son “nuevos”. El “pueblo nuevo” ocupa todo o casi todo, y dentro de 20 años no queda nadie, al fin.

Yo digo siempre que me interesan tanto los indios que quiero incorporarlos cuanto antes, pero “indigenista” no soy. No quiero conservar a ningún indio en ningún jardín zoológico para que lo fotografíen los turistas. No quiero observar a nadie como a un bicho raro. Que participen del mundo, de los problemas contemporáneos. Lo mejor que puedo hacer es ayudarlos a incorporarse a la época actual, no vivir una pseudo historia paleolítica o neolítica. Eso no interesa y al pobre lo convierte en un trabajador sin especialización, víctima absoluta.

Y él hizo también, él estaba elaborando y yo escuché alguna conferencia sobre ese tema y luego lo publicó, una visión histórica mundial. Y no es común, que se intente pensar la Historia Universal desde América Latina. No es común. En general, en América Latina se repite lo pensado en los centros metropolitanos.

Montevideo, 22 de junio de 2002.

## María Díaz de Achugar

*¿Cómo era la organización en **Marcha**? ¿Cómo se organizaba la publicación de los distintos reportajes y artículos?*

La organización era la siguiente: estaban el Director, que era Carlos Quijano, el Secretario de Redacción, Gerardo Fernández, y el Editor que era Julio Castro. Cada página tenía su sección, y había un responsable. La edición, que salía los viernes, tenía una discusión interna, de acuerdo a la coyuntura del país, según como venían las cosas: podía haber notas preparadas con mucha antelación, notas de fondo, digamos. Estas notas no eran como las de un diario, sino más medulares. Por ejemplo, podía haber notas sobre la iglesia, sobre la situación de la iglesia en aquel momento preparadas por Héctor Borrat, que las venía trabajando desde hacía tiempo, y podía haber notas que se reclamaran directamente en esa reunión que se hacía los sábados con un café, entre el Director, el Secretario de Redacción y los colaboradores. A esta reunión venían, además, observadores políticos de todas las tendencias, mayormente de izquierda, senadores, diputados, que conversaban y ponían sobre la mesa ciertos temas, y después el Director determinaba quien iba a trabajar en ellos.

Con respecto a las secciones, había notas que se levantaban de publicaciones como *Le Monde Diplomatique*. El Dr. Carlos Quijano tenía una relación estrecha con Francia, mantenía vínculos ya que había vivido buena parte de su juventud en ese país. Por eso, tenía una relación directa con Pierre Mendes France y el Partido Socialista

francés, y con otras personalidades de la izquierda europea y también latinoamericana. Así, por ejemplo, René Zavaleta Mercado mandaba notas desde Bolivia sobre la situación en ese país. Además de los que figuraban como colaboradores del exterior, siempre había gente que se acercaba, montevideanos, gente que estaba acá y que también daba perspectivas sobre determinada situación, de acuerdo a como venía.

Yo estuve en *Marcha* desde el año 67 hasta que se clausuró. Se iniciaron los *Cuadernos de Marcha*. Carlos María Gutiérrez era el periodista uruguayo que estaba al frente de esta edición. Cambiamos varias veces de local, y cuando ya estábamos en Bartolomé Mitre 1414 (primero estuvimos en la Plaza Matriz, en un local inmenso donde ahora está el Ministerio de Transporte y Obras Públicas) se inició la *Biblioteca de Marcha*.

Ahí también coincide (años 70) con la formación del Frente Amplio, y empiezan a aparecer artículos de la gente de izquierda de ese momento. Confluía gente como Zelmar Michelini, que era del Partido Colorado, o como el Dr. Carlos Quijano, de origen nacionalista. También venía la gente del Partido Demócrata Cristiano, o sea, se empezaba a dialogar. Enrique Rodríguez, del Partido Comunista, era quien mantenía diálogos más frecuentes con el Dr. Quijano; y todos ellos intentaban que fuera él quien asumiera la presidencia del Frente Amplio.

Eso da lugar a que vayan apareciendo también materiales en la prensa. Todo eso se ve reflejado en las ediciones del semanario. Ahí se inicia la *Biblioteca de Marcha*, con Ángel Rama que era quien proponía los títulos. Se inician concursos para editar trabajos literarios, trabajos sobre la Universidad, etc. Todo eso está en las ediciones, que están todas agotadas. Se editaron *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de Mariátegui, importantísimos en lo que refiere a la Historia de las ideas en Latinoamérica.

Esto fue hasta el año 70. Estaban juntas la redacción y la imprenta. Recuerdo cuando el Dr. Quijano se ponía a redactar el famoso editorial – los editoriales de él se terminaron editando en un libro. Era un silencio sepulcral, todo el mundo estaba pendiente. Todo era manuscrito, sin máquina de escribir ni procesador de texto. Recuerdo también que los editoriales de Quijano quedaban como resonando el resto de la semana, y eran material de estudio para instituciones, tanto a nivel de la Universidad como de los grupos políticos. Más tarde, algunos historiadores en el CLAEH (Centro Latinoamericano de Economía Humana) se pusieron a revisar y ver cuál era la perspectiva de “patria grande” y de “patria chica” con respecto a lo que es Latinoamérica, su concepto de nación, la vinculación con los países europeos, y fundamentalmente, el antiimperialismo de Quijano, que tiene ideológicamente origen nacionalista, Blanco.

Lamentablemente, de toda esa gente que colaboró en aquellos ejemplares de los viernes, muchos ya no están con nosotros. Héctor Rodríguez, por ejemplo, era una de las personas que discutía con el Dr. Quijano en esos sábados. No sólo hablaba de la relación entre el Estado y las fuerzas sociales, sino que fue un promotor en la creación de la CNT (Convención Nacional de Trabajadores, única central obrera). Entre las personas que escribían, colaboraron – y no sólo literariamente – gente como Juan Carlos Onetti, o Eduardo Galeano, que en su juventud fue Secretario de Redacción.

A nivel político, a esa reunión de los sábados, entre otros, venía Jorge Seré que fue luego asesor del Gral. Seregni, Carlos Martínez Moreno, abogado, dirigente del Partido Colorado, y Wilson Ferreira Aldunate, dirigente del Partido Nacional. Paulo Schilling estaba incorporado al *staff* permanente del semanario. Trabajábamos en el mismo escritorio con Paulo y con Teresa, una de las hijas

de Quijano. Manteníamos también vinculación con otros países, con una serie de suscriptores, gente que vivía en el exterior. Me acuerdo ahora de Etchegoyen que vivía en Londres, y de Sophie Magariños que vivía en Francia.

Muchas de estas personas colaboraron en *Cuadernos de Marcha*. Se trataban temas muy candentes, algunos aún sin solucionar, como el referido a Israel y Palestina. Supongo que si volviéramos a leer alguno de esos números, veríamos que aún mantienen vigencia y que quizás podrían ser un aporte que contribuyera al entendimiento de lo que se vive hoy en esa zona.

Con respecto a la parte literaria, el que se encargaba era Ángel Rama, que ponía mucho énfasis en las ediciones de la *Biblioteca de Marcha*. Luego, eso quedó a cargo de Ruffinelli que eligió para editar, títulos que eran fundamentales para la realidad que se vivía, y que aún hoy son clásicos, imprescindibles para poder tener una perspectiva.

*¿Y los corresponsales extranjeros? Neiva Moreira, político y periodista brasileño exiliado en Uruguay, utilizaba seudónimos para escribir en **Marcha**. ¿Otros exiliados brasileños también hacían lo mismo?*

Neiva dialogaba fundamentalmente con Hugo Alfaro y también con Quijano. Recuerdo que hizo un Comité de apoyo a Brasil aquí en Montevideo. Allí se reunían exiliados brasileños y también muchos uruguayos que querían ayudar de alguna manera. A nivel universitario tenían un núcleo que discutía sobre la situación y sobre las últimas noticias que llegaban. Paulo Schilling era quien tenía las mayores vinculaciones, y él tenía también su propia visión de la situación brasileña. Así se llegaron a editar libros como el de Hélder Câmara que está en la *Biblioteca de Marcha*, y se publicaron varios artículos en *Cuadernos*.

El Dr. Quijano le dio relevancia al tema, porque era indiscutible el rol que Brasil cumple en Latinoamérica, y cómo nosotros uruguayos teníamos a Brasil como país

con un proyecto claro aún a través de su dictadura. Itamarati fue siempre como un faro en lo que tiene que ver con el relacionamiento con el exterior. Es una especie de modelo para nosotros, – desde nuestro pequeño lugar, claro –. Somos tan chicos dentro de América Latina, y tenemos una imagen tan inmensa del Brasil, que para nosotros era imposible obviarlo y no tenerlo de ejemplo.

Hubo un brasileño que fue amigo de mi padre, abogado. Era todo un personaje acá en Montevideo, hizo muchas amistades, y discutía no sólo sobre la situación brasileña. Pero aparte de Brizola, Schilling, Neiva, no recuerdo... estoy pensando si hubo alguna mujer. Estaba la familia de Schilling, recuerdo que una hija fue presa.

No sé con respecto a los seudónimos. Recuerdo las colaboraciones. Mucha gente escribía, aunque esto no quiere decir que fueran a pagarle los artículos, como se hace habitualmente en los diarios y revistas. En *Marcha*, la mayoría de las personas colaboraba y no cobraba absolutamente nada. Así y todo, muchas veces el Dr. Quijano tenía que poner dinero de su bolsillo para sacar el semanario, porque tenía pocos avisos. El semanario vivía de la venta, no de la publicidad. La mayoría de la gente no cobraba, salvo los del staff administrativo y la gente del taller. Pero Paulo y también Neiva ya pertenecían al grupo.

*¿Y los uruguayos que también utilizaban seudónimos?*

Cuando yo estaba no recuerdo, salvo los dibujantes. Blankito estaba en aquella época, y también Pancho. Hubo muy buenos dibujantes en aquella época, hacían grabados para *Marcha*. Después se fueron al exterior. Hace poco se hizo en el Museo Blanes una muestra de dibujos, y había una gran cantidad de quienes eran colaboradores de *Marcha*.

*¿Ud. estaba trabajando cuando clausuraron **Marcha**?  
¿Podría hablarme sobre eso y sobre la salida de varios  
uruguayos para el exilio, inclusive ustedes mismos?*

Cuando clausuraron *Marcha* quedaba ya poca gente. Estaban Alfaro, el yerno de Quijano, Ulises Beisso, Teresa Quijano, Marta Gatti que hacía correcciones, Isabel Gilbert que hacía notas sobre danza y música... Ya se habían ido muchos, como Ruffinelli por ejemplo, que habían estado involucrados en el concurso de cuentos donde salió premiado un cuento que se refería a un episodio entre un tupamaro y un agente norteamericano, Dan Mitrione. Todos fueron detenidos incluso el Dr. Quijano. Onetti que había pertenecido al jurado, Ruffinelli, Gerardo Fernández, el secretario de redacción, Julio Castro, el editor responsable, todos ellos pasaron por el Cilindro que era uno de los lugares donde detenían en aquellos tiempos a los hombres. Estuvieron en la Cárcel Central, en las calles San José y Yi, luego los pasaron al Cilindro, y cuando los liberaron, buena parte de ellos decidieron irse al exilio.

Carlos Quijano mantenía una espléndida amistad con Salvador Allende. Debido a una situación personal (su hijo y su nuera tuvieron un accidente fatal en Chile) su hijo ya se había ido exiliado – en las visitas que hizo a su nuera en el Sanatorio, solía visitarlo Salvador Allende, con quien mantenía largas conversaciones. Al volver, Quijano estaba muy interiorizado sobre la situación chilena, recuerdo que rezongaba mucho con el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), que no estaba ayudando al gobierno socialista.

Los que quedábamos en el año 73, cuando escuchamos el 11 de setiembre las noticias del golpe en Chile, recuerdo que nos juntamos todos a escuchar la radio, y no se sabía lo que había pasado con Allende, y en un momento Quijano dijo: “el Chicho se suicidó”. Después dieron la noticia.

Quedábamos muy pocos, y teníamos que hacer censura previa, ya que cuando el ejemplar estaba listo lo teníamos que llevar primero al Ministerio del Interior para que lo revisaran, para ver si podía salir a la venta o no. A propósito de un ejemplar, donde se aludió a las Fuerzas Conjuntas, nos vinieron a buscar diciendo que guardábamos material subversivo en el local, y entonces nos llevaron a todos, nos taparon, nos encapucharon. Yo estaba embarazada de mi tercera hija. Estaban Alfaro y el yerno de Quijano. Después de eso clausuraron dos veces y después de la tercera ya se cerró, y se empezaba a ir la gente.

De los que estábamos trabajando, después del concurso de cuentos en que los llevaron presos, Onetti se fue del país, Gerardo Fernández se fue a la Argentina, Ruffinelli se fue a México. El único que se quedó fue Alfaro. Y poco después de la clausura, Carlos Quijano también tuvo que irse: primero se fue al campo de su yerno y después salió cruzando el río Uruguay en una balsa para la Argentina. De Argentina se fue para México. Quedaron Hugo Alfaro, y Julio Castro, que está desaparecido. Creo que yo me fui seis meses después que se clausuró *Marcha*. También me fui del país. Todo fue precipitándose, todo fue muy rápido, como *in crescendo*.

*¿Cuándo empezaron los Cuadernos de Marcha? Hay varias épocas, ¿luego se volvieron a editar?*

Eso fue en el año 67, 68; luego se volvieron a hacer, luego de la dictadura. La persona encargada era el "Negro" Carlos María Gutiérrez, y Quijano discutía los temas con él.

Después, en el exterior, cuando estaba en México, se editaron *Cuadernos*, y luego, cuando viene la familia – porque él murió allá – la hija Mercedes Quijano que ahora también falleció, llega a Montevideo y busca reeditar. En lugar de hacer el semanario, hace *Cuadernos de Marcha*. Ya no tiene la característica de fascículo, no es monográfico,



no tiene un tema, un trabajo en profundidad. Ahora es más una revista, con más colaboraciones y distintos temas.

Lo que buscó Mercedes a partir del 84 (tercera época de *Cuadernos*) fue una entrevista, varios interlocutores para un solo personaje. Por ejemplo, un político, un antropólogo, alguien de ciencias políticas, le hacían preguntas al entrevistado, y de ahí salía un reportaje de varias páginas. Además había otros artículos, pero ya más con característica de revista, y no la cosa monográfica que había sido en sus orígenes. Hay gente que tiene colecciones completas, y tal vez alguna haya en la Feria de Tristán Narvaja.

Recuerdo haber estado con Carlos Quijano en dos ocasiones en México. Él allí estuvo dando clases en la UNAM. Mantenía una estrecha vinculación con la izquierda mexicana y con nicaragüenses sobre todo. Recuerdo haber participado en alguna reunión donde él discutía muchísimo con los "nicas", porque esa economía mixta que tenían prevista no lo convencía, y consideraba que no podían llevar adelante ese proyecto de país. Había grandes discusiones sobre ese tema. Estaba rodeado siempre de gente joven, estudiantes, escritores. Me invitó a ir a vivir a México, y así pensar en trabajar y hacer alguna cosa de edición. Pero por mi trabajo en Venezuela, fue imposible.

En el exilio se encontró con quien ahora es el director del diario *La República*, Federico Fassano, que estaba en la parte de Prensa en la Presidencia de México. También estaba todo el grupo de exiliados del Partido Comunista, que se habían exiliado acá en la Embajada Mexicana. Recuerdo a Jorge Lanzaro, con quien tenía una buena vinculación.

Con Carlos Quijano se fue la familia del hijo José Manuel, economista, que ya había estado exiliada antes, y sus hijas Teresa y Mercedes. Teresa había trabajado en *Marcha*, en el mismo período que yo.

Quijano estaba muy pendiente de Julio Castro, que fue su socio y su amigo, tenían un campo juntos y muchos ideales en común. Julio se quedó, decidió quedarse, y eso al "Viejo" lo amargó muchísimo. Con Arturo Ardao, exiliado en Venezuela y colaborador de *Marcha*, habían intentado que Julio saliera del país. Pero cuando todos nosotros estábamos aquí, Julio había estado viviendo en el exterior; ahora que nos habíamos ido, Julio se quedó, como a cuidar el país...

Otros periodistas de *Marcha* que fueron al exilio, por ejemplo, María Esther Giglio, que continúa haciendo espléndidos reportajes para Brecha, se fue a la Argentina, Guillermo y Daniel Waksman también se fueron a México. Ángel Rama estuvo muchos años en Estados Unidos y en Puerto Rico. Su esposa era de Colombia (en realidad era argentina pero con familia en Colombia), por lo que también estuvo en ese país, hasta que al final, murió en Francia. Ruffinelli, de México pasó a los Estados Unidos; Gerardo Fernández falleció en Buenos Aires, siempre trabajando en prensa.

Después, en el 84, con la apertura democrática todos regresan, y las hijas de Quijano deciden traer los restos al país. No tengo claro si eso hubiera sido lo que él quería, pero en todo caso, sus restos están en el Panteón Nacional.

En la repatriación de sus restos, estuvo presente la Ministra de Educación de la época, la Dra. Adela Reta, que si bien era una espléndida persona, pertenecía al Partido Colorado, y creo que nada hubiera odiado más Quijano que saber que eso ocurriría.

*¿Alguna cosa más?*

No sé, en este momento, haber vivido tantos años, seguro que habré pasado por situaciones que merecen ser contadas, pero no sé si tendrán interés para su trabajo. Recuerdo haber conocido a Carlos Real de Azúa, a Ángel

Rama, personalidades que son queribles, aparte de su valor intelectual. Hugo Alfaro, hombre sin el cual Quijano no hubiera podido hacer ni la mitad de las ediciones, por el impulso que ponía, por lo ambicioso que era siempre en sus valoraciones, una persona muy positiva. En cambio, Quijano se dejaba abatir por la situación. A través de los editoriales podíamos ver qué concepto tenía del gobierno, – siempre era del Partido Colorado – y adonde llevaba al país. Hoy precisamente estamos con el país hecho trizas, pero nos está faltando Carlos Quijano, un francotirador que no se cuidaba las espaldas, porque no pertenecía ya a ningún sector político, no tenía compromisos ni carrera política que cuidar y era fiel a sus principios y a su razón. Tenía lucidez, porque si bien era abogado, era un gran economista también. En este momento, el neoliberalismo y algún semanario como *Búsqueda* muestran totalmente otra tendencia, y aquí estamos...

Creo que económicamente y financieramente, nuestra situación difiere de la Argentina en el simple hecho de que somos menos barullentos, y las cosas no son tan precipitadas, pero el desastre es el mismo. Tenemos como una especie de estructura política que nos está parapetando todavía, pero la caída es similar. Es lamentable que no exista una guía como lo era *Marcha* hasta principios de la dictadura. Fue otra de las cosas que perdimos.

Lo que queda más claro es lo que significó ese semanario. Era como una reunión de mentes brillantes que pensaban al país, a la región y al mundo, en lo cotidiano y más allá, como proyecto. Eso ya se perdió, porque sin desvalorizar a los jóvenes, no se pueden equiparar de ninguna manera las colaboraciones que tuvo *Marcha* con lo que es la prensa hoy en día en el país. Eso es un indicador de cuáles podrían ser las posibilidades que tiene el Uruguay. No hay una confluencia de personalidades que están semanalmente aportando ideas

y haciendo cosas. Porque cuando yo le digo que también en el semanario *Marcha* se discutía sobre las posibilidades que tenía la izquierda nacional de salir adelante a través del Frente Amplio, y se aspiraba a que Carlos Quijano presidiera ese núcleo de fuerzas, eso habla de que no sólo era la edición del semanario y lo que la gente leía, sino que en ese ámbito se discutía también sobre el futuro de una nueva fuerza política en el país que iba a presentar un proyecto viable para salir adelante, una vía nueva para conducir al país hacia un lugar que no lo llevara adonde estamos hoy.

El semanario nucleaba algo que yo creo que va a permanecer en el tiempo y lo vamos a seguir viendo como un aporte invaluable para lo que podría haber sido el Uruguay con un liderazgo de gente con una lucidez, con aquel nivel intelectual y aquellas posibilidades que hoy no vemos, que hoy no parece que tuviéramos.

Creo que ese es el mayor aporte del semanario, que indiscutiblemente tiene que ver con la figura de Carlos Quijano, que es la figura convocante para que se acerquen a él todas estas personas relacionadas con el liderazgo latinoamericano, con la discusión de ideas, con la investigación. Esas discusiones ahora se dan en distintos ámbitos y no salen adelante, no parecen tener la misma productividad intelectual, porque incluso el Frente Amplio tampoco tiene hoy gente con la jerarquía y las posibilidades que tuvieron aquellos hombres.

Montevideo, 17 de Julio de 2002

## **ANEXOS**

## **Darcy Ribeiro: una generación brasileña**

Entre los importantes exilados brasileños actualmente en nuestro país, ninguno más distinguido en la órbita de la cultura, y por lo mismo ninguno menos conocido entre nosotros, que Darcy Ribeiro. Se le conoció preferentemente por haber sido Jefe de la Casa Civil de la Presidencia de la República, y por lo mismo, con ese compadrazgo impune que usan algunos periodistas para hablar de políticos, se le pudo vilipendiar como a las restantes figuras exiladas. Pero la real importancia de Darcy Ribeiro, sin mengua de su aportación política, radica en su obra de pedagogo y de antropólogo, integrando una generación que en el Brasil ha permitido la maduración de las ciencias sociales y ha dotado al país de un nivel destacado en el plano internacional.

Antes de ser Ministro de Instrucción Pública (entre los años 1962 y 1963), fue planificador y primer rector de la Universidad de Brasilia (años 1957 a 1961) y ya para esa fecha tenía diez años de trabajo de campo en temas de antropología, habiendo dedicado cinco de ellos a vivir en las aldeas indígenas de la Amazonia y el Mato Grosso, estudiando "in situ" las culturas indígenas brasileñas en vías de desaparición.

Formado en la "Escuela de Sociología y Política" de San Pablo, integrante del Museo del Indio de Río de Janeiro, en su Departamento de Investigaciones Etnológicas, su consagración a las culturas indígenas que le llevó a recorrer el país y convivir con varias tribus distintas, comenzó a expresarse por escrito desde que en 1950 publicó *Religión y mitología de los indios*, estudio dedicado a los guaycurús, un grupo indígena del Chaco brasileño, que obtuvo cuando su

aparición el premio Fabio Prado de ensayos. Libros posteriores recogen asuntos de etnología, arte, organización social de los indios, y los problemas de asimilación. Entre ellos debe citarse el *Arte de los indios kadiwew*, el *Arte plumaria* consagrado a los indios del grupo tupi de la Amazonia, que son de los que conoce mejor, y numerosos ensayos y artículos.

– Pero mi obra más importante no ha aparecido aún – me dice en el diálogo que sostuvimos en su pequeño apartamento montevideano – porque a pesar de haber sido financiada por la UNESCO, y a pesar de que en líricas generales está concluida, e incluso ya traducida para ser editada en Francia por Plon, nunca he podido terminar de pulirla.

– ¿De qué se trata?

– Es un libro sobre la asimilación de los indios brasileños a la cultura de los blancos, un libro que en cierto sentido resume mis diez años de estudios e investigaciones. Nunca dispuse de los tres meses que necesitaría para completar el libro. Nunca pensé tampoco que el exilio me los concediera.

– ¿Qué fue lo que ocurrió con esos indios?

– Simplemente que los han estado exterminando. Quedan sólo seis mil indios en el Brasil. En los últimos sesenta años han desaparecido enteramente 83 grupos distintos, con lenguas, costumbres, culturas, mitologías diferentes. Creo que es uno de los grandes dramas del mundo y de la civilización. Si pensamos que el mundo sólo registra unas dos mil culturas, la pérdida de este conjunto de culturas autóctonas, originales, es realmente irreparable. Sin contar que ni siquiera se ha conservado documentación sobre ellos, sobre sus lenguas y sus aportaciones.

– ¿El estudio de esos grupos es tan importante?

– A mis alumnos yo acostumbraba decirles que fácilmente podían llegar a la inmortalidad. Si quieren ser inmortales, les decía, tomen uno de estos grupos indígenas y conságrense a su estudio. Sus nombres se recordarán siempre unidos a una cultura que estamos viendo desaparecer sin hacer nada para

salvarla. Como etnólogos, como lingüistas, podrán alcanzar más fácilmente la inmortalidad, que como poetas o científicos. Lo que perdemos con estas culturas es inmenso.

– ¿Qué vinculación de trabajo han temido con los antropólogos europeos y americanos? Porque paradójicamente, ellos son más conocidos entre nosotros que los brasileños. Piensa en Levy Strauss, en Metraux.

– Son nuestros amigos. Tanto los europeos como los americanos han trabajado solidariamente con nosotros. Charles Wegley, Robert Murphy, que pertenecen al Departamento de Investigaciones Latinoamericanas de la Universidad de Columbia, y también los franceses. Levy Strauss es de los más competentes; yo estimo en él, sobre todo, sus *Tristes Trópicos*, a pesar de tratarse de un simple libro de viajes. Hay en él una profunda comprensión humana. Por su parte Metraux, me debe su primer conocimiento de los indios brasileños. Sí, a pesar de ser un reconocido especialista en ellos, nunca había convivido con los indios, sólo había conocido algunos descendientes cuando trabajaba en Rosario, Argentina. ¡Bien que me odió por eso! Le organizamos un viaje a la Amazonia para que estuviera unos días viviendo con una de las tribus más aguerridas y duras. Como el viaje por ferrocarril era muy largo, prefirió el avión que lo dejaba en un claro de la selva y que volvería a recogerlo días después. Se adelantó la estación de lluvias y durante dos meses fue imposible ir a recogerlo. No entendía el lenguaje de los indios, no sabía qué hacer, con las manos a la espalda y la cabeza baja daba vueltas por el campamento, descubriendo que los indios lo imitaban y caminaban en fila detrás de él. Sin embargo, tres días después de regresar, vino a abrazarme y seguimos siendo grandes amigos.

– Existe en Brasil, desde hace años, un intenso movimiento renovador en las ciencias sociales. Para caracterizarlo convendría conocer la opinión que tiene ese movimiento acerca de Gilberto Freyre.



– Es nuestro padre, y por lo mismo todos los de mi generación lo odian, esforzándose por vencerlo. Fue difícil superar la contribución de Gilberto Freyre, que tiene dos características fundamentales: 1º absoluto desorden, asimetría metodológica, y 2º una extremada creatividad que le ha permitido grandes aportes a la cultura brasileña, y que en parte puede deberse a ese desorden intuitivo de su creación. La mayor contribución que le debemos es haber sido el primero que consiguió que el Brasil aceptara su ancestralidad negra y portuguesa. Contra todos aquellos que se avergonzaban de esta herencia que los hacía descendientes de gente tan burra como los portugueses o tan atrasada como los negros – así decían – Gilberto Freyre consiguió imponer el valor creativo de la cultura negra y probar el colorido intenso que ha proporcionado al Brasil. Lo mismo con respecto a los portugueses. Su último libro, *Ordem y progreso*, es una obra, en varios volúmenes donde analiza la sociedad brasileña moderna del período republicano. Metodológicamente es muy superior a sus anteriores libros: ha precedido a una investigación paciente entrevistando a quienes vivieron en el período estudiado. Pero en cambio es inferior en intuiciones fructíferas.

– ¿Quiénes integran la nueva generación?

– Son decenas de estudiosos. Podría citarse a Sergio de Holanda, el mejor erudito brasileño, consagrado a historia social, autor de *Raíces del Brasil* y de un maravilloso libro, *Visión del paraíso*; puede citarse a Florestán Fernandes, la principal revelación de los últimos años en metodología de las ciencias sociales; a Luis Costa Pinto, cuya obra ya ha sido traducida al español, un sociólogo combativo, inteligente, que ha encarado la sociología como un instrumento de penetración y acción en la realidad brasileña, a Víctor Nemes Leal, consagrado al estudio del colonialismo.

– ¿En ciencias literarias?

– En primer término a Antonio Cândido, y junto a él a Heron Alencar (formado en Bahía, lector durante muchos

años de la Sorbona) y a Heliu Martins, de la escuela de Río de Janeiro, quienes se han consagrado a la teoría literaria, tratando de colocar estos estudios en un cuadro general de la cultura brasileña, reconociendo su implantación activa y dinámica en el seno de la sociedad.

– Esta generación ha emergido por el año 50, y al parecer ha estado dominada por una orientación universitaria. ¿Cómo podría caracterizarse globalmente el movimiento?

– Creo que es la mejor generación intelectual que ha dado el país, la más lúcida, con más rigurosa conciencia crítica y aquella más comprometida en la lucha transformadora de la nacionalidad. En ciencias sociales la línea dominante es universitaria. Todos sus integrantes hace años que ocupan cátedras y tienen ya numerosos discípulos, ampliando así la órbita de su acción en el medio. Han partido de una visión, nacional, la primera que registra el país, sustituyendo aquella de los europeizados que escribían libros en base a teorías extranjeras para ser aceptados por los extranjeros. Han asumido una conciencia crítica de la realidad brasileña, y, al mismo tiempo, han pretendido hacer de las ciencias sociales no tareas puramente especulativas, académicas, sino instrumentos de acción sobre la vida social.

– ¿Ha sido positiva su acción?

– Profundamente positiva. Ha permitido crear un producto cultural propio, original. Sus integrantes se han interesado en los hechos del mundo circundante, y por lo mismo han quedado exentos de la enfermedad más grave de la vida intelectual..

– ¿Qué es cuál?

– La de convertir la cultura en un elemento de goce, de fruición, utilizándola como medio para un apartamiento de la realidad.

– En materia de ideologías, ¿el marxismo ha tenido influencia en la formación del movimiento?

– Se puede decir que éste ha tenido, de común con el marxismo, el criterio del interés práctico, o sea que el saber

es necesario para actuar, pero esta aportación marxista ha quedado englobada en la más vasta y rica de la escuela moderna de ciencias sociales, en buena parte bajo la influencia francesa, y, desde la finalización de la guerra, por obra de la escuela anglo-norteamericana.

– ¿Qué influencia ha tenido sobre los aspectos concretos de la vida brasileña, política, social, cultural?

– Toda solución de los problemas brasileños está basada en estos estudios, previos a una consideración real y firme de nuestra situación. Sus autores, por otra parte, tuvieron siempre una participación concreta en el examen de las soluciones. Mi caso particular, de ingreso a la actividad política, puede estar motivado por razones personales de mayor combatividad, pero pienso que cualquiera de estos intelectuales, si fuera llamado a desempeñar una tarea pública, la asumiría de conformidad en lo que han estudiado y lo que han enseñado sobre el Brasil.

– ¿Cuál es el futuro de esta corriente?

– Va a promover la existencia de una cultura brasileña, y va a presentarla como cultura propia a los ojos del mundo. Lucha para construir los instrumentos con que realizar una obra regida por el interés nacional, por la aceptación de la propia realidad, por el deseo de transformarla. Padecemos de terribles deficiencias. Baste con señalar que en un país de 80 millones de habitantes, sólo 20 acceden a la expresión cultural y pueden contribuir al desarrollo del país, porque son los únicos que pueden educarse. Eso no pása en Francia, donde cualquier ciudadano tiene grandes opciones en base a sus méritos. Conseguir una integración cultural de la nacionalidad es uno de los cometidos básicos de este movimiento cultural brasileño.

RAMA, Ángel. Darcy Ribeiro: una generación brasileña. *Marcha*, n. 1207, 29 may 1964. p. 31.

**Darcy Ribeiro:**  
**La industrialización recolonizadora**

Inquieto, increíblemente dinámico, conversador incansable, Darcy Ribeiro, antropólogo, fundador y *Rector* de la Universidad de Brasilia, luego Ministro de Educación y "Jefe de la *Casa Civil*" de la Presidencia bajo Goulart, se encuentra actualmente preso en *Brasil*. Éste es el diálogo que tuvimos con él, antes de partir para su país, luego de 4 años de exilio en Montevideo.

**Bananas y computadoras**

– No queremos hoy insistir en nuestra charla sobre su visión de la Universidad en América Latina, sobre la cual tanto ha escrito Ud. últimamente y a la que dedicaremos próximamente un informe de VÍSPERA. Nos interesa más bien antes de su retorno al Brasil, luego de un exilio de 4 años, conocer sus opiniones sobre el momento Político actual de América Latina, considerado en sus procesos más globales. ¿Qué piensa Ud. del proceso actual de la integración latinoamericana?

– La integración latinoamericana ha delado ya de ser un proyecto utópico, fruto del entusiasmo de algunos idealistas. Se ha convertido ya en un proceso en marcha, que se está realizando. Pero desgraciadamente se está realizando contra nuestros países, y no como un esfuerzo de unión de nuestras patrias por el desarrollo y la soberanía. La integración se

realiza, por acción de los agentes imperialistas, dentro del marco de un proceso que yo llamo "Industrialización recolonizadora". La metrópoli aprovecha ahora las inmensas potencialidades de un enorme mercado interno que se va despojando lentamente de trabas para introducir en él sus industrias, ya no simplemente sus productos manufacturados, que son producidos "in situ", aprovechando los bajos salarios y ahorrando los costos de traslado. Pero esta industrialización, lejos de ser la llave de nuestro progreso y de nuestra liberación, obra en sentido opuesto, aumentando nuestra dependencia, pues depende totalmente de centros de decisión extranjeros y ahoga, por su formidable masa tecnológica y su potencia de capital, el surgimiento de la auténtica industria latinoamericana. Sólo produce un cambio dentro del modo de explotación imperialista: ahora en lugar de plantar bananas, tipo United Fruit, plantan industrias. Pero el destino y fin de ambos es el mismo: el sometimiento y la dependencia.

– ¿Por lo tanto, para Ud., el actual proceso de industrialización inducido desde fuera, "industrialización recolonizadora" como la llama, no sería más que un reajuste de las relaciones de dependencia de Latinoamérica con EEUU, que las adaptaría mejor a un mundo en rápida expansión económica y tecnológica?

– Yo, diría, utilizando pautas globales que ya he desarrollado otras veces, que se trata de un gigantesco proyecto de "actualización histórica", que mantiene nuestra dependencia. En un mundo en tan rápido avance, con medios de información masivos que aumentan el ámbito del efecto de demostración, creando aún en las capas más bajas y marginales de la población, aspiraciones crecientes, seguir manteniendo a los países subdesarrollados y concretamente a los latinoamericanos, como exportadores de materias primas en forma exclusiva con la estructura social y política que ello conlleva, crearía tensiones sociales, como las viene creando,

que pueden llevar a una situación explosiva. Por lo tanto urge levantar esas condiciones de vida y para ello industrializar, "modernizar" (palabra clave, precisamente por su ambigüedad y su presunto apoliticismo), pero manteniendo las condiciones de dependencia. Mientras EEUU sube la escalera, ¿no sería peligroso dejar a América Latina a su pie? ¿No se correrá el peligro de que comience a subir por sus propios esfuerzos? Para evitar ello, ¿qué mejor idea que ayudarla a subir de tal manera que cuando EEUU suba 4 escalones, ella suba sólo uno? Antes EEUU exportaba su maquinaria agrícola e industrial, ahora exporta computadoras y centrales atómicas, pero siempre expolia a través de los términos de intercambio y los royalties. Y al mismo tiempo, este proyecto "actualizador" trata de ahogar en nuestros propios países la "aceleración evolutiva" que implica nuestro desarrollo auténtico, nuestra industrialización autónoma, nuestras transformaciones revolucionarias, ilusionando a amplias capas de la población con el soborno de cierta prosperidad artificial, pues no es fruto del esfuerzo nacional liberador, sino de la siembra de capitales extranjeros que verán multiplicados sus créditos en un futuro próximo.

– ¿Qué papel desempeña para Ud. la ALALC en este proceso?

– La ALALC pudo ser en un principio un esfuerzo mancomunado de los empresarios nacionales de América Latina para formular un proyecto de industrialización autónoma, aunque dentro de la vía capitalista. Pero en los hechos se ha transformado en gran medida en un club en el que la General Electric, la General Motors, la United Steel, la IBM y demás discuten el mejor emplazamiento de sus establecimientos industriales y las mejores maneras de copar con ellos el mercado latinoamericano. El empresariado latinoamericano ha abdicado en gran medida toda pretensión autonomista y se han dedicado a colaborar y promover este

proceso de “actualización histórica” que los mantiene como privilegiados dentro de sus sociedades, sin correr los riesgos de un esfuerzo de creación económica. De ahí el intenso proceso de desnacionalización de las industrias autóctonas, que se venden total o parcialmente a los grupos financieros o monopolísticos extranjeros.

– ¿Qué otros grupos sociales se hallan implicados en este proceso de actualización?

– Junto con el empresariado, también lo que podemos llamar el “patriciado”, la otra cara de la clase dominante. El “patriciado”, burocrático de los políticos profesionales y de los jefes militares, capa que en América Latina, ha tenido siempre sus características propias, y que ha dispuesto de tanto poder como el empresariado, pues mientras éste ejerce el poder de explotación en sus empresas, el “patriciado” dispone como empresa propia del Estado y obtiene sus regalías del desempeño de los cargos políticos, donde muchas veces consigue ganancias – monetarias – incluso mayores que las devengadas por la propiedad de una industria o de una hacienda. Dentro de ellos y desempeñando el papel más nocivo, se encuentran los codificadores, los institucionalizadores del régimen desigualitario que tenemos, los ideólogos de nuestro estatuto de dependencia, también hoy activamente comprometidos en ese proceso de actualización. Pero aún también son cómplices muchos intelectuales y aún universitarios, que creen posible resolver el problema de la Universidad sin tomar en cuenta mayormente los de la nación, como por ejemplo los que creen que el dilema de la Universidad se arregia con mayor disciplina sobre los estudiantes o con mayor cantidad de maquinas de colores o con mejores edificios. Ellos son también cómplices, en su conciencia ingenua, de la modernización refleja, del progreso parcial y dependiente. Ese mismo progreso parcial y dependiente que nosotros

tuvimos después de la Independencia y que nos condenó a un estatuto neocolonial, al mismo tiempo que EEUU se propuso y logró realizar un proyecto mucho más ambicioso de aceleración evolutiva: saltar de una etapa colonial a una de capitalismo mercantil y luego industrial, lo que significaba integrar a su población a la civilización industrial moderna entonces naciente.

### **“Una economía para sí”**

–Jean Jacques Servan-Schreiber describe en su libro “El desafío americano” el peligro de la “norteamericanización” de la industria europea en la zona del Mercado Común. ¿Hasta qué punto existen similitudes entre este fenómeno y la “industrialización recolonizadora” de que hablamos en América Latina?

– Hay una cierta similitud en la medida en que en ambos casos las inversiones norteamericanas van progresivamente copando el mercado. Pero en *El desafío americano* había un empresario preocupado por la competencia que para él representa la invasión de una masa de tecnología, de un cuerpo de *know-how* contra el cual le es difícil competir, por lo que busca una solución en la que él puede seguir siendo empresario, pero sin sufrir las consecuencias que experimenta el capitalismo en su desarrollo actual. Para nosotros el problema es totalmente distinto: no se trata de tornar a las empresas más eficaces, capaces de competir un día con la General Motors. Se trata de construir empresas que mismo siendo inicialmente ineficaces – y cuántas de nuestras empresas públicas o de las empresas privadas protegidas lo son – sean empresas que sirvan a nuestros pueblos y no a la explotación de nuestros pueblos. Ello implica problemas totalmente distintos. Mirado desde la perspectiva de Servan-Schreiber, lo que él quiere es una Francia y una Europa



neocapitalistas capaces de competir con los EEUU, pero aceptando también explícitamente esa dominación americana, limitándose a pedir que esa dominación financiera y tecnológica no sea tan expoliativa. Para nosotros se trata de algo cualitativamente distinto. Algunos datos concretos permitirán una consideración más correcta del problema. Por ejemplo Brasil tuvo entre 1954 y 1961 la más alta tasa de crecimiento del Producto Nacional Bruto y una de las más altas conocidas en América Latina, llegando a 2,8 de aumento per cápita, lo que tiene en cuenta además el vertiginoso aumento de la población. Pues bien, si Brasil continuara creciendo a ese ritmo, en un período de intensa “industrialización recolonizadora” – lo que no sucedió realmente pues la tasa comenzó a descender cuando las fábricas extranjeras implantadas empezaron a drenar divisas hacia el exterior –, si continuara con la misma tasa de 2.8 per cápita, necesitaría 136 años para alcanzar el nivel de producción de EEUU en 1960. Sin embargo si Brasil alcanzara la tasa de desarrollo que experimentó la URSS según los cálculos norteamericanos, que fue de 6.8% por año (no según los propios soviéticos que la consideran de 11.4%), en 40 años Brasil podría alcanzar a los EEUU de entonces. ¿Era acaso la tecnología industrial de las fábricas rusas de entonces mejor que la de las norteamericanas? ¿La cuestión fue jugada en términos de tecnología competitiva o en términos más profundos, en torno al dilema entre una economía para sí o una economía para otros?

– En ese contexto, por lo tanto, ¿cuál piensa Ud. que sería la estrategia de industrialización autónoma de los países subdesarrollados?

– Previamente tener claro que el subdesarrollo no es la antesala del desarrollo, sino la contraparte necesaria y contemporánea del desarrollo de otros. Es la condición misma para que el desarrollo de otros sea próspero y profícuo: el

uno sólo puede existir gracias al otro. Entonces toda la tarea del Tercer Mundo consiste en romper esa vinculación de naturaleza expoliativa. Nada de lo que acrecienta nuestros vínculos con el mundo desarrollado dentro de la estructura del intercambio internacional actual, nos liberará, Nada. Es necesario encontrar formas de romper ese vínculo. Y ante todo, la ruptura exige reordenar toda la economía. Y la industrialización comparece en este proceso como algo que exige opciones. Tomemos nuevamente el caso brasilero. Basta mirar los periódicos y las revistas brasileras, todas en Technicolor, en colores brillantes: dan la impresión de un pueblo muy rico. Mirando una de esas revistas uno ve anuncios de coches como el Galaxy y se pregunta: ¿cómo puede tener uno un Galaxy sin ninguna sanción moral en un país en el que millones no tienen cuchillos para comer o incluso no tienen qué comer? Algunos capitalistas brasileros dicen que la posibilidad de que un empleado brasilero pueda tener coche es mayor que la de un ruso. Eso es verdadero, incluso evidente, pero ahí precisamente está la deformación: en la ordenación de la economía para la eficacia y el lucro de grupos muy pequeños. Las consecuencias son claras: en Brasil el 1% de la población – sólo 900.000 personas reciben una porción mayor de la renta nacional que un 50% de la población. Existen 45.000.000 de brasileros que tienen una renta per cápita anual promedio de 110 dólares, frente a 900.000 que la tienen de 6500 dólares. En la medida en que nuestros países continúan con tales desigualdades, tan despreocupados de la integración de estas enormes masas, que no tienen nada, que no pertenecen a la nación, porque no son alfabetizados ni tienen los medios para el trabajo permanente, ni tienen los medios para el mínimo cuidado de la salud de sus hijos, ni son capaces de formarse una idea de su propia nación, en la medida en que ello continúe, seremos naciones subdesarrolladas, con una riqueza más ostentatoria y una pobreza más escandalosa – para quien

tenga sensibilidad para percibirla – que la de los países desarrollados. Se trata por lo tanto de formular aquí y ahora, un proyecto nacional global, capaz de movilizar el esfuerzo de toda la población del país para la constitución de una economía para sí y para el progreso de toda la población.

### **Diagnostico, denuncia, proyecto**

– Las fuerzas de izquierda en América Latina han denunciado desde hace tiempo esta vinculación expoliativa. ¿Cree Ud., sin embargo, que tienen una conciencia clara de las formas que asume en este momento o, por el contrario, piensa que acuden a esquemas ya bastante perimidos?

– Es obvio que las fuerzas de izquierda en América Latina son muy heterogéneas y es difícil tratarlas como si fueran un ente político preciso. En general yo diría que hay en América Latina una conciencia crítica que se generaliza cada vez más y se arrastra por varias capas de la población, a la que yo llamaría izquierdismo de vanguardia, que es mucho menos el resultado del trabajo de las izquierdas tradicionales que de una percepción que surge especialmente en las últimas generaciones de que el atraso no es natural ni necesario y de que la pobreza de mucho es lucrativa para algunos. Esta percepción genera un estado de movilización espiritual que tiene lugar hoy en América Latina. ¿Cuánto han ayudado las izquierdas tradicionales en esto? A mi criterio, han ayudado poco, porque no sólo es malo su diagnóstico sino también porque es floja su denuncia y ausente su proyecto. No es posible hacer un diagnóstico de América Latina mediante un esfuerzo brutal de aplicarle a rajatabla esquemas europeos. Por ejemplo, ¿por qué hablar de feudalismo? El feudalismo es una categoría histórica que existió en Europa, pero que jamás pudo realizarse en nuestras condiciones ya que surgimos dentro de una estructura económica que era ya

desde el primer día productora de mercancías de exportación, lo que es justamente lo opuesto de la estructura feudal. ¿Por qué hablar de burguesía, que es un término tan europeo y que no corresponde para nada a nuestra clase dominante, mezcla de patriciado y de empresariado? Otro tanto sucede con la denuncia. La denuncia socialista del siglo pasado en Europa era muy convincente; hoy lo es mucho menos y menos aún para América Latina. Y sobre todo es notoria esta insuficiencia en la incapacidad para elaborar un proyecto, no en términos técnicos sino políticos, capaz de ganar para sí a amplias capas de la población latinoamericana. Los intelectuales latinoamericanos estamos desafiados: ¿seremos capaces de mirar a nuestra realidad latinoamericana y de verla con nuestros propios ojos y a partir de ella, de definir caminos? El proyecto cubano es, sin duda, aplicable, al menos aparentemente, en muchos países de América Latina, porque sus realidades son correspondientes a la de la Cuba prerrevolucionaria (lo que no es el caso de Argentina o Uruguay). Pero ello nos lleva a preguntarnos: ¿alguna izquierda de tipo tradicional habría sido capaz de realizar la revolución cubana? O por el contrario, ¿ella fue posible sólo porque había un grupo no comprometido con ideas hechas, paralizadoras, incapaces de permitir la percepción de la realidad e incapaces de permitir la movilización de toda la población para luchar por un proyecto propio?

RIBEIRO, Darcy. La industrialización recolonizadora. Entrevista concedida a *Víspera*, Montevideo, n. 3, 1969, p. 26-28.

Dilma Castelo Branco Diniz (Org.)

Brasil – Canadá: confrontos literários e culturais

ISBN 85-87470-55-8



LETT  
840.  
B823  
2003